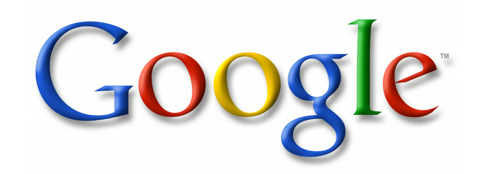






LUIS TABOADA

TITIRIMUNDI

PRÓLOGO DE JACINTO O. PICÓN

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRABADOS DE THOMAS



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 dup.º
1892





ANTI-PRÓLOGO

Amigo Taboada: Me han dicho que está usted concluyendo de arreglar, para que el público entre en ella, una nueva sala de esa colección de tipos, y hasta familias enteras, que usted escoge con tanta gracia, y á cuya costa luego nos reímos todos, porque, como nadie se conoce, no hay quien se crea tomado por modelo. Más claro: que va usted á publicar otro tomo de artículos semejante á *Caricaturas*, *Siga la fiesta*, *Madrid en broma* y *La vida cursi*; y me han dicho también que por seguir la costumbre, por conformarse con la

opinión del editor, ó quizá por desear la compañía de un amigo, como quien se aburre solo, piensa usted pedir á un compañero que le escriba un prólogo. Pues bien, yo me permito aconsejarle á usted que no lo haga.

Necesitan prólogo aquellos libros en que se hace exposición de doctrina, y donde al autor conviene trabar amistad con el lector lo antes posible, explicándole cuáles son el punto de vista desde donde ha observado, el método que ha seguido y las consecuencias que saca de todo ello, á fin de convencer luego con más facilidad. En trabajos de esta índole el prólogo es como la sinfonía en las óperas: una serie de ideas que después se desarrollan ó completan y que al principio se indican para predisponer favorablemente el espíritu.

Usted no se halla en este caso: afortunadamente, sus libros están á cien leguas de todo lo preceptivo y didáctico.

Hay otra clase de obras en que el prólogo, si no es necesario, á lo menos tiene disculpa: aquellas en que un autor desco-

nocido busca quien le presente al público, como quien cree entrar desairado en un salón si entra solo. Tampoco es éste su caso. Los que hacen profesión de serios, porque el ser hombre serio es una carrera, pueden decir sin creerlo, y aun después de haberse reído á solas con *La vida cursi*, que no les gusta Taboada; pero nadie puede negar que personalmente le conoce á usted medio Madrid, y por haberle leído, casi media España: de modo que tampoco en clase de primerizo necesita usted padrino.

Además, ¿á quién podría usted encargar el prólogo? ¿Á un amigo? Cuanto bueno dijera de usted parecería sospechoso, por muy justificado que estuviese. ¿Buscaría usted un escritor cómico? Si era de menos gracia que usted, quedaría el pobre malparado con la comparación; y si tenía más —que en el mismo género es difícil,—usted saldría perdiendo, y por primera vez en su vida habría pecado de tonto.

¿Va usted á encargárselo á uno de esos que tienen patrones hechos? ¿Á que no? Es-

toy seguro de que antes aguanta usted un toro que tolera un prologuista. No sería Luis Taboada quien perdiese la ocasión de burlarse de *los que hacen prólogos*. Que hable alguien en letras de molde de dónde le bautizaron á usted, que cuente sus barrabasadas de chico, que le clasifique entre los niños precoces, que le llame á usted *nuestro don Luis*, que diga *cursó con aprovechamiento*, que intente clasificar sus obras comparándole con extranjeros, que reproduzca frases mal escogidas y las anote con citas empalagosas, que intente, por último, analizar con sequedad académica todo lo que en usted es fresco y espontáneo... y estoy seguro de que al final del tomo dibuja usted de cuerpo entero y tamaño natural la caricatura de esos escritores que tienen la pretensión de señalar al público las páginas donde se debe asombrar. Créame usted, Taboada, estos libros, estas escenas de comedia acentuadamente cómicas, estos sainetes para leídos, no necesitan loa que preludie lo que va en sus hojas ni que disponga al público en su favor. ¿Dónde ha vis-

to usted que quien tiene la gracia por arrobas para contar cuentos busque al que carece de ella para que le prepare el auditorio? Lo que usted necesita no es que le analicen ni le estudien, sino que le lean.

No se vería poco apurado quien tratase de criticarle con formalidad, es decir, de aquilatar y razonar, justificándolos, todo el mérito que usted tenga y todos los errores en que incurra. Nada hay tan difícil como la crítica de los verdaderos escritores cómicos, de los sinceramente graciosos que dicen los chistes á tenazón, á boca de jarro, cuando su ingenio choca con la realidad. *Don Quijote* ha tenido comentaristas, pero se ha quedado sin crítico. Esto mismo, en menor escala naturalmente, le sucederá á usted. Analizar la risa es descomponer la luz: corre uno peligro de quedarse á oscuras.

¿Para qué quiere usted exponerse á que, con ocasión de sus artículos, hable un erudito más ó menos apócrifo de cuanto se ha escrito sobre la índole de la risa y la naturaleza de lo cómico? Ni en los *Dialogus*

pulcherrimus et utilisimus de risu, de Politiani; ni en la *Disertatio de risu*, de fray Lypichius; ni en el *Tractatus*, de Elpidio Bereclario; ni en cuanto han discurrido filósofos y fisiólogos, desde Aristóteles hasta León Dumont, podrá hallar nadie la explicación de la gracia que usted tiene, como no es posible, á veces, justificar con estudios de perspectiva ni óptica, el aire, el ambiente de un cuadro bueno. Cuanto dijese de usted la crítica podría reducirse á lo siguiente.

Que tiene usted una facilidad asombrosa para percibir y ridiculizar las flaquezas humanas en lo pequeño, en lo vulgar, en lo ordinario, en lo que se ve en cada casa, á cada paso; que es precisamente lo más difícil de observar. Todo el mundo puede ver que, aun abultando mucho las cosas, lo que usted escribe está en lo cierto. Usted altera la cantidad y las proporciones de lo que se presta al ridículo, pero no altera su calidad y su esencia. Usted exagera, pero no miente. Aunque quisiera no podría mentir, porque se ha fijado para estudiarla en la

esfera social donde lo cómico resalta más y es mejor conocido del público: en esas capas inferiores de la clase media donde hay grandes virtudes, y donde, como contraste de ellas, abundan la ignorancia, la pobreza de espíritu, y sobre todo la vanidad, inspiradora del eterno *quiero y no puedo*, engendrador de lo cursi.

Nunca le faltarán á usted modelos entre sus mismos lectores. El huésped que come... lo que comen los huéspedes, y sale á la calle ostentando el palillo; la señorita que de tres vestidos viejos hace uno que no consigue ser nuevo; el casero que habla continuamente del *inmueble* y de la *finca*, y desprecia al inquilino aunque pague; el empleado inepto que se considera postergado; el cómico malo que habla de sus triunfos en Mojoncitos de la Sierra; la Julieta de clases pasivas consumida en la eterna espera de un Romeo de mostrador que no llega; la casada harta de legitimidad; el marido bravucón en el café y calzonazos en casa; el músico sin inspiración y el poeta sin poesía, todo el que quiere y no

puede y se envanece sin motivo y se engaña á sí mismo y pretende mentir al prójimo, todos estos soñadores de bajo vuelo son los tipos que le sirven para ese *¡pim, pam, pum!* de mamarrachos humanos que usted sacrifica á pelotazos entre las carcajadas del público.

Su especialidad de usted consiste en pintar á la gente más ridícula de lo que es. Convengamos en que hace falta para ello buena imaginación.

Hay escritores pesimistas y llorones que, como si llevasen gafas ahumadas, todo lo ven negro, y para quienes la vida es un teatro clásico, en el mal sentido de la palabra, donde sólo se representan tragedias, tristezas, dolores y catástrofes. Otros consideran la vida como un escenario algo más real, en que con la amargura del drama alternan las salidas del gracioso. Y hay, por último, literatos para quienes cuanto sucede de tejas abajo es un sainete en que desfilan figuras y figurones, tipos y caracteres, hombres alegres y payasos tristes que resultan cómicos, sin que haya

uno solo que pueda ser tomado en serio. Pues bien, la originalidad de usted estriba en no considerar á los hombres ni aun como personajes de sainete. Para usted la vida es un *Guignol*.

Si es cierto que en el mundo nadie se exime del error y la torpeza, que nadie se libra de la majadería y la simpleza, que en todo hombre y en toda mujer hay un hazme reir, usted enseguidà lo atisba, lo descubre, lo exagera, y se lo presenta al público rebajado desde persona á muñeco; pero muñeco de carne y hueso, lleno de vida y de verdad, tan profundamente real como ridículo. Percibe usted lo cómico al través de una lente de aumento; lo refleja usted como esos espejos ondulados que alargan, ensanchan, deprimen, adelgazan ó engordan desmesuradamente la figura; pero en lo esencial, en lo que constituye la médula de lo humano, respeta usted la verdad. Otros escritores de costumbres ven más hondo: hay muy pocos que vean tan rápidamente como usted; de otro modo no le sería posible escribir uno ó dos ar-

tículos al día, de estos que luego coleccionados vienen á formar la historia bufa, los anales grotescos de la vida madrileña. Y esta labor, esta burla perpetua, incansable, en que debieran agotarse todos los giros del lenguaje y todas las voces del idioma, la hace usted siempre con la misma frescura de color, en el mismo castellano sencillo, claro, fluído, antiacadémico, en el cual no se notan las vacilaciones ni las tachaduras, porque las palabras se le vienen á usted á la pluma sin esfuerzo, sin premeditación ni alevosía, como los chistes al pensamiento. Los cursicastizos dirán que ésa es prosa á la pata la llana: para mí ésa es la verdadera naturalidad, la que se amolda fácilmente á lo que se quiere expresar. Déjeles usted que vociferen. El tiempo hace de todo justicia. Cuando nadie se acuerde de algunos caballeros, que hoy pasan por buenos literatos, sus libros de usted serán buscados porque son excelentes cuadros cómicos de nuestro tiempo, y porque en ellos palpitan dos grandes elementos de vida: la verdad y la alegría.

La perspicacia al observar y el gracejo al escribir: éstas son sus dos principales cualidades. Si en algo tienen razón los que le censuran á usted, es en decirle que abusa de las incongruencias; en cambio lo que usted escribe tiene la condición de poder ser leído por todo el mundo. La risa que provocan *La vida cursi* y *Siga la fiesta* está limpia de malicia, no despierta la sensualidad ni sirve á los apetitos de acicate. ¡Rara habilidad! Desnuda usted á las gentes, y aun la niña más casta puede reirse de ellas sin que su mamá se escandalice y le recoja el libro para saborearlo á solas.

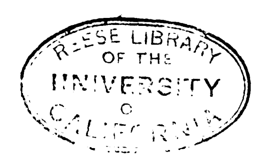
¿Serían éstas ó parecidas las reflexiones que hiciera un prologuista? Pues ahí están. Pero como ésta es la opinión del público, ¿qué falta hace repetirla en un prólogo? Bueno que cuando vayamos á ver un drama de esos que interrumpen la digestión, ó á oir un discurso académico saturado de opio, nos entretengan en la puerta; pero ¿á quién se le ocurre detener al que entra donde con seguridad se divierte? Retrasar

la risa es atentar á la alegría del prójimo. Créame usted, quien va á una tertulia de gente de ingenio y buen humor, no consiente que un amigo machacón y pesado le eche un discurso en la escalera.

Suyo siempre buen amigo, aunque compañero,

PICÓN.

Julio 92.





EL TALLER DE LA BELLEZA

HAY descubrimientos maravillosos.

Un farmacéutico alemán ha inventado cierta pomada misteriosa que oculta los hoyos de las viruelas y convierte en terso el rostro más resquebrajado.

Ahora se dice que otro sujeto, francés de nacionalidad, ha establecido un taller, que él titula «de la belleza,» donde se re-

forman las fisonomías á precios módicos.

Se acabaron los feos. Una faz, por horrible que sea, puede convertirse en hermosa con sólo ir á casa del famoso reformador y someterse á sus procedimientos.

Cítanse ya muchos casos de metamorfosis prodigiosas, y entre ellos el de una señorita que tenía el rostro lo mismo que una lombarda á causa de una erisipela aguda. Aquel color amoratado fué poco á poco adquiriendo tintes suaves, y hoy la señorita es un prodigio de belleza y está para casarse con un bailarín del rango francés, tan flexible como hermoso.

Para conseguir la reforma del «físico» basta presentarse en el establecimiento creado por el famoso doctor francés y abonar una pequeña suma ó cuota de entrada.

El doctor comienza por sumergir el rostro del cliente en una palangana llena de un líquido oscuro y viscoso. Allí permanece durante media hora, al cabo de la cual coge el rostro y lo fricciona con un cepillo seco, hasta dejarlo blanducho y reluciente. Entonces comienza el interrogatorio:

—¿Cómo quiere usted la nariz?

—Griega—responde el interesado.

—¿Completamente griega?

—Sí, señor.

—Bueno.

El doctor coge la nariz y la oprime dulcemente por la punta, hasta dejarla á su gusto.

—Voy á darle un poco de expresión al ojo derecho, que lo tiene usted amortiguado—añade el doctor.

Y mete en el ojo una especie de pincel metálico, después de sumergirle en un líquido color de chocolate.

—¿Quiere usted que la mirada revele cierto frenesí mal reprimido?—añade.

—Sí, señor.

—Perfectamente.

Para dar frenesí á la mirada, el doctor emplea unos polvos verdes, con los cuales espolvorea los ojos del cliente. El efecto de los polvos no se hace esperar y á los cinco minutos la mirada resulta frenética, al par que dulce.

Dícese que el doctor francés piensa establecer en Madrid una sucursal, y todos los feos se han regocijado, porque esperan que cesen las incorrecciones de sus semblantes.

No han de faltar parroquianos en el nuevo establecimiento.

—Tilín... tin... tin.

—¿Quién?

—¿Es aquí donde le arreglan á uno la fisonomía?

—Sí, señor; pase usted.

—Pues yo vengo á ver si me saca usted punta á la nariz. La tengo chata á consecuencia de una cuestión.

—¡Hombre!

—Tuve unas palabras con un amigo sobre si la Montes era medio soprano ó soprano completa, y él, que es muy vehemente, me pegó en las narices con una silla baja. Desde entonces se me han encogido, y por más cosas que he hecho no vuelven á su ser natural.

—Siéntese usted en esa butaca. Perfectamente. Meta usted el rostro en este barreño. ¡Ajajá! Ahora, estése usted quieto durante media hora...

—¡Me ahogo!

—Aguante usted todo lo que pueda. La cuestión es que se ablande el cutis hasta dejarlo como gelatina. Después, yo me encargaré de arreglar las facciones.

—Pero...

—¡Al barreño!

Al cabo de media hora, el doctor comienza á operar en aquella cara, empleando, ora los dedos, ora unos estiletes de asta de ciervo, ora unas pinzas, ora unos zorros, con los que sacude el polvo desprendido de la faz del parroquiano, y algunos minutos después éste se ha convertido en

ser hermoso y con derecho á figurar entre los primeros guapos de la provincia.

En el establecimiento habrá profesores que vayan á domicilio, y tendremos la ventaja de avisar cuando sea necesario.

—¿Pueden ustedes venir corriendo á la calle del Salitre?

—¿Qué ocurre?

—Hay una señora que se quiere casar, y tiene la cara torcida, por cuya razón no encuentra persona que se resuelva á llevarla á los altares.

—Bien; dígale usted que ahora mismo irá el encargado de los rostros torcidos.

—Es que corre mucha prisa, porque ella se va consumiendo á pasos agigantados.

Llega un yerno, y dice:

—Necesito un profesor de belleza.

—¿Para qué?

—Para que me acompañe á la plaza del Biombo ahora mismo.

—¿Qué ocurre?

—Que á mi mamá política se la desprende el labio inferior, y esto la afea muchísimo.

—Ahora no podemos ir, porque le estamos endulzando la mirada á un diputado provincial.

—Pues corre mucha prisa.

—Dígale usted que mientras no pode-

mos ir se envuelva el labio en papel secante, y que nos espere tranquila.

Es una suerte muy grande ésta de tener quien nos hermosee por poco dinero.

Á mí me hace falta, por ejemplo, una nariz aguileña, porque se le ha antojado á mi novia, ó porque me he cansado de la que tengo, y voy al taller de la belleza y me la ponen por ocho ó nueve reales.

—Ea, ya está la nariz—dice el doctor.—¿Necesita usted algo más?

—Hombre, sí. ¿Cuánto cuestan unas mejillas turgentes?

—Las hay de tres pesetas y de tres cincuenta.

—Pues póngame usted unas de las más baratas, aunque duren poco.

—¿Poco? Se las garantizamos á usted por año y medio. ¿Hace?

—Sí, señor, póngamelas usted, y le advierto que soy de la prensa.

—¿De la prensa? Entonces le rebajaré á usted un diez por ciento, y además tendré mucho gusto en achicarle la boca, gratis. ¿Quiere usted una boca de mancebo de botica tímido? ¿Ó prefiere usted la boca picaresca de los dependientes de ultramarinos?

—En la boca no necesito modificaciones de ninguna clase. La tengo muy co-

rriente para decir lo que se me ocurra.

—¿Y qué se le ocurre á usted?

—Se me ocurre que los escritores ganamos muy poco, y que hoy los únicos que sacan partido son los charlatanes como usted y todos los que pertenecen al «taller de la belleza.»

El Cómico-Chinche.



El era un joven humilde y trabajador, que ganaba sus diez y ocho reales diarios en una escribanía, porque á buena letra le ganaban pocos; pero comenzó á reunirse con unos «chicos actores,» que habían hecho su carrera en el Conservatorio y estaban esperando contrata, y éstos le metieron en la cabeza que dejase la escribanía y se dedicara al teatro, donde hay quien tiene catorce duros de sueldo todas las noches, porque sabe bajar las escaleras con la rabadilla.

—Créenos á nosotros—le dijeron.—En la curia no harás nada, Victorino. Mírate

en el espejo de Carreras, que se dedicó al teatro definitivamente, y casi todas las noches le sacan en hombros y le van á levantar una estatua en la calle del Humilladero.

Victorino se fué aficionando á las tablas y ya no hacía nada á derechas en la escribanía. Una tarde le regañó el oficial mayor porque había echado á perder un pliego del sello undécimo, y Victorino cogió un pleito civil que constaba de doscientas cincuenta fojas, y se lo tiró á la cabeza.

Despues salió de la escribanía, midiendo la estancia á grandes pasos, y desde aquel punto y hora ingresó como segundo galán en la sociedad de declamación *La Bambalina Dramática.*

La familia de Victorino no desaprobó en absoluto su resolución, porque el chico reunía excelentes condiciones para el teatro, según testimonio de un hojalatero que era á la vez presidente de la sociedad y primer actor de carácter.

—Es verdad que ha perdido los diez y ocho reales de sueldo—decía la madre del escribiente,—pero ¿quién sabe lo que llegará á ser en el teatro?

El, como afición, tenía muchísima, porque lo mismo era levantarse de la cama, se

ponía la colcha á manera de manto regio, y comenzaba á recitar versos de *El zapatero y el rey*; otras veces entraba á la cocina, y cogiendo á su madre por las cintas del delantal, la arrojaba contra la artesa, exclamando:

«Cruel, fementida, mujer aleve,
tu sangre impura quiero verter...»

—¡Por Dios, Victorino!—gritaba ella, tratando de incorporarse.—Deja la declamación para luego, que estoy friendo la salchicha para tu padre, y tiene que ir á la oficina.

Entonces él elevaba al cielo los ojos, murmurando:

«¿Así contestas al duelo mío?
¿Así respondes á mi querer?»

Y se lanzaba al comedor, donde su buen padre, D. Honorato, esperaba el almuerzo limpiándose las botas.

«¿Quién eres, dime, ser misterioso?
¿Qué es lo que buscas en este hogar?

Esto preguntaba Victorino á su padre, metiéndole los puños por los ojos, y el padre ponía el cepillo de las botas á guisa de pantalla, para evitar cualquier desafuero del ardoroso doncel.

—Mira, Victorino—acababa por decirle,—vete á declamar al cuarto de los baúles, que me duele la cabeza y estás asustando al jilguero.

Victorino desaparecía del comedor, rápido como una flecha, no para meterse en el cuarto de los baúles, sino para arrojarse sobre la cama, no sin decir antes con acento melodramático:

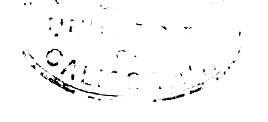
«Pues que la dicha su luz me niega,
¡adiós, Rosaura! ¡Voy á morir!»

Y á lo mejor se daba con la cabeza contra un boliche y tenía que suspender el drama, para ponerse en el chichón un pañito con agua y vinagre.

D. Honorato era persona de muy buenas relaciones desde que había sido secretario segundo de un comité electoral reformista, y valiéndose de un sujeto que estaba casado en segundas nupcias con el ama de cría de un segundo apunte, consiguió una carta para Vico.

El gran actor estaba en su cuarto, pintándose la cara de cadáver para hacer *La muerte civil*, cuando penetraron D. Honorato y su hijo.

—¿Es usted D. Antonio?—preguntó el padre del joven?



—Sí, señor—dijo el preguntado.

—Pues le traemos á usted una carta de su amigo Izquierdo.

—¿El de la *denticina infalible?*

—No, señor, el de la calle de la Berengena. Verá usted; este joven es hijo mío y cultiva la declamación hace cuatro meses; tanto, que nos ha despedido el casero porque éste, como tiene tanta afición, está aprendiendo á tirarse hacia atrás, como Donato Jiménez, y los vecinos de abajo se quejan...

—Bueno; pero ustedes ¿qué desean?—interrumpió Vico.

—Pues contratarle—dijo D. Honorato, haciendo señas al chico.

Éste comprendió que había llegado el momento de exhibir sus facultades, y poniéndose en pie, como movido por un resorte, cogió á Vico por un brazo y en menos de lo que se cuenta le soltó catorce redondillas á quemarropa.

Vico quería desasirse, pero todo fué inútil, hasta que tuvo que llamar al barba, que era hombre forzudo, y entre éste y un tramoyista consiguieron que el chico terminase su relación.

A Vico le pareció deplorable todo aquello, empezando por el actor y concluyendo por D. Honorato; pero tuvo que rendirse á

tantas instancias y prometió contratar á Victorino.

Desde entonces, el famoso artista no tiene momento de reposo, porque Victorino le sigue á todas partes: al teatro, al café, al círculo, á paseo, á la peluquería...

—¡D. Antonio!—le dice melancólicamente.—¡Acuérdese usted de mí! ¡Yo hasta que *debute* no descanso!...

—Bueno, bueno—contesta Vico, apelando á la fuga.

Yo estuve la otra noche en casa de Vico. Al subir las escaleras tropecé con un bulto, y me dió un vuelco el corazón, porque creí que había pisado un cadáver.

Pero el bulto se levantó y me dijo:

—¿Va usted á ver á D. Antonio? Pues hágame usted el favor de decirle que está aquí Victorino.

*
* *

¿Saben ustedes por qué han obtenido puestos en las principales compañías muchos actores malos?

Porque han empleado el procedimiento que hoy utiliza Victorino.

Saludemos en él á un futuro galán joven de nuestros primeros teatros.

No por lo que vale, sino por lo que molesta.

AMORES SULFUROSOS

El pobre Aniceto del Olmo era un marido como Dios manda.

Porque Dios manda que los maridos amen á sus esposas con el amor dulce y tranquilo que hace del hogar un edén y de los chiquitines unos ángeles con delantal.

Pero la esposa de Aniceto tenía una imaginación como una casa de huéspedes destartalada. Amelia—porque se llamaba Amelia—veía en su esposo un ser vulgar, entregado por entero á la prosaica tarea de ganarse la vida honradamente. El nunca le había dicho:

—Te llevaré á orillas del lago, para que se refleje tu hermosa faz en la líquida superficie...

Pero, en cambio, le advertía con los mejores modos:

—Mira, Amelia; me has dado unos calcetines sin repasar, y ayer, mientras ha-

blaba de negocios con D. Zenón, el capitalista, noté que por uno me salía el dedo gordo del pie derecho. Mira cómo voy.

Y Aniceto se quitaba la bota para mostrar á su mujer el agujero del calcetín.

Ella apartaba los ojos con horror y soñaba con un joven pálido, de mirada de fuego, tal cual lo describía en sus novelas cierta literata de la vecindad, bastante fea, que estaba en relaciones con un tenor cómico viudo y con hijos.

Bueno será advertir, en abono de la espiritual Amelia, que su marido tenía una nariz imposible. Era ancha, con una especie de boliche en la punta, y cuando cambiaba el tiempo se le ponía colorada y brillante como una berengena.

—Eso es herpético — le había dicho cierto doctor italiano que sacaba las muelas con un espadín y curaba las erupciones á fuerza de purgas y baños sulfurosos.

—¿Qué debo hacer para corregir este vicio de la naturaleza?

—Báñese usted dos veces al día. Yo le daré á usted un medicamento de mi invención para que lo vierta usted en el agua.

Además, que le froten á usted la espalda con un cepillo fuerte.

—Mire usted, en esta pierna tengo un rosetón colorado, que se me irrita en cuanto caen cuatro gotas.

—Nada, nada; muchos baños y mucha sal de higuera. Hay que limpiar ese estómago hasta dejarlo completamente seco. Después empezará usted á tomar unas píldoras de sebo, inventadas por mí.

Aniceto mandó colocar una bañera en la alcoba del pasillo, y siguiendo las indicaciones del doctor, sumergía su cuerpo cada doce horas en aquel líquido verdoso y mal oliente.

—¿Cómo es posible que yo ame á este hombre?—pensaba Amelia, cada vez que veía á su esposo metido en el agua.

Frente al domicilio de Aniceto había una tienda de objetos de escritorio, donde servía en clase de dependiente un tal Agapito Pesebrín, joven apasionado y soñador, aunque algo cojo, por efecto de un mordisco.

Una tarde Amelia entró en el establecimiento para comprar papel de luto, porque se le había muerto una tía á quien amaba entrañablemente.

Agapito despachó el papel con mano temblorosa.

—¿Cuánto es?—preguntó Amelia.

—Real y medio—contestó él.

—¡Ay!—exclamó la bella compradora, lanzando un suspiro.

—¿Sufre usted?—se atrevió á decir Agapito.

—Mucho. He perdido á una tía.

—¡Qué horror! — exclamó Agapito, cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Amelia comprendió que aquel joven era impresionable é impetuoso, y quiso huir, pero una fuerza irresistible le retuvo en la tienda. Entonces él, aprovechándose de las circunstancias, le habló así:

—Sus penas de usted son dardos que se clavan en mi corazón... Sí, hermosa vecina, yo la amo á usted.

—¡Cielos!—murmuró Amelia, apoyándose en el mostrador para no caer.

—La veo á usted todos los días en el balcón, ora sacudiendo la alfombra, ora limpiando los cristales, ya regando las macetas, ya cortándose los padrastros. Tiene usted un marido odioso... La otra tarde estuvo aquí á comprar un frasco de tinta, y me ofreció por él tres reales...

Amelia no pudo resistir el fuego de la mirada de aquel dependiente impetuoso, y desde aquel día ella y él se amaban como dos insensatos.

«Necesito subir—escribía él á los ocho días.—No puedo tolerar esta existencia odiosa; quiero oir tu voz divina. ¡Amelia! ¡Amelia! permite vaya á arrojarme á tus pies, ó de lo contrario, no respondo de mí. Seré capaz de provocar las iras de D. Bruno, mi principal, para que me descalabre y termine de una vez esta vida de desesperación.»

Amelia contestó en los siguientes términos:

«Agapito mío: el verdugo de mi existencia tiene que asistir esta noche á una Junta. Puedes subir en cuanto le veas doblar la esquina. Te amo como una *dementa.*»

A las ocho estaba ya Agapito de rodillas delante de Amelia, pidiéndole una mirada de sus negros ojos.

—Júrame que me amarás á mí sola—decía ella.

—Te lo juro—contestaba él.

De pronto, la campanilla de la escalera sonó con estrépito.

—¡Es mi tirano!—gritó Amelia, poniéndose de pie.

—¡Gran Dios!—exclamó Agapito, tratando de meterse debajo de una butaca.

—¡Huye!—replicó la esposa infiel.

—¿Por dónde?

—Ocúltate en la alcoba del pasillo.

Y empujó al joven fuera del gabinete. Después abrió la puerta de la alcoba, y Agapito se precipitó en la oscuridad.

Pero no sabía que estaba allí la bañera de D. Aniceto, llena de agua sulfurosa, y el joven cayó de cabeza en aquel manso lago que olía á huevos podridos.

De allí le sacó la criada media hora después.

—¿Ha tragado usted mucha agua?—le preguntó cariñosamente.

—Mucha—contestó Agapito.—Pero ¿qué agua es ésa?

—Es el agua en que se ha bañado el señorito.

El joven huyó de aquella casa para siempre.





LA CITA

ESCENA PRIMERA

ADOLFO Y BALDOMERO

ADOLFO.—Sí, amigo mío, sí; estoy enamorado.

BALDOMERO.—¿De D.ª Melitona?

ADOLFO.—No me la recuerdes. Huyendo de ella he alquilado este cuartito, donde puedo respirar libremente. ¡Ay, Baldomero! ¡Tú no sabes quién es D.ª Melito-

na!... Hace dos meses que me persigue día y noche, pero al fin he conseguido burlar su espionaje, y ya llevo quince días aquí, lejos de sus miradas. Bendigo la hora en que se me ha ocurrido cambiar de habitación.

—Bueno; pero acabas de decirme que estás enamorado.

—Sí, como un avestruz, aunque sea mala comparación. Amo á una chica encantadora, una viuda de Candelario.

—Candelario, Candelario... yo he oído ese nombre en alguna parte.

—¡Toma! ¡Como que allí se fabrican los mejores chorizos contemporáneos! El esposo de mi amada fué el inventor de un embutido especial, hecho con carne de perro, por el que obtuvo medalla de plata en la Exposición de Barcelona... Va á venir.

—¿Quién? ¿El embutido?

—No, ella, Filito, mi amada, mi cielo, mi estrella, mi...

—¿De manera que estoy estorbando?

—Quizás.

—Pues te dejo.

—¡Ay, amigo mío! ¡Qué feliz soy! Tras de mil súplicas he logrado que venga á perfumar con su presencia este recinto. Aunque viuda es tímida, y no quiere

despertar las murmuraciones de las porteras; pero mis argumentos la han convencido y vendrá esta tarde á las seis...

—Vaya, abur. (*Vase.*)

—Adiós, Baldomero; perdona si te dejo marchar... Cuidado no tropieces en esa sombrerera. La he puesto ahí para que se ventile. Todo lo que ha sido de D.ª Melitona huele á pacholí. Esa sombrerera pertenece á su difunto esposo, que como sabes era cerero... Adiós; ya te seguiré contando mi aventura. Hasta mañana, ¿eh?

ESCENA II

ADOLFO, ARREGLANDO LOS MUEBLES

¡Va á venir! Me lo ha prometido formalmente. ¡Oh, felicidad! Voy á tenerla á mi lado sin testigos, sin miradas indiscretas y sin que turbe nuestra ventura la nariz de su tía, que viene á ser el testigo mudo de nuestros coloquios.

¡Qué nariz! La tía dice que se le puso así á consecuencia de un naufragio; pero yo creo que ya ha debido venir al mundo con aquella berengena...

Voy á perfumar este gabinete; sí, quemaré un terroncito de azúcar; he debido

comprar un poco de incienso... ¡Qué cabeza la mía! (*Enciende un fósforo y lo aproxima al terrón.*) ¡Cáscaras! ¡Me he abrasado el dedo gordo! Pero ¿qué importa el dolor físico ante la felicidad que me reserva mi amada? ¡Va á venir! ¡Sólo falta media hora para que se realice mi sueño!... ¡Ay, Filito, cuánto te amo! Pongamos en orden todos los muebles: la butaca aquí junto al balcón por si quiere recibir las caricias del crepúsculo vespertino; aquí la banqueta para que apoye los pies; cerca del sofá el velador, y encima de esta silla la media libra de galletas que he comprado por si quiero merendar. ¡Caramba! Parece que está algo turbia el agua de la botella. Si me quedase tiempo la fregaría, pero ¡va á venir! y no quiero que me sorprenda con el estropajo. (*Se mira al espejo.*) Parece que estoy paliducho... sí, otros días tengo mejor cara; ¡claro! la emoción... ¿Qué tengo en este diente? ¡Ah! Ya sé; es una partícula del bacalao que me pusieron esta mañana en la *Fonda de la Alubia*, donde estoy abonado por siete duros mensuales, vino inclusive... ¿Me pondré la otra corbata?. No; á Filito le gustan los colores fuertes... Lo que voy á hacer es á echarme colonia en los bolsillos de la americana, porque huelen á queso manchego. Como tengo la

costumbre de guardarme el postre por si siento debilidad, siempre queda el olorcillo... Oigo ruido en la escalera. ¿Será Filito?... ¡Corro á ver! No; es la portera que le está pegando á su chico el menor, como tiene de costumbre. Todas las tardes, antes de encender los faroles de la escalera, le sube hasta el cuarto segundo, y allí, arrimada á la barandilla, le pega un ratito, después lo baja al cuarto principal y vuelve á sacudirle, hasta que se cansa y tiene que echarse, buscando el natural reposo...

Pero ¿cuándo pensará encender las luces esa mujer? La escalera está como boca de lobo y temo que Filito no dé con el cuarto. ¡Cómo me late el corazón, á medida que se acerca la hora! ¿Encenderé el quinqué?... No: es preferible la oscuridad para que Filito no se ruborice.

¡Las seis!... Ya no debe tardar. ¡Caramba! Me había olvidado de retorcerme las guías del bigote, porque con la humedad se bajan. ¿Dónde he dejado el cosmético? En la mesa de noche no está... Veamos en la palmatoria... tampoco. ¡Ah, sí, ya recuerdo! Lo he dejado en la despensa al lado de las zapatillas. (*Va por el cosmético y se embadurna con él las cejas, el bigote y un lunar de pelo que luce en la mejilla, bajando á la derecha. Oyense pasos.*) ¡Ya está ahí!

¡Cómo me late el corazón!.... ¡Bendita seas, Filito!... (*Adolfo se dirige veloz á la puerta, y antes de que la recién llegada agite la campanilla, hace girar aquélla sobre sus goznes y se arroja en los brazos de la mujer amada... Oyese un ruido seco y sonoro, así como de sopapo...*)

—¡Granuja, infame! ¿Conque huyes de mí? ¿Conque te mudas de casa para librarte de mi presencia? Pues ¡toma!

Y un nuevo bofetón resuena en aquel poético domicilio...

Adolfo retrocede asustado y exclama con acento de profundo terror:

—¡Dios mío! ¡¡D.ª Melitona!!

LA LIMPIEZA

CONVENGAMOS en que la limpieza es uno de los adornos que más enaltecen á la mujer. Hay chicas preciosas que huelen á sebo y señoras de su casa que sólo se lavan la mascarilla y llevan el resto del cutis lleno de chafarrinones.

En más de una ocasión hemos tenido que preguntar á cierta patrona:

—¿Qué tiene usted en el pescuezo, doña Tomasa? ¿Se ha dado usted algún golpe?

—No, señor; esto es polvo acumulado.

—¿Por qué no se lava usted?

—Porque no puedo. ¿No me ve usted todo el santo día de Dios hecha una negra?

—Sí; parece que le dan á usted betún mate.

—Desengáñese usted. La mujer cuando se lava es porque no tiene nada que hacer.

Y fundándose en este principio, dejaba que se le cubriese el rostro de pelusilla, hasta tal extremo, que en vez de carrillos tenía dos melocotones verdes, y las manos parecían dos sombreros hongos.

Un día fué á subirse á la cama y se dislocó el pie derecho. D.ª Tomasa comenzó á lanzar agudos chillidos, y entonces un estudiante de medicina, que estaba de huésped en aquel infame establecimiento, acudió á prestarle los auxilios de la ciencia.

—Saque usted el pie—fué lo primero que dijo.

D.ª Tomasa obedeció la orden, presentando, no sin cierto rubor, la punta del pie por debajo de la sábana.

—Quítese usted la bota—siguió diciendo el estudiante.

—Ya me la he quitado.

—¿Cómo?

—Es que no he podido lavarme desde Julio, por falta de tiempo.

¡Cuán distinta es de D.ª Ramona, la que vive en el principal! Aquélla sí que se lava y se asea y sale á la calle lo mismo que los chorros del oro.

A su esposo le tiene frito, porque le dice á cada paso:

—¡Sucio! ¡Más que sucio! A ver cómo se limpia usted inmediatamente ese bigote.

—¿Qué tiene?

—Tiene un color sospechoso. Parece que lo has metido en barro.

Y sin que el marido pueda defenderse, D.ª Ramona se lanza sobre él con una esponja en la mano, y comienza á frotarle el rostro hasta sacarle lustre.

En aquella casa la limpieza es la nota más saliente. D. Aquilino, el esposo de D.ª Ramona, no puede escupir, ni toser, ni estornudar, sin que ella le presente un trapito, diciéndole con malos modos:

—Cuando tengas que toser, coloca este trapito debajo de la nariz, ó vete á tu cuarto y tose dentro de la sombrerera.

—Pero, mujer, ¡no me impongas nuevos sacrificios!

—Parece mentira que haya personas tan sucias. Si yo hubiese sabido que eras así, cualquier día te doy mi mano. ¡Un hombre que se deja crecer los pelos de las orejas! ¡Jesús! ¡Qué asco! ¡Hombre! No pongas el pie encima del brasero, que lo vas á empañar. Deja que te pase revista... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Vaya una mancha que traes en el

chaqué! ¿Dónde te han echado eso? De seguro que ha sido en la oficina. Buenos cochinos están todos los empleados.

—Te diré...

—No me digas nada.

—Verás: yo estaba escribiendo y vino el jefe por detrás á pedirme unos datos. Entonces yo fuí á saludarle, y él, que tenía en la mano una botella de agua de Carabaña, porque se purga todas las tardes á eso de las cinco, me la dejó caer encima.

—Pero tú has debido coger inmediatamente un paño seco y frotar la mancha, ó si no decirle á un portero que te la lavase con agua y jabón, como hacen todas las personas decentes.

El infeliz D. Aquilino es víctima de la limpieza de su consorte, que no le permite sentarse á la mesa sin que antes se lave las manos, ni le deja meterse en la cama sin que le enseñe la camiseta y los calzoncillos, para convencerse de su blancura.

D. Aquilino es sudoroso de suyo y esto trae grandes perturbaciones en el hogar, porque su señora le dice echando fuego por los ojos:

—Aquilino, ese sudor no es propio de las personas bien nacidas; tú sudas pomada de brea.

—Mujer, ¿qué culpa tengo?

—Si fueras limpio, evitarías esas humedades de la piel por medio de baños y medicinas. Si continúas sudando así no cuentes conmigo.

—Pero...

—O dejas de sudar, ó me voy á casa de mis padres.

Las criadas de D.ª Ramona sufren lo indecible; así es que no hay ninguna que pase en aquella casa más de ocho días. En cuanto se enteran de la limpieza de la señora, ya le están diciendo:

—Vaya, yo me voy.

—Váyase usted al infierno, que yo no puedo resistir á la gente cochina.

—Sí, señora, me iré, porque el mejor día va usted á querer echarme á la colada. ¡El demonio de la bruja!

—Salga usted de mi casa. ¡Puerca! ¡Gorrina!

Y algunas veces, D.ª Ramona se lía á mogicones con la doméstica é inmediatamente después coge el estropajo y se lava las manos, diciendo con mal contenido enojo:

—¡Jesús! ¡Qué cosas hace una cuando se acalora! La he puesto la mano encima á esa sucia, y ahora estoy llena de asco.

El otro día, D.ª Ramona tuvo una cuestión muy fuerte con la criada, que es de

Lugo y no conoce más camisa que una que trajo de allá va á hacer ahora tres años.

—¡Esta tinaja está sucia!—decía la señora.

—La he lavado el jueves—contestaba la doméstica.

—Mentira, mentira.

Y D.ª Ramona, fuera de sí, cogió un estropajo y se lanzó sobre la tinaja, dispuesta á hacer por sí misma lo que no había hecho la palurda.

D. Aquilino entretanto se lavaba los pies en el gabinete, por orden de su señora, que le había conminado con la separación si no se presentaba limpio en la cámara nupcial.

Con una rodilla en una mano y un cajón con arena en la otra, D.ª Ramona fregaba la tinaja con un celo digno de mejor suerte, mientras la doméstica, de pie en un rincón, contemplaba sonriente aquella escena.

De pronto D. Aquilino oyó gritos ahogados que le pusieron en alarma, y sacando los pies del barreño, se dirigió á la cocina precipitadamente.

Lo que allí vió no es para dicho. Doña Ramona, en su afán de dejar las cosas limpias como el oro, había introducido la cabeza dentro de la tinaja, para limpiar el

fondo, y por más esfuerzos que hacía, no lograba salir de aquella prisión de barro.

—¡Socorro!—gritaba.—¡Que me ahogo.



D. Aquilino cogió á su esposa por la cintura y la atrajo hacia sí con violencia; pero todo fué inútil, y la infeliz señora seguía con la cabeza dentro de la tinaja hasta que el esposo pudo romper aquella cárcel, salvando á D.ª Ramona de la asfixia y el ridículo.

Entonces él, abrazando á la dulce compañera de toda su vida, le habló así:

—Buena es la limpieza, Ramona; pero no hasta el extremo de hacer de mí una víctima, ni de que perezcas tú en aras de la exageración y del estropajo.

UN JOVEN TÍMIDO



Á los pocos días de nacer, como quien dice, Secundino conoció á Mariquita y se puso á amarla platónicamente.

Fueron ambos creciendo, y el amor adquirió en el pecho del joven desarrollo inusitado, hasta el punto de poner en peligro su existencia, porque él había nacido enclenque y con falta de jugos gástricos; de manera que en cuanto veía á Mariquita y comía tocino ó algo así grasiento, ya había que darle el agua de Carabaña, ó la magnesia granular, ó el aceite de ricino.

Los papás de Secundino comenzaron á notar que algo grave ocurría en el corazón del joven, y quisieron convencerse por sí

mismos, vigilándole sin cesar. Entonces vieron con asombro que Secundino estaba enamorado, porque pronunciaba entre sueños frases ardientes y pintaba en las paredes de su habitación corazones sanguinolentos atravesados con flechas.

Más de una vez, mientras se lavaba el pescuezo, le habían oído pronunciar el nombre de Mariquita.

—No hay duda—dijo la madre.—Este chico no se desarrolla por causa del amor.

—¡Pobrecillo!—añadió el padre.—¡Tan joven y ya amelonado!

—Estoy por darle unas tacitas de flor de malva, á ver si sudando se le quita el hechizo.

—Todo será inútil. Cuando yo me enamoré de tí no podía provocar la traspiración por nada del mundo.

—¿Y qué hacemos?

—Esperar á que se le quite la pasión por medio de un desengaño. ¡Si pudiéramos hacerle creer que Mariquita posee varios granos! No hay nada que desilusione á la juventud como la sospecha de que el ser amado tiene malos humores.

A todo esto, Secundino continuaba adorando en Mariquita, pero con adoración silenciosa.

Todas las tardes iba á su casa, y después

de ponerse colorado como un cangrejo, le decía:

—¡Hola! ¿Cómo estás? Y tu mamá, ¿cómo sigue de sus riñones? ¿Y tu papá ha vuelto á resentirse del vientre?

Después se sentaba en una banqueta y ya no volvía á pronunciar palabra hasta la hora de retirarse. Entonces, poniéndose de pie, comenzaba á dar vueltas al sombrero, como quien está improvisando un discurso, y acababa por decir:

—Vaya, abur, Mariquita. Hasta mañana. Si á tu mamá no se le quita el dolor, ponle una cataplasma de hojas de higuera bien caliente. Y cuando escribas á tu tía, la de Jadraque, mándale muchos recuerdos míos.

Ya en la calle, Secundino desahogaba su corazón besando repetidas veces un retrato de Mariquita, que llevaba envuelto en unos guantes de castor para no infundir sospechas, y algunas veces llegaba hasta derramar lágrimas y á arrancarse los pelos del flequillo que adornaba su frente.

—¡Si yo tuviera valor!—se decía.—¿Por qué no he de expresarle con los labios lo que ya le han dicho mis ojos? Toma, toma, Secundino.

Y comenzaba á darse cachetes detrás de una puerta, para que no le viesen los vecinos.

—Vamos á ver—le dijo un día su madre.—Tú no estás en tu *ser natural*. Tú tienes algo, Secundino. Hace una porción de días que no pruebas la lechuga ni tocas la flauta. ¿Qué te sucede, hijo mío?

Por toda respuesta, el joven se arrojó en brazos de su mamá y estuvo gimoteando como si se le hubiera muerto una persona de la familia.

Después, ocultando el rostro con el pañuelo de las narices, hizo un supremo esfuerzo y habló así:

—Pues bien, mamá, yo estoy enamorado de Mariquita.

—¿Y ella?

—Ella ha debido leer en mi semblante.

—Pero ¿no le has declarado tu pasión?

—Antes me dejaría hacer picadillo.

—No era así tu padre, que no hizo más que conocerme y se me vino derecho, y á los ocho días de relaciones ya me había pedido prestados cinco duros para desempeñar la capa. Parece mentira que seas hijo de ese hombre.

—¡Qué le hemos de hacer!

—Mariquita es buena, es rica y tú tienes un destino seguro en el registro de hipotecas. Debes, pues, ofrecerle tu mano, porque de otro modo llegarás á quedarte en los huesos y no hay calcetines que te basten.

—Es porque cuando estoy á su lado no hago más que frotarme los pies uno con otro, como si tuviese hormiguillo.

—Ea, basta de cobardía; ó te declaras tú, ó voy yo á verla y se lo digo todo.

—No; no por Dios. Yo procuraré soltarme.

Pero fueron vanos los propósitos de Secundino. Cuando iba á hablar se le fijaba un dolor en ambos costados y sentía ruidos interiores.

—¡Ay! Se me insurreccionan las tripas —decía él para sí, y salía de aquella casa sujetándose el vientre con las manos.

Porque como el padecimiento de Secundino estaba en la parte de adentro, cualquiera emoción fuerte repercutía en el abdomen.

Mariquita notaba estos movimientos súbitos y la palidez del rostro del joven, pero no podía encontrar la explicación conveniente y se limitaba á hacer esta pregunta:

—¿Qué le pasa á ese chico? ¿Le apretarán las botas?

A todo esto había en la vecindad un teniente de caballería que era todo un buen mozo y que se pasaba la existencia asomado al balcón, dirigiendo miradas incendiarias á Mariquita y haciéndole señas con los dedos.

Secundino había notado, con desesperación reprimida, las manifestaciones del militar, pero estaba seguro de que la joven no había de acogerlas benévolamente.

—Mariquita me ama—se decía á solas. —Ha visto mi pasión, mi consecuencia y mi timidez natural y se ha enamorado de mis dotes. Sí, sí; lo leo en sus ojos... Si tuviera valor, desafiaba al teniente.

* * *

Mariquita comenzó á ponerse pálida y á perder el apetito y á suspirar melancólicamente.

—¡Ay, Secundino!—decía al joven enamorado.—¡Qué mal dispuestas están las cosas de este mundo! ¿Por qué no ha de tener libertad la mujer? ¿Por qué ha de reprimir sus afectos?

Secundino traducía en provecho propio estas confianzas de Mariquita, pero aun así y todo, no osaba pintarle su pasión y bajaba los ojos como diciendo:

—Estoy al cabo de la calle, mujer encantadora. Sé que me amas, y esto constituye para mí la dicha mayor de este mundo. Yo también te amo como un demente.

—Secundino—le dijo un día Mariquita, —¿eres mi amigo leal?

—¡Hasta la tumba!—contestó él, cubriéndose el rostro con las manos para ocultar el rubor.

—Pues bien—siguió diciendo ella,—vas á ser depositario de mis penas.

—¡Dios mío!—dijo él aparte.—Al ver mi timidez, ella misma me abre el camino.

—Secundino—siguió diciendo Mariquita,—yo estoy enamorada.

El corazón del joven latió con violencia.

—¿De quién?—se atrevió á preguntar con voz apagada.

Mariquita lanzó un suspiro y murmuró poniendo los ojos en blanco:

—¡Ay!... Del teniente de caballería.

Secundino se dejó caer sobre una ventana y rompió un cristal con la cabeza.

Cuando acudieron en su socorro, Secundino no era ya una persona: era un montón de carne sin latidos...

¡Un cadáver!





EL MADRUGÓN

I

NADA, nada; véngase usted á Valdemoro conmigo.

—Lo agradezco, pero no me es posible.

—Decídase usted. El tren sale á las siete de la mañana, y en una hora nos plantamos allá. Le daré á usted un buen almuerzo en mi casita de campo, y á las ocho

y media de la noche estaremos de regreso en Madrid.

—El caso es...

—No admito disculpas. Quiero que vea usted mis árboles y mis emparrados y una cabra muy hermosa que tiene las facciones como las de una señorita inglesa.

—¡Soy tan poco aficionado á madrugar!

—No hay nada más higiénico que levantarse temprano. Ea, hasta mañana. En la estación nos encontraremos; ya lo sabe usted: el tren sale á las siete en punto.

—Pero...

—Ya verá usted qué buen día vamos á pasar en Valdemoro. Aquello es divino.

II

—Aquilina... ¿A qué hora te levantas tú ordinariamente?

—A las ocho.

—Pues es necesario que madrugues más. Mañana tengo que ir á Valdemoro, y necesito que me llames á las seis.

—¡Jesús, qué temprano!

—¡No hay más remedio! Lo menos necesitaré una hora para vestirme, lavarme y bajar á la estación. Mucho cuidado. Si ves

que no quiero despertar, puedes pegarme en la cabeza con una toalla, ó si no, méteme cualquier cosa por las ventanas de la nariz. Ya sabes que tengo un sueño muy pesado, y por nada del mundo quisiera llegar tarde.

—Las mañanas están muy frías.

—Lo supongo; pero me ha convidado D. Basilio, y es hombre que se ofende mucho cuando se le desaira. Conque, no te digo más; á las seis...

—Pierda usted cuidado.

III

—¡Carambita! ¡Qué fresca está la cama! Procuraré quedarme dormido lo más pronto posible para aprovechar el tiempo. ¡Tener que levantarme á las seis de la mañana!... ¡Brrrr! ¡Qué frío hace esta noche!... Apagaré la luz, aunque renuncie á leer *La Correspondencia*. Lo peor será si trae algún artículo financiero, y me quedo sin leerlo; pero ¿qué le vamos á hace? Es preciso que me duerma temprano para sentir menos el madrugón... (*Pausa.*) Otras noches no hago más que tumbarme, y me quedo dormido como un cachorro, y ahora, por

más que quiero recogerme... ¡Las dos! ¡Demonio! No me quedan más que cuatro horas de descanso. Voy á ver si metiendo la cabeza debajo de la almohada consigo dormirme... (*Pausa.*) ¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, Aquilina? Nadie responde.

Se me figuró que andaban con mis zapatillas.

El gato no puede ser, porque se nos murió el jueves. ¡Cosa más particular! El pobrecito comenzó á toser y á morderse la cola sin que le viera nadie; después se puso á maullar melancólicamente debajo de las enaguas de Aquilina, y por último le encontramos cadáver dentro de una sombrerera. ¿Cómo habrá ido á parar allí?... Pero no debo pensar en el gato, porque se excita la imaginación y me despabilo. Lo que me conviene es dormir. Cuanto antes... (*Pausa.*) ¡Demonio! ¿Qué será esto quetanto me pica? Encenderé la vela. ¿Será una pulga? Busquemos los fósforos. ¿A ver?... Vaya, ya di con la caja... ¡Cielos! No es pulga; es una corredera. ¡Maldita sea mi suerte!... Ahora voy á estar despierto toda la noche, porque se me ha excitado el sistema nervioso... ¿Qué hora ha dado? ¿Las tres? Está visto que no voy á dormir, y es que la sola idea del madrugón me intranquiliza y me... (*Pausa.*)

IV

—Señorito, ¡arriba!

—¡Socorro!

—No se alarme usted; soy yo.

—¿Quién? ¿Qué busca usted en esta casa?

—Soy Aquilina.

—¡Ah! Soñaba que D. Basilio me estaba arrancando con unas pinzas todos los pelos del bigote, á fin de despertarme para que me fuera con él á Valdemoro. Al propio tiempo, el maquinista, tiznado de carbón, me metía por un oído el pitorro de una alcuza llena de aceite hirviendo .. ¡Qué pesadilla más cruel!

—Bueno, pues vístase usted pronto, que son las seis y media.

—¿Las seis y media?

—Más bien más que menos.

—¡Demonio! Tráeme los calzoncillos.

—¿Dónde los tiene usted?

—No recuerdo; mira si los he metido dentro del piano por distracción.

—¿Dentro del piano?

—Sí; la idea del madrugón me trae trastornado desde anoche. ¡Por vida de don Basilio!

—Aquí están.
—¿Dónde los había dejado?
—Dentro de la jaula de la perdiz.
—¡Pobrecilla! Ea, tráeme el pantalón y el gabán y el hongo y la flauta.
—¿La flauta?
—Sí, porque D. Basilio querrá que toque algo en el tren...

V

—¡Cochero! ¡cochero! Pare usted... ¿Que está ocupado? ¡Maldito sea mi sino!... Ya son las siete menos cuarto... Y no veo ningún coche... Tendré que ir hasta la Puerta del Sol para tomar el tranvía. ¡Uy! Me ha pisado usted en el dedo pequeño, que es precisamente donde tengo un callo. ¡Bien podía usted ver dónde pisa! Bueno... no tengo ganas de disputar; vaya usted con Dios... Dé usted gracias á que llevo mucha prisa... Las siete menos diez... ¡Cochero, cochero!... A la estación del Mediodía... ¡Gracias á Dios! .. ¿Qué? ¿Se ha parado? ¿Qué pasa? ¿Qué se ha roto una correa? ¡Por vida del demonio! ¡Y D. Basilio que estará impacientado! ¿Ha compuesto usted la correa? ¿Sí? Pues en marcha...

VI

Tome usted una peseta y dos céntimos de propina. ¿Que es falsa? ¿Falsa? ¡Usted sí que es falso! ¿Cómo, se insolenta usted? ¡Si no fuera porque llevo mucha prisa, te tiraba de cabeza desde el pescante, so bribón!... ¡Vaya usted á mandar llover, granuja!... ¡El demonio del hombre! ¡Pues no me ha dado pequeño disgusto!... Corro á tomar el billete... ¿Cómo? ¿Está cerrado el despacho? ¿Pues qué hora es? ¡Cielos, las siete! Mozo, mozo, ¿no se puede entrar? ¿No? ¿Qué silbido es ése? ¿El tren? ¿El tren de Valdemoro? ¡Dios mío! ¡Se va sin mí! ¡Y para esto me he levantado á las seis de la mañana!

ANUNCIOS

¡Caramba! Hay algunos anuncios que parecen mandatos imperativos.

Cierto boticario manchego dice en la cuarta plana de un periódico: «Tomad inmediatamente las tan acreditadas píldoras de bismuto y regaliz. El que no se cura es porque no quiere.»

Otro, no menos autoritario, escribe lo siguiente: «No más tos. Se acabaron los catarros;» que es como si dijera:

—No me da la gana de que tosa nadie, ¡ea! ¡Al que se atreva á toser lo reviento!

A mí me gustan los anuncios cariñosos, que revelan en el anunciante cierta bondad ingénita, por ejemplo: «Salud á todos. ¿Queréis vivir sanos? Pues nada más eficaz que el jarabe de cocotero.»

O este otro:

«Se necesita un caballero para vivir en familia. Amabilidad y aseo.»

Esto es lo que debe buscar toda persona que no tenga quien le ame ni quien le cuide, porque en estas casas que se anuncian así, se encuentran, por lo general, regazos cariñosos donde puede el hombre reclinar la cabeza, sentándose en el suelo.

Un mi amigo, llamado Pepe Rodríguez, leyó el anuncio de un gabinete para vivir en familia, y como el pobrecito es huérfano, resolvió tomar el gabinete.

—Aquí estará usted como si fuera nuestro hijo—le decía la dueña de la casa.—Haga usted todo lo que guste, y si siente calor, puede usted quitarse los pantalones y comer en calzoncillos.

Al día siguiente de su entrada en aquel hogar amoroso, el marido de la patrona dijo á Rodríguez:

—¡Hombre! ¿No te parece que debemos tutearnos?

—Bueno—contestó el infeliz.

—Puesto que vamos á vivir en familia,

parece natural que nos apeemos el tratamiento. ¿Tienes cigarros?

Y se apoderó de la petaca del huésped, y en menos de media hora se le fumó catorce pitillos.

De día en día aumentaba la familiaridad entre patrones y huésped, hasta el punto de decirle á este último:

—Mira, Pepito, mi mujer y yo comemos esta tarde en casa de mi suegra, que ha dado á luz. Tú te puedes ir por ahí con tus amigos, porque no pensamos encender fuego.

A lo mejor, Rodríguez se ponía á leer en su cuarto, porque era loco por las novelas, y entraba la patrona gritando:

—¿Qué hace usted ahí? Venga usted á ayudarme á secar la loza, que no está mi marido. No dirá usted que no le tratamos con confianza.

Otras veces le decía la patrona:

—Pepe, yo voy á salir. Dé usted una vuelta por la cocina para que no se queden secos los garbanzos. A las once echa usted el chorizo, y si viene la lavandera, tómele usted la ropa... ¡Ah! y reclámele usted una servilleta de la semana pasada.

Rodríguez se cansó de estos goces de familia, y un día cogió el baúl y se fué á vivir á una fonda, no sin que antes le dijeran los esposos ofendidos:

—¡Parece mentira que se porte usted con tanta ingratitud! ¿Dónde va usted á estar mejor que en nuestra casa? Se conoce que es usted persona de malos principios.

Y una vez que fuí á preguntar por Rodríguez, me dijo su patrona:

—¿No sabe usted que se ha mudado? ¡Valiente tunante! Mi marido y yo le queríamos como á un hijo, y usted no sabe lo que nos ha hecho gastar ese hombre, porque es muy escrupuloso para la comida, y teníamos que darle cosas delicadas, como bacalao frito y alcachofas y queso de Villalón. El se incomodó, porque á mi esposo se le puso un dedo malo y no podía hacer nada, y un día le dijo á Rodríguez que hiciera el favor de afeitarle. ¡Ya ve usted qué cosa tan natural entre personas de la familia! Pues él se puso como una fiera y se fué de casa. La culpa la hemos tenido nosotros por ser demasiado buenos.

Hay anuncios que llevan consigo cierto carácter condicional, como, por ejemplo:

«Se cede un gabinete á una persona seria.»

No todos nos atreveríamos á pretender este gabinete sin averiguar antes qué grado de seriedad exige la patrona. A mí me preguntaría, de seguro:

—¿Qué es usted?

—Escritor festivo—le contestaría.

—Pues no se lo alquilo á usted por nada de este mundo.

—Pero...

—Yo sólo alquilo mi casa á una persona seria, por ejemplo, un registrador de la propiedad, ó un contador del Tribunal de Cuentas, ó un perito agrónomo. El último huésped que tuve era empleado en la *Funeraria* y se pasaba el día con los codos apoyados en la mesa dando suspiros. ¡Aquél sí que era hombre serio!

En algunos escaparates se exhiben objetos con este rótulo: «Para regalo.»

Y hé aquí otro de los anuncios condicionales que me han dado mucho en que pensar, porque me estoy figurando la siguiente escena:

Entró en el establecimiento, y digo:

—¿Me hace usted el favor de venderme unas ligas que he visto en el escaparate?

—Sí, señor—contesta el dependiente, y saca las ligas.

—¿Cuánto?

—Dos pesetas.

—¡Qué atrocidad!

—Tiene usted que ver que son de seda, color de moda, clase superior, broche de níquel, inalterable.

—Pero me parecen caras.

—¿Caras? ¡No diga usted eso por Dios! Mire usted la marca: H. V.

—¿Y qué?

—H. V. quiere decir siete reales y setenta y cinco céntimos. Es lo que me cuestan.

—¿Me las deja usted en seis reales?

—¡Vaya! Póngase usted en razón; déme usted siete.

—Seis.

—Seis y medio.

—Ni un céntimo más.

—Corriente. No quiero tener palabra de rey. Hoy es preciso vender á cualquier precio, porque todo está muy malo... ¡Ah! ¿Supongo que habrá leído usted el rótulo del escaparate?

—¿Cuál?

—«Para regalo.»

—Efectivamente.

—¿Va usted á regalar estas ligas?

—No, señor. Me las ha encargado una señora de mi pueblo que da reuniones de confianza y se casará probablemente con un hombre muy meticuloso.

—Pero ¿no se las regala usted?

—No, señor; pienso cobrarle los seis reales.

—En ese caso no puedo vender las ligas.

—¡Hombre!

—El anuncio es anuncio. Ante todo la formalidad de la casa.

—Pues quede usted con Dios.

—Vaya usted con él.

El hombre se quedará con sus ligas y yo me iré con mis seis reales, firmemente convencido de que los anuncios son verdades indiscutibles.





¡OH, LOS CELOS!

La terrible pasión de los celos está originando crímenes todos los días.

Hoy es un cochero de punto que hiere á su amada en la rabadilla, y después se introduce la navaja hasta siete veces en su propio seno; mañana es un sastre que degüella á su novia y huye despavorido para ocultarse detrás de una cómoda, donde le

sorprende la policía comiendo escabeche, como quien no hace nada.

La prensa publica á diario noticias terribles que nos ponen los pelos de punta, pero aun así y todo no sabemos de la misa la media.

Hay muchas mujeres celosas que no salen á luz en los periódicos porque ejercen sus funciones en el seno del hogar. Allí martirizan á sus esposos en secreto, como hace la señora de Calvete, que es una fiera de cincuenta y siete años, metida en carnes y con una boca que parece un saco de noche entreabierto.

El cónyuge infeliz tiene toda la espalda llena de cardenales producidos por su señora, que unas veces le pellizca y otras le muerde y otras le pega con la mano del almirez.

No hay quien le quite de la cabeza que su esposo está en relaciones con la criada, y el hombre no puede entrar en la cocina, ni pedir agua para afeitarse, ni dirigir la vista hacia el sitio en que está la maritornes.

—Celestino—le dice la esposa metiéndole el mango del cuchillo por entre la tercera y cuarta costilla,—si vuelves á mirar á la Nicanora te hundo este arma en el corazón.

—¡Pero mujer, si no miro!

— ¿Crees que soy ciega? ¿Crees que no te he sorprendido ayer tarde con una zapatilla de la Nicanora en la mano? ¿Por qué contemplabas aquella zapatilla? ¿Por qué, infame?

—Porque iba á matar una araña.

—A mí es á quien estás matando lentamente. ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!

D.ª Melitona—porque la mujer de Calvete se llama Melitona—tiene momentos de irascibilidad en que martiriza á su esposo y tiene otros en que se arroja de bruces sobre la cama y rompe á llorar, agitándose toda, como si le hubieran metido en la tripa una docena de lagartos.

Entonces su marido procura tranquilizarla jurando que siempre le ha sido fiel y que la ama como el primer día.

D.ª Melitona se enternece y acaba por estrechar á su Celestino contra su pecho, diciéndole:

—Júrame que te es indiferente la Nicanora.

—Te lo juro.

—Júrame que tiene la nariz en forma de picaporte.

—Sí, todo lo que tú quieras.

Sólo después de muchas protestas de fidelidad consigue Calvete que su esposa se

tranquilice y le permita salir á dar una vuelta y ver á los amigos del café, que le preguntan:

—¿Qué es eso de la nariz? ¿La tiene usted mala?

Y él contesta con una mentira á fin de no descubrir el terrible misterio del hogar.

—No, es que se me pone así todos los meses que tienen erre.

—¡Qué cosa tan rara!

—Se lo he dicho al médico y no sabe á qué atribuirlo; pero yo lo achaco al agua de Loeches.

—¿Mete usted la nariz en la botella?

—No, señor; me purgo todos los sábados.

Calvete está flaco y descolorido, y es natural, porque no tiene un solo momento de alegría ni puede digerir los alimentos con reposo.

Para hacer la digestión se sienta en un sofá y apoya la cabeza en el respaldo, como quien estudia un plan de hacienda.

—¿En qué piensas?—le pregunta doña Melitona dirigiéndole una mirada de tigre iracundo.

—En el hígado frito que acabo de comer. Temo que se me quede de pie en el estómago.

—¡Ah, tunante! Tú estás meditando al-

guna infidelidad. El mejor día te escapas de casa con la Nicanora.

Y se lanza sobre Calvete como si quisiera devorarlo; él procura contener aquella furia, pero no puede, y acaba por meterse en la cama cubierto de sudor y con el estómago duro.

Después siente unos retortijones muy grandes y arroja el hígado.

No concluiríamos nunca si fuésemos á referir los sufrimientos de Calvete.

La pasión de los celos nos conduce á los mayores extravíos.

Hay esposo que vive pendiente de las miradas de su esposa, y cree ver rivales hasta en la sopa.

—¡Infame! ¡Perjura! ¿Qué hacías en la despensa?

—Estaba buscando los zorros, que han desaparecido.

—¿Con quién hablabas entonces?

—Con el aguador.

—¡Ah, pérfida!

—¿Tienes celos del aguador?

—Ayer supe que se llama Avelino.

—¿Y qué?

—Un hombre que se llama Avelino es capaz de todo... Mañana lo mato enmedio de la cocina.

Y se arma un escándalo de todos los de-

monios, porque el marido grita, la mujer llora y los niños se aprovechan de las circunstancias para encaramarse al aparador y devorar silenciosamente un frasco de dulce de guinda que les ocasiona una indigestión rabiosa.

¡Oh! ¡Tiene fatales consecuencias la terrible pasión de los celos!...

EL HUÉSPED DEL COMEDOR

No hay casa de huéspedes donde no exista algún pupilo infeliz, víctima de las inconveniencias de la patrona. A este ser desventurado suele llamarse el huésped del comedor, porque ocupa la alcoba correspondiente á esta pieza; y dicho se está que allí recibe directamente las puras emanaciones de la comida y tiene que soportar el ruido de platos y tenedores aunque esté con jaqueca.

Yo, aunque me esté mal el decirlo, he sido huésped también; pero no tenía mi alcoba en el comedor. El que la *disfrutaba* era D. Bernardino, exoficial segundo de administración civil y poseedor de un sueldo de treinta duros mensuales, limpios de polvo y paja.

Cuando se presentó en casa de D.ª Ramona, solicitando su ingreso, en clase de huésped, habló con la mayor franqueza,

porque él es hombre muy claro y muy formal.

—Mire usted—dijo el buen señor.—Yo no puedo pagar arriba de once reales, incluyendo la ropa, y además tiene usted que darme medio panecillo largo, que acostumbro á comer por las noches.

—¡Ay, hijo!—contestó D.ª Ramona.—En mi casa no tengo huéspedes por menos de un duro; porque aquí se come muy bien y todos los que hay son muy decentes. En la sala está D. Casimiro, que fué gobernador en tiempo de la república, y por poco no le hacen obispo, sólo que él no quiso someterse á que le rapasen la coronilla. En el gabinete tengo á D. Atilano, que ha sido almacenista de vinagre y se lo traspasó á una sobrina; y á este tenor son los demás huéspedes de mi casa.

—Debo advertir á usted que yo soy también bastante decente.

—No lo dudo.

—Como poco.

—En eso no me meto; aquí los pupilos comen todo lo que quieren, y si á alguno se le acaba el pan ó pide la pimienta ó el aceite y el vinagre, nadie le dice nada por eso. En fin, quédese usted aquí un rato, y les verá usted comer.

—No, señora, muchas gracias.

—Para que se convenza usted de que en Madrid hay pocas mesas como la de esta casa.

El hecho fué que D. Bernardino se quedó por once reales y medio; pero tuvo que ocupar la alcoba del comedor, bastante estrecha por cierto y sin más vistas que las que buenamente podía proporcionarse cuando abría la puerta ó sacaba la cabeza por un vidrio roto.

Allí le conocí yo, hecho un espárrago á fuerza de sufrimientos y malas razones.

—Doña Ramona—decía el pobrecillo,—¿quiere usted hacerme el favor de traerme un poco de agua templada? La estoy pidiendo desde las siete menos cuarto.

—¡Caramba! No es usted poco impaciente.

—Es que acaban de dar las doce.

—Bueno, pues espérese usted, que esta-

mos haciendo una cataplasma á D. Atilano, el del gabinete.

El pobre D. Bernardino no se atrevía á replicar, porque harto sabía él que el otro pagaba un duro diario, y era, por consiguiente, objeto de todas las preferencias. De modo que, ó tenía que renunciar al agua caliente, ó iba por su pie á buscarla á la cocina, con gran disgusto de la cocinera, que le llamaba «cominero» y «cata salsas.»

—No se acerque usted al fogón—gritaba la maritornes.—Pida usted lo que necesite y no toque los pucheros para nada.

—Pero si estoy toda la mañana dando voces.

—Yo no tengo más que dos manos, y mientras cuece la cataplasma, no puedo dedicarme á otra cosa, porque á D. Atilano le gusta todo muy bien hecho, y como es el huésped que más paga, hay que servirle de cabeza.

—Bueno, pero yo también pago.

—¿Qué dice usted?—interrumpió doña Ramona.—¿Se quiere usted comparar con los otros pupilos? Yo le tengo á usted en once reales y medio, porque me ha dado usted lástima, que por lo demás maldito lo que gano... ¡Pues hombre! si sólo de lechuga es usted capaz de comerse un barreño.

D. Bernardino callaba y sufría porque era pundonoroso y había sido criado en buenos pañales. Sólo de vez en cuando entraba en mi habitación, para desahogar su pecho.

—Yo ya nó puedo más—me decía enjugándose el sudor.—Se me escatiman los alimentos, se me tasa todo: hasta el agua fresca. Tenía un pedazo de estera en mi alcoba y ayer me la quitaron para hacerle una cama al galápago, con la disculpa de que está delicadito.

Las peores sábanas eran para el huésped del comedor, y un día que se quejó de falta de abrigo, le echaron sobre la colcha una manta vieja, que era la que utilizaban para planchar encima. Mientras no había que hacer esta operación, todo iba perfectamente, pero á lo mejor estaba D. Bernardino sudando un catarro y entraba en su habitación D.ª Ramona diciendo:

—¡Ea, yo me llevo esta manta!

—¿Para qué?—se atrevía á preguntar el paciente.

—Para plancharle la elástica á D. Casimiro, que tiene que ir á una comida de campo y quiere llevarlo todo muy decente por si hay que desnudarse.

A D. Bernardino no se le permitía bromear con la criada, como lo hacían los

otros huéspedes, y una vez que le vió doña Ramona hablando con la chica detrás de una puerta, le puso las orejas coloradas diciéndole:

—En mi casa no quiero eso, ¿sabe usted?

—Le estaba suplicando que pasara una escoba por debajo de mi cama. Allí debe de haber sapos y culebras. Por de pronto, el otro día fuí á buscar una bota que se había extravíado, y encontré una jaula y un acordeón roto.

Siempre que D. Bernardino se sentaba á comer, D.ª Ramona se colocaba de pie á su lado para llevar la cuenta de las tajadas y hacerle á media voz advertencias depresivas.

—No se ponga usted tanto tocino... ¡Jesús! ¡Qué manera de destrozar el queso! ¿Por qué no come usted la corteza?... ¡Qué fino se ha vuelto usted!...

Y el hombre sufría y callaba, hasta que una noche, cansado de aquella existencia cruel, se levantó de la mesa furioso... y se fué á vivir á otra casa de huéspedes de á diez reales con

principio. Allí ocupa el mejor gabinete, merced á sus once reales y medio de pupilaje, y mira con profundo desdén al «huésped del comedor,» que no paga más que siete.

——— ———



UNA CASA TRANQUILA

I

Después de muchos paseos por las calles en busca de un cuartito barato que tuviese ventilación y buenas vistas, encontré en la calle de las Veneras un piso segundo, bastante capaz para contener á toda mi familia, el gato inclusive.

—¿Cuánto renta?—pregunté al portero.

—Quince duros, cuarenta reales de portería, treinta de alumbrado y dos pesetas de sereno.



—¡Demonio! ¿También hay que mantener al sereno?

—Sí, señor; porque es primo del amo y ha prometido protegerle, pcr cuenta de los inquilinos.

—Y el amo ¿dónde vive?

—En esta misma casa, piso principal... ¿Va usted á verle? Pues grítele usted, que es un poco sordo. Aunque vea usted que eructa, hágase usted el desentendido, porque si no le da mucha rabia... ¡Ah! Límpiese usted los pies en el felpudo del pasillo antes de entrar... Se llama D. Abundio Fernández...

II

—¿Está D. Abundio?

—¿Qué desea usted?

Esto lo pregunta la criada por el ventanillo.

—Vengo á hablarle del cuarto...

—¡Ah!

La criada abre la puerta y desaparece enseguida, dejándome en el recibimiento, entregado á mi triste condición de inquilino pobre, pero honrado.

—Señor—oigo que dice la criada con voz recia,—ahí está uno que viene sobre el cuarto.

—¿Qué trazas tiene?

—Es bastante feo, pero trae una capa muy decente.

—¿Le has dicho que se limpiara las botas en el felpudo?

—No, señor.

—Pues que se las limpie y que pase.

III

D. Abundio me recibe sentado en un sillón, con los pies metidos en unas zapatillas de alfombra, que parecen dos sacos de noche, y la cabeza tapada con un gorro de terciopelo verde, injuriado por el tiempo.

Lo primero que hace es ponerse los anteojos para examinarme á su sabor; después dice:

—¿Conque viene usted á hablarme del cuarto?

—Sí, señor.

—¿Eh? (poniéndose la mano en la oreja á guisa de tornavoz).

—¡Que sí, señor!

—Corriente. Ya le habrá dicho á usted el portero que renta quince duros y...

—Lo sé todo.

—¿Eh?

(*Yo, alzando la voz.*) —¡Que lo sé todo!

—¡Bien! Mes adelantado, mes en fianza y...

—Convenido.

—Y nada de obras ni de reparaciones, por insignificantes que sean; usted se entera bien al recibir el cuarto, y si falta alguna cosa... la pone usted... Al mudarse tiene usted la obligación de dejarlo todo completo. ¿Va usted á vivir mucho?

—No se lo puedo decir á usted con exactitud, porque á lo mejor me dan unos ahogos, y en uno de esos me lleva Pateta.

—No me ha entendido usted. Digo que si va usted á vivir mucho tiempo en la casa.

—¿Qué sé yo?

—¿Es usted solo?

—No, señor.

—¿Eh?

—Que no, señor, tengo dos criaturas.

—Malo.

—Pero eso se arregla fácilmente.

—¿Cómo?

—Matándolas.

—¡Qué atrocidad!

—Sí, señor, para darle á usted gusto lo que hago es irme ahora mismo á mi casa, las dejo en el sitio, y en seguida me vengo aquí á firmar el contrato.

—No sea usted bromista. Mire usted, lo

que yo quiero es que no haya ruidos, porque en esta casa no se oye una voz más alta que otra. Conque adviértaselo usted á los niños.

—Pierda usted cuidado, les diré que se quiten las botas para andar por casa.

—Pueden usar zapatillas, si á usted le parece.

—O envolverse los pies en unos trapos.

—Lo repito. Nada de barullo, nada de escándalo. Aquí hay una paz envidiable... Aquí no se oye una voz más alta que otra...

IV

—¡Vaya! Al fin he encontrado una casa á mi gusto. Ya era tiempo de que me dejasen escribir los vecinos, porque ¡cuidado si es molesto tener que soportar horas y horas á una inquilina que toca el tango del *Gorro frigio,* desde las siete de la mañana hasta las doce y media de la noche! ¡Aquella casa era insoportable! D. Abundio dice que aquí no se oye una voz más alta que otra. ¿Qué ruido es ése? De seguro que mis chicos han hecho alguna barbaridad... ¿Eh? ¿Qué ha sido eso? ¿No lo dije? ¿Queréis ponerme en evidencia? ¿No os he advertido que aquí no se puede meter bu-

lla, que ésta es una casa muy tranquila? Al primero que se desmande lo reviento. A ver cómo pisáis suavemente. Tú, Jacobito, no juegues con la capota de mamá, que se puede caer y no quiero ruidos. Dile á la chica que, si tiene que machacar algo, envuelva el almirez en un mantón para que no suene. Y á callar todo el mundo, que voy á escribir un artículo.

V

—¡Socorro, que me matan!

—¡Toma, toma para que te acuerdes!

—¡Este hombre es un verdugo! ¡Socorro, vecinos!

El estrépito es infernal; la voz de don Abundio se deja oir en toda su fuerza, acompañada de porrazos tremendos.

La criada chilla, D. Abundio se deshace en juramentos horribles, y en la casa reina el mayor de los desconciertos.

Asómanse los vecinos queriendo poner paz. Yo bajo las escaleras nervioso y agitado. El portero sale á mi encuentro, y dice filosóficamente:

—No se asuste usted, señorito.

—¿Qué sucede?

—Nada. Es el amo, que le está pegando á la Nicanora.

—¿La Nicanora?

—Sí, la criada. Casi todos los días le pega un poquito.

—¡Qué atrocidad!

—Pues ahora no es nada. Había usted de ver el año pasado.

—Pero ¿no decía él que en esta casa no había de oírse una voz más alta que otra?

—Bueno, eso reza para los inquilinos; pero ¿no ve usted que él es el casero?



NOTICIEROS

El oficio de periodista tiene muchas quiebras; y sin embargo, hay una porción de jóvenes bien parecidos que tratan de meter la cabeza en las redacciones con el carácter de noticieros ó *reporters*, como se dice ahora.

¡Y cuidado si es fatigosa la existencia de esos chicos!

Yo los veo andar por ahí, con el chaleco desabrochado y los pelos en desorden, yendo y viniendo desde las Salesas á la redacción, de la redacción al juzgado, del juzgado al ministerio, del ministerio á Fornos...

—Desde que se ha iniciado el proceso Castro-Enríquez no tengo un solo instante de reposo—me decía ayer un noticiero, enjugándose el sudor de la frente con el puño de la camisa.—Mire usted cómo llevo las botas.

—Sí, están bastante deterioradas.

—Pues las compré hace ocho días en un almacén de la calle del Tribulete; pero ya se han torcido los tacones. ¡Por fuerza! ¿No ve usted que no descanso?

—¿Y qué hay de eso?

—No se sabe nada. Ahora voy á ver á una verdulera, viuda, que está fuera de cuenta y no puede salir de casa. Me han dicho que conoce á la duquesa y que puede darme muchas noticias sobre el martillo con que martirizaban á la infeliz criatura.

Y el noticiero echa á correr calle abajo para ponerse al habla con la verdulera, que le recibe con malos modos, diciendo que la dejen en paz y que ella no conoce á ninguna duquesa ni á ningún martillo.

—Vaya, señá Gregoria, dígame usted la verdad—replica el noticiero, tratando de captarse las simpatías de aquella mujer misteriosa y embarazada.

Pero ella insiste en su reserva, y el joven periodista tiene que abandonar el campo, no sin consignar en su cartera la siguiente nota:

«Gregoria Lechugón, verdulera, viuda, fuera de cuenta, negóse á declarar; pero es indudable que podrá dar mucha luz sobre el martillo. Es mujer taimada, morena, en relaciones con un matutero picado de vi-





ruelas; usa un perro de lanas color de castaña.»

No es necesario que haya crímenes estrepitosos para que el noticiero se mueva



vertiginosamente y rompa el calzado por esas calles de Dios.

Aun en los días tranquilos, cuando no hay más accidentes que los de las tabernas, donde suelen darse de puñaladas dos amigos cariñosos, el noticiero no descansa.

—¿Qué noticias hay?— se le pregunta.

—Estoy reventado—contesta él.—Vengo del hospital, donde está dando las boqueadas un pobre dependiente de una confitería.

—¿Le han dado alguna puñalada?

—No; se ha caído en la caldera del dulce de cabello... Ahora voy á ver si hay escándalo en una casa de la calle de la Gorguera. Todas las tardes, á estas horas, un marido le pega á su mujer con unas disciplinas y á él le llevan á la prevención y á ella la envuelven en una manta para que no se constipe.

—Pues vaya usted con Dios.

—Dispense usted que no me detenga, pero estoy ocupadísimo. Hace dos días que no me desnudo. Lo más que hago es recostar la cabeza contra la mesa de la redacción para descansar un ratito. En fin, baste decir á usted que tengo novia y hace semana y media que no la veo; de manera que no disfruto de estas relaciones. Los que pertenecemos á la noble institución de la prensa, estamos privados del amor y de todo. Ea, abur.

Es indudable que el oficio no puede ser más ingrato.

Conozco un joven noticiero que ejerce sus funciones con celo desenfrenado y ni

come á gusto, ni duerme, ni se corta las uñas, ni se lava el pescuezo.

—¡Pero, hijo mío!—le dice su mamá.—Tú vas á acabar con la salud y con todo. No hay calcetines que te basten.

—Yo me debo al periódico—contesta él.

—Corriente; pero rompes muchísima ropa blanca. El otro día te has quitado unos calzoncillos con siete boquetes.



—Es natural. ¿No ve usted que hago mucho ejercicio? Sin ir más lejos, ahora me voy corriendo á casa de Gamazo, que se purgó ayer y tengo que averiguar si le hizo operación el medicamento; después iré á enterarme de cuántos albañiles se han caído hoy; enseguida visitaré á Isasa para que me diga si es cierto que está escribiendo una zarzuela...

—¿Vendrás á comer?

—Lo ignoro. Por si acaso déjeme usted el cocido arrimado al fogón, aunque lo probable será que hoy coma fuera, porque se inaugura una cacharrería en la calle del

Sombrerete, y estamos invitados todos los de la prensa.

—¿Llevas pañuelo limpio?

—No lo sé.

—Pues toma uno. No está bien que te vayas á sonar delante de Isasa y te vea esa porquería.

¡Ay! No sé cómo hay quien se dedique á la ingrata tarea de recoger noticias.

Y sin embargo, los directores de periódicos reciben todos los días cartas de recomendación en favor de muchos jóvenes inocentes que quieren dedicarse al *reporterismo...*

Compadezcámosles de todo corazón y pidamos al cielo que nos libre á nosotros de semejante manía.

EL BICHO

No hay nada más horrible que la duda. Conozco un caballero que tiene la cruz de Isabel la Católica y se tutea con Isasa



y ha quedado huérfano de suegra, y sin embargo, no es feliz, porque cree tener la solitaria.

El otro día fué á ver á un médico famoso, y le dijo:

—Mire usted, yo como bien, yo digiero fácilmente y duermo como un ángel, mientras no se le ocurre tocar el flautín á un vecino del segundo, que ojalá se muera de repente; pero así y todo, no puedo estar tranquilo.

—¿Por qué?

—Porque soy víctima de la duda. Á mí me parece que tengo la solitaria.

Y no hay quien le quite de la cabeza esta manía.

Que es lo mismo que le sucede á doña Cipriana, mujer de diez arrobas corridas y viuda de un figle de ingenieros que murió de un aire en Guadalajara.

El médico estuvo observando á la viuda durante diez minutos, porque no es fácil abarcar todo aquel promontorio con una sola mirada, y después le dijo con acento de profunda convicción:

—No la tiene usted.

Pero á D.ª Cipriana no hay quien la convenza de que no la tiene, ya porque se lo dice su corazón, que es muy noble, ya porque suele sentir ruidos subcutáneos, y aún no hace ocho días que fué á sentarse y oyó así como un quejido interior.

—Ramona—dijo á la criada,—ponte á escuchar aquí.

—¿Qué sucede?

—Que la tengo, no me cabe duda. Ese ruido no es natural.

Pero Ramona no oyó nada de particular, y D.ª Cipriana cree firmemente que Ramona y el médico se han equivocado.

Porque ella siente un apetito atroz y come sin cesar, y se le van los ojos detrás de todo lo verde; tanto, que la víspera de San Juan le regalaron un tiesto de albahaca y estuvo dudando entre comérselo ó colocarle en el balcón.

Como D.ª Cipriana hay mucha gente en Madrid, que anda á vueltas con su manía y cree ver solitarias en todos los vientres conocidos.

Hay quien dice al mozo del café:

—Hombre, voy á ser franco contigo, á ver qué me aconsejas. Yo, cuando bebo gaseosa, noto algo así como si me estuvieran frotando las tripas con un cepillo. Además, cuando oigo cantar á Carreras, me irrito sin poderlo remediar. ¿Tendré la solitaria? ¿Te parece que debo consultar esto con una persona perita?

Ha habido un tiempo en que se puso de moda la enfermedad, y aun hoy existen muchas personas aficionadas á solitaria.

Conocemos á una joven elegante, que anda por ahí poniendo en blanco los ojos y haciendo como que se marea, para dar á entender que posee un magnífico ejemplar.

—Vaya usted á ver á un zapatero de la calle del Bonetillo, que es especialista en lombrices—le dicen; y ella contesta desdeñosamente:

—No; hay bichos que son el emblema de la destrucción y la elegancia. El día que la expulse habré perdido un 50 por 100 á los ojos de las personas finas.

Se ha dicho por algunos sujetos competentes que todos los que comen bien están muy expuestos á que se les desarrolle la solitaria, y que este bicho no suele presentarse en los estómagos humildes. De aquí que todas las personas con tendencias aristocráticas procuren aparecer á nuestros ojos como víctimas de la lombriz.

El zapatero especialista está realizando un buen negocio, pero nadie se fija en los quebraderos de cabeza que le ocasionan sus clientes.

En primer lugar, tiene que resistir á pie firme las infinitas impertinencias de los aprensivos. Unos se le meten en casa á las horas de comer, y arrojándose en sus brazos, comienzan á hacerle la historia del padecimiento:

—Pues verá usted: yo no siento nada, pero á lo mejor puede brotar el bicho en vista de la bondad de mis alimentos, y vengo á prevenir cualquier suceso interior; porque yo soy muy aficionado á la carne de membrillo, y he oído decir que el bicho es muy goloso. ¿Quién me asegura á mí que el mejor día no me brote una solitaria? Además, yo soy de Cádiz.



—¿Y qué?

—Nada, que es un mal antecedente. Allí los parásitos adquieren gran desarrollo. Hemos tenido en Cádiz un gobernador civil que si le dejan dos días más se traga hasta las columnas de Hércules.

El zapatero no puede jugar al mus con sus amigos, ni merendar en las Ventas, ni pegarle á su señora, porque en cuanto le echan la vista encima, ya están los aprensivos llevándole á un rincón para decirle:



—Ayer estuve á ver á usted, y me aseguró que no tenía la solitaria; pues bien, me consta que la tengo.

—¿Por qué?

—Porque me lo dice el corazón. Además, después de comer, siento unos mareos muy grandes; tanto, que anoche me caí encima de la portera y le clavé las uñas en el pescuezo sin saber lo que hacía. Yo lo atribuyo á la solitaria.

—Pues está usted en un error. Atribúyalo usted al vino.

La ciencia asegura qne la solitaria vive á expensas del individuo, en cuyo seno habita y se desarrolla.

De modo que la solitaria en el estómago de un maestro de escuela acabaría por fallecer víctima del hambre.

Y en el estómago de Retes llegaría á adquirir las proporciones de un ballenato.



LOS COMUNICATIVOS

A MÍ suelen serme simpáticas las personas comunicativas, pero las hay que abusan, como hace D.ª Jenara, la señora del principal, que sube á mi casa con dolorosa frecuencia para decirme:

—¡Ay, vecino de mi alma! ¡Qué disgusto tan grande acabo de tener con Rodríguez!

Rodríguez es el esposo de la vecina.

Yo no puedo impedirle la entrada, porque ni pide permiso ni ha hecho caso nunca de las observaciones de mi doméstica, cuando le ha dicho:

—No pase usted, que el señorito está poniéndose la ropa vieja para retozar con la familia.

Más de una vez me ha sorprendido la presencia de D.ª Jenara estando yo á medio vestir, y tuve que precipitarme sobre el pantalón para ocultar mis desnudeces; pero ella no se fija en estos detalles.

—¡Ay, vecino! ¡Qué golpe acabo de recibir!—exclamaba días pasados, introduciéndose de rondón en mi alcoba.

—Serénese usted, D.ª Jenara.

—¿No le decía á usted que Rodríguez tiene una querida?... Pues, sí señor; la tiene, ¡la tiene! Mire usted lo que le he encontrado en el bolsillo del gabán.

—¡Un besugo!

—Sí, señor; un besugo. ¿Quiere usted mejor prueba de que mantiene á otra mujer?

—No se acalore usted. Quizás ese besugo sea de algún amigo—dije yo, sin saber lo que contestaba.

Pero ella no oyó mi prudente razonamiento y se puso á llorar con todas sus fuerzas, hasta que le dije que me estaba

esperando un amigo para casarse y que no podía detenerme. Entonces subió al cuarto piso para desahogar la pena en el pecho de una vecina; ésta había salido, y D.ª Jenara bajó hasta el portal, donde vi que le decía á la portera:

—Pues, sí señora; ya no tengo duda de que Rodríguez me falta.

—¡Parece mentira! ¡Un señor que tiene los ojos como dos huevos estrellados!—exclamaba la portera.

—Eso no impide que sea muy zalamero y muy gracioso... Estoy por ir á casa de esa mujer y romperle el besugo en la cabeza, para que se acuerde de mí toda la vida.

—¡Buenos granujas están los hombres! Haga usted lo que yo hago con el mío, que le escondo los pantalones, para que no pueda salir sin que yo lo vea.

D.ª Jenara, como otras muchas mujeres que conozco, es de las que refieren á todo el mundo sus intimidades, y su carácter comunicativo la conduce hasta el punto de abrirle el pecho al aguador.

—¿Qué haría usted en mi caso?—le pregunta.

Y contesta el infeliz:

—Señurita, yo andu á mi obligación, y nu me gustan los chismes.

—Ya veo que Rodríguez le ha sobornado á usted.

—Peru...

—Quítese usted de mi vista y no vuelva á pisar esta casa, ¡so indecente!

D.ª Jenara era una persona razonable mientras no había cruzado por su imaginación *el fantasma de los celos*—como dice una poetisa amiga suya, que tiene estanco;—pero ahora, desde que cree haber descubierto la infidelidad de su esposo, no hace más que pedir consejos á todo el mundo y celebrar conferencias con una bruja acreditadísima que echa las cartas á precios módicos y da recetas para atraer á los hombres indiferentes.

—Póngale usted cinco pelos en la espalda mojados en vinagre—le dice la bruja;—pero debe usted esperar que él esté cortándose las uñas. Métale usted por un oído el mango de los zorros sin que él lo note.

Apesar de estas recetas, que D.ª Jenara pone por obra inmediatamente, no consigue atraer á su esposo; y no tiene reparo en contar que él, al principio, era muy cariñoso; pero que después se fué enfriando, sobre todo desde que á ella se le cayó un colmillo estando comiendo en el café de las Columnas.

En el ramo de hombres también hay co-

municativos perniciosos, que penetran en el tranvía y se encaran con usted para decirle:

—¡Caramba! ¡Qué diita hace hoy! Yo salí de mi casa en cuerpo, porque el gabán tuve que dejársele á un teniente coronel amigo mío, que se quedó huérfano y ha tenido que vender toda la ropa de paisano.

Usted, que no conoce á aquel caballero, se limita á sonreir por pura fórmula y baja la cabeza, para ocultar el embarazo que le produce aquella inopinada familiaridad.

—Pues señor—sigue diciendo el hombre comunicativo,—yo no sé cuándo va á concluir la cacería de los perros. Yo tengo uno que es de la edad de mi señora, y por eso le tenemos cariño, y el día que nos lo cacen los del ayuntamiento voy á hacer una barbaridad.

Al ver que nadie le contesta, se pone á tararear la canción de la perdiz, y después se levanta para ir en busca del conductor, á quien dice de buenas á primeras:

—¡Qué vida tan perra llevan ustedes!

—Algo, algo—responde el aludido.

—Mientras unos trabajan como animales, otros se pasean por Madrid con cinco duros en el bolsillo. Hay cosas que dan mucha rabia. Un pariente de mi señora, que es un granuja, fué á cazar el otro día

y se encontró 97 duros dentro de una alpargata... Hágame usted el favor de parar frente á la casa de préstamos del núm. 5, que voy á ver si me quedo con una flauta; no piden más que cuatro pesetas, porque le faltan dos llaves y además está algo rota...

Se necesita toda la paciencia de un conductor para no coger á aquel hombre comunicativo y echarlo á la vía.

Yo soy bastante cachazudo y me precio de tener buen carácter; pero á estos comunicativos que abusan de la palabra no les puedo resistir de ninguna manera.

EL SUICIDIO FRUSTRADO

(NOVELA ROMÁNTICA)

I

Estoy solo, absolutamente solo. Nadie viene á turbar la monotonía de mi dolor.

¡Qué cosa tan aburrida es la existencia!

Nacer, morir, pasear, leer las declaraciones de *Pepe el Huevero*, comer fresa de postre...



Quiero pensar seriamente en el suicidio. La muerte es el más hermoso de los descansos.

Parece mentira que haya quien se preocupe de las pulmonías y tome agua de Carabaña y huya del tranvía para que no le atropelle... ¿Puede haber nada más

agradable que la muerte por trituración violenta?

No me cabe duda: debo morir.

Y Faustino cogió papel y pluma y se puso á escribir lo siguiente:

«No se culpe á nadie. Me mato porque quiero. Ea, abur.»

Después comenzó á buscar en los cajones de la cómoda un instrumento cualquiera con que realizar su fúnebre propósito, y no encontrándolo, llamó á su sirviente.

—Manuel—le dijo,—¿tienes navaja?

—Sí, señor—contestó;—pero no corta. La afilaré en un momento.

Por toda respuesta, Faustino giró sobre sus talones y salió á la calle.

—¿Habrá revolvers en el bazar X?—iba diciendo por el camino.

Tal era su abstracción, que al llegar á la plaza de Antón Martín metió ambos pies en la cesta de un vendedor ambulante de á real y medio la pieza; al saludarle un transeunte, Faustino le presentó la caja de cerillas creyendo que le había pedido lumbre para el cigarro, y cuando vió que el otro se echaba á reir, quiso pegarle con el bastón, pero se contuvo diciendo:

—¡Bah! No debo incomodarme *in articulo mortis*.

Y se fué.

—Las doce y media—dijo, mirando el reloj.—Dentro de media hora estaré en el otro mundo. ¡Tengo una impaciencia por matarme!...

Al llegar al bazar X preguntó á uno de los dependientes:

—¿Tiene usted revolvers?

—Yo represento el ramo de jabonería y el de peines en sus múltiples y variadas manifestaciones—contestó el joven comerciante.

Aún no había concluído su oración el hijo de Mercurio, cuando el futuro suicida, dando un paso atrás, exclamó sorprendido:

—¡Hermosa mujer!

La que así cautivaba su atención era una chula de unos diez y ocho años, rubia como el oro, blanca como el armiño y alta y flexible como la palmera del desierto.

Se acercó al mostrador y dijo al dependiente:

—Hágame usted el favor de darme un peine que sea bueno.

Faustino estaba asombrado. Aquella mujer tenía á sus ojos todo el aspecto de una visión celestial que compraba peines.

La joven se dirigió después á la sección

de juguetería y compró un violín, dos pelotas y un sable corvo.

—¡Tiene niños!—exclamó Faustino.

Y dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo, en señal de amargura.



Después, haciendo un esfuerzo, se atrevió á decir á la joven:

—¡Dios mío! ¡Qué contrariedad! ¿Tiene usted niños?

Ella se echó á reir mostrando dos hileras de dientes que parecían perlas.

Desde la sección de *juguetes* la joven se dirigió á la de *elásticos finos* y pidió tirantes para caballero.

—¡Tirantes!—rugió Faustino.

Y tuvo que hacer un esfuerzo poderoso para no caer sobre un caballero que compraba un acordeón y quería tocar allí mismo el coro de los doctores de *El Rey que rabió*.

Entretanto, la joven, después de saludar al dependiente con un gracioso gesto, salió á la calle, hizo señas al conductor del tranvía y subió al coche, veloz como una gacela.

Un dependiente se acercó á Faustino y le preguntó:

—¿Es usted el que preguntaba por los revolvers?

Faustino, sin contestarle, echó á correr en persecución del tranvía.

II

Á las seis de la tarde, Faustino entraba en casa meditabundo.

—¿Quiere usted comer?—le preguntó el criado.

—No—dijo secamente, y se fué á echar de bruces sobre la cama.—Vamos á cuentas—decía hablando solo.—¿Será casada

esa mujer? A duras penas he conseguido hacer llegar á sus manos una carta. Si accediendo á mis ruegos se decide á escucharme, podré satisfacer mi curiosidad. Yo no la amo. ¿Cómo ha de amar un hombre que está para suicidarse de un momento á otro? El suicidio... ¡Caramba! ¿Dolerán mucho los pistoletazos?

Faustino, al hablar así, daba vueltas en la cama como si fuese á brotarle una erupción maligna.

—Sí, debo matarme, aunque me duela—seguía diciendo;—pero antes quiero saber si esa joven es casada.

El criado entró con una carta en la mano.

El suicida se levantó como movido por un resorte, rasgó el sobre y leyó lo siguiente:

«Caballero: No tengo inconveniente en satisfacer su curiosidad, diciéndole que soy soltera. Habiendo perdido á la que me dió el ser, vivo consagrada al cariño de mi padre y mis hermanitos. No amo á ningún hombre, y tal vez podría llegar á ser esposa de usted si el amor que me ofrece es sincero.—*Laura.*»

Faustino comenzó á dar saltos por la habitación como si le estuvieran frotando el cutis con un discurso de Fabié.

El criado, que le miraba sorprendido,

sacó del bolsillo interior una navaja, y se la presentó á su amo diciendo:

—Ya está afilada.

El suicida cogió el arma cruel, y abriendo el balcón, la tiró á la calle sin decir una palabra.

III

Faustino y Laura viven hoy unidos por los lazos indestructibles del matrimonio.

¡Que es mucho peor que lo otro!



BAÑOS

La gente ha dado en bañarse.

Por la cuesta de San Vicente bajan todos los días sinnúmero de personas dispuestas á *zambullirse* en el poético Manzanares, á riesgo de encontrar bajo las cristalinas aguas, ora la *zapatilla* perteneciente á la gentil lavandera, ora el elegante

calcetín que ha cubierto el pie turgente de un señorito.

Dios sólo sabe lo que puede encerrar en su seno el caudaloso río.

Por eso los bañistas penetran en el agua con ciertas precauciones, y hay joven nerviosa que lanza gritos de espanto cuando pone el pie en la arena.

—Mamá, yo no sé lo que he pisado— exclama la inocente criatura.

—No te asustes, Balbinita; puede que sea un pez.

—No es pez; es un bicho blanco con dos patas enormes.

Acude la bañera, que es mujer poco asustadiza, y extrae del fondo de las aguas unos calzoncillos de punto con varios boquetes.

Aquellos calzoncillos traen á la mente de la joven el recuerdo de sus amores con Isidoro, y no puede menos de experimentar una impresión penosa.

Porque Isidoro, el pérfido, después de introducirse en el corazón de aquella chica sensible, resultó casado en secreto con una prendera de la calle de Ministriles. Desde entonces Balbina no puede ver unos calzoncillos sin estremecerse.

Hay que tener cierta fortaleza de ánimo para bañarse; y no todas las personas, por mucho calor que tengan, se deciden á su-

mergirse en el río. Lo que hacen los tímidos es tomar baños en casa; y unos alquilan una *bañera* de zinc y otros se bañan en la artesa. Entre estos últimos figura don Eleuterio, á quien ha recomendado el doctor las duchas frías para ver si le desaparece un ronquido especial que le *aqueja* durante el sueño.

El ronquido trae preocupada á la familia de D. Eleuterio, y su esposa no puede pegar ojo en toda la noche, porque es lo que ella dice:

—El siempre ha roncado bastante, pero desde que estuvimos una noche en el teatro de la Alhambra y vimos trabajar á Cerbón, ronca de otra manera muy diferente, y he notado que arroja así como papel secante por las ventanas de la nariz. Se conoce que la noche de la Alhambra cogió alguna humedad y no puede echarla del cuerpo. Ahora está tomando los baños en casa y le prueban bastante bien.

—Mejor le probarían los de mar—le dijimos.

—¡Quiá! ¡Ni pensarlo! Todo lo que sea salitre le sienta malísimamente. Es hombre que no puede probar las sardinas saladas, porque se pone á morir. En casa lo baño yo perfectamente; él se sienta en la artesa con las manos en el vientre y las

piernas cruzadas, y yo le voy echando jarros de agua fresca desde arriba hasta cubrirle la cintura; después lo cogemos entre la criada y yo y le conducimos á la cama envuelto en un refajo. Hace unos días que ronca con más suavidad; lo que hace durante el sueño es sacar los pies por debajo de la sábana y agitar los brazos como si estuviera tocando la pandereta, y el médico dice que es buena señal.

Se ha extendido tanto la costumbre de bañarse, que muchas personas se levantan del lecho medio dormidas aún y van corriendo á meter la cabeza en la tinaja. Otras esperan que venga el aguador y se colocan debajo de la cuba, con los pies metidos en un barreño, para recibir el chorro refrigerante de manos del astur.

Cuanto mayor sea la impresión, mejores resultados produce; así es que algunos dicen al de la cuba:

—Toribio, viértame usted el agua de pronto, y al propio tiempo deme usted dos ó tres puñetazos en la nuca, como si me fuera usted á matar, para que la impresión sea más fuerte.

A las casas de baños acuden algunas familias dispuestas á remojarse. Sé de una, muy numerosa, que entró la otra mañana en los Baños Arabes, diciendo:

—Venimos á bañarnos todos juntos.

—¿En la misma pila?—preguntó el sorprendido dependiente.

—Sí, señor—contestó el padre de familia.—Si no cabemos, yo cojo un niño en cada mano y otro me lo echo encima; mi señora puede sostener á los cinco restantes: dos en el regazo y á los demás se los montaremos en los hombros.

—¡Qué atrocidad!

—Tenemos bastante fuerza, gracias á Dios, y además somos muy cariñosos para nuestros hijos. Todos ellos tienen la costumbre de dormir encima de nosotros.

Hay maneras muy raras de bañarse; por eso no nos sorprende la pretensión de esta familia.

Conocemos una literata, bastante fea, que se baña con un perro de Terranova; y hay un casero en nuestro barrio que, en su deseo de economizar, aprovecha el agua sulfurosa en que se ha bañado su inquilino, y se sumerge en la tina tan satisfecho, exclamando:

—Sería un dolor desperdiciar esta agua tan hermosa. Lo que siento es no podérmela beber.

En fin, los baños están á la orden del día.

Y si no, ahí está Manolo Matoses, á quien le ha tocado un premio de la lotería nacional, y se baña en agua de rosas.



LEVANTAR MUERTOS

La manía del noticierismo ha sido causa de que los periódicos diesen por muerto al famoso Cayetano Sanz, cuando éste vivía aún.

Si el célebre torero hubiera podido leer los periódicos, vería con horror que se le cantaban responsos en vida, lo cual podrá ser muy cristiano, pero maldita la gracia que tiene.

Por fin murió Cayetano—como ha dicho *La Correspondencia* en cierta ocasión inolvidable,—y los noticieros respiraron tranquilos. Si se hubiera salvado, veríamos hoy á los *repporters* tirarse de los pelos, y aun puede que alguno escribiese á cualquier vecino de Villamantilla en los siguientes términos:

«Hágame usted el favor de ir á casa de Cayetano y decirle que si piensa morirse ó qué hace, porque he dado la noticia de su muerte en el periódico y estoy en ridículo mientras no fallezca definitivamente.»

No hay cosa más desagradable para un noticiero que firmar la papeleta de defunción de un personaje y ver al día siguiente que el interesado vive y se ha sentado en la cama para ir recobrando fuerzas.

—¿Conque ha muerto D. Eudoro?—preguntaba en cierta ocasión un periodista al hijo político de un enfermo ilustre.

—No, señor; vive por ahora—respondía el yerno.

—¡Caramba! ¡Qué contrariedad!

—¿Por qué?

—Porque he dado la noticia de su muerte en el número de anoche y estoy en un compromiso.

—¡Hombre, no se desespere usted! El

pobre está muy malo; en toda la noche no ha hecho más que pedir cosas raras, lo cual prueba que ha perdido la razón completamente. Á las once pidió tortilla de cebolla y unos calcetines limpios; á las doce llamó á mi suegra y la estuvo dando besos en el cogote; después le dejamos solo y se comió la vela, diciendo que era salchichón.

—Pues hay que ver si se muere de aquí á las tres y media, porque á las cuatro cerramos la edición de provincias, y no quisiera tener que hacer una rectificación.

—Vaya usted descuidado.

Hay enfermos que no parece sino que tienen gusto en defraudar las esperanzas de los periodistas.

Conozco un noticiero que escribió el año pasado el artículo necrológico de un famoso poeta, enfermo de gravedad por aquel entonces. Los médicos aseguraban que el buen señor fallecería de un momento á otro sin ningún género de duda.

—Tiene una dilatación aguda del bazo —decía el de cabecera.—Con un bazo así es imposible que llegue á las seis de la tarde.

—Tiene una hemorragia interna producida por el abuso de la nicotina—aseguraba otro de los médicos.

—Lo que tiene es una inflamación del

tubo digestivo—opinaba el tercer doctor encargado de su asistencia.—Morirá á eso de las siete menos cinco.

Con todas estas manifestaciones, el noticiero esperaba la muerte del poeta, para poder lucir sus dotes en el artículo, y en cuanto tropezaba en la calle con alguno, ya le estaba diciendo:

—¿Sabe usted quién se morirá esta tarde á eso de las siete? Bandolín, el poeta.

—¿Por quién lo sabe usted?

—Por los tres médicos que le curan. Yo ya he hecho el artículo necrológico y me ha salido bastante bien, aunque no debiera decirlo.

El caso fué que el artículo estaba ya compuesto en la imprenta, y *sin embargo*, el vate no se moría por más remedios que le daban.

—¿Cómo sigue hoy?—preguntaba el noticiero á la criada, lleno de ansiedad.

—Mal—contestaba la sirviente.—Esta mañana tuvo un vértigo y le pegó dos bofetadas á un académico de la lengua que había venido á traerle un plato de arroz con leche, como regalo. En cuanto le dejamos solo, ya se está escondiendo debajo de la cama, porque dice que van á venir á leerle una zarzuela de D. Mariano Catalina. En fin, está muy malito.

El noticiero, cansado de esperar el triste desenlace, quiso convencerse por sí mismo de la gravedad del enfermo, y una tarde pidió permiso para verle.

Antes le había dicho la criada:

—Hoy está muy mal. Ya hemos mandado á la portera que le traiga los Santos Sacramentos, de paso que va á ver á un hijo suyo, que es albañil eclesiástico.

El noticiero entró de puntillas en la alcoba del poeta, pero retrocedió sorprendido. El enfermo no estaba en la cama.

—Sr. Bandolín—dijo con acento cariñoso,—Sr. Bandolín, ¿dónde está usted?

—Aquí—contestó el enfermo.

Y se presentó en cálzoncillos ante el sorprendido periodista.

—¿Qué hace usted en ese traje?

—Me estaba paseando por el gabinete.

Dicho se está que el poeta no se murió, y que el artículo, perfectamente inédito, yace hoy en el cajón del regente de la imprenta, esperando la ocasión de salir á luz.

¡Pobre noticiero! Estaba enamorado de su artículo y de una corsetera rubia que le juró amor eterno el año pasado en un baile de la *Zarzuela*.

Yanoche mismo entróen el café de Pombo á tomar un sorbete de arròz, para calmar ciertas irritaciones subcutáneas que

padece, y tuvo que apoyarse en el fosforero para no caer redondo.

En uno de los rincones del café sorprendió á su corsetera tomando una chuleta empanada en unión del poeta.

Y no le han quedado ganas de volver á escribir artículos necrológicos aunque vea al enfermo dando las boqueadas.



EL MAYOR MONSTRUO, LOS CELOS

(DE UNA NOVELA INÉDITA)

En el pecho de D. Camilo ardía la llama de los celos.

Ella era hermosa como un serafín, aunque un si es no es achaparrada, y D. Camilo la había llevado al altar, lleno de en-

tusiasmo y de temor á un tiempo mismo. Ella no había cumplido los diez y ocho años: él podría tener de cuarenta y dos á cincuenta y siete; ella parecía un capullo perfumado: él tenía una nariz lo mismo que una alcachofa rellena. Además, le había salido un bulto encima de una ceja y esto le afeaba bastante, tanto que su mujer le decía á cada paso:

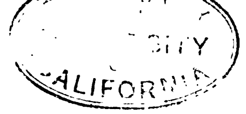
—Mientras conserves ese bulto, no habrá alegría en nuestro matrimonio.

Pero D. Camilo no quería que le hiciesen la operación, y eso que era la cosa más fácil del mundo. Todo consistía en cogerle el bulto con unos alicates y tirar de golpe, como quien arranca una escarpia.

D. Camilo trataba de halagar á su esposa por todos los medios imaginables, menos el de la extracción del bulto. A trueque de conservar el cariño de su mujer, buscaba todo aquello que podía hacerle simpático, y hoy adquiría una corbata azul celeste para embellecerse el rostro, al otro día se rizaba los pelillos del cogote, y así sucesivamente.

Isolina—porque ella se llamaba Isolina—había caído en una especie de abatimiento que despertaba en D. Camilo serios temores.

—Vida mía, ¿qué tienes?—le pregunta-



ba á lo mejor.—¿Estás mala? ¿Quieres que salgamos á dar una vueltecita? ¿Te molesta el ruido que hace el aguador? ¿Quieres que lo mate en un momento?

Ella guardaba silencio, y todo lo más que hacía era exhalar ayes hondos arrimada á la pared, como si tuviera flato.

Así pasaron dos meses, durante los cuales D. Camilo no tuvo momento de tranquilidad, hasta que un día se dió un golpe en la frente, y echándose de bruces sobre una mesa, se puso á sollozar, murmurando:

—Mi desgracia es cierta. Isolina me engaña... Pero ¿quién es el rival que me roba su cariño? ¿Dónde está?

Después llamó á la criada, y entregándole una peseta y dos higos melares, le habló así:

—Nicanora, tú comes el pan de mi casa.

—Sí, señor.

—Nicanora, tú me aprecias, aunque me esté mal el decirlo.

—Sí, señor.

—Pues bien, ¿qué tiene la señorita?

—Yo no le noto nada.

—¿No adviertes que está triste?

—Puede que tenga usted razón. Ayer la sorprendí limpiándose los ojos con unos calzoncillos.

—¡Cielos! ¿De quién eran los calzoncillos?

—De usted, señorito. Acababa de traerlos la lavandera...

D. Camilo respiró durante cinco minutos; pero las dudas que le atormentaban volvieron á hacer presa en su corazón, y se propuso vigilar á Isolina.

Á ella no le pasaba cosa alguna; lo que tenía era un aburrimiento horroroso, porque D. Camilo le iba pareciendo cada vez más deteriorado, y porque aquel bulto adquiría proporciones colosales.

Y para distraerse se había dedicado á la cocina. Cuando su esposo bajaba las escaleras para dirigirse al Congreso, Isolina empuñaba el mango de la sartén, y no lo dejaba hasta el regreso de su marido.

Este, siempre celoso, en vez de asistir á las importantes discusiones del Parlamento, se quedaba en la esquina de la calle, espiando á los transeuntes para ver si descubría en alguno al amante de Isolina.

Una vez paró á un sujeto que iba embozado hasta los ojos y le preguntó de buenas á primeras:

—¿Á quién ama usted? ¿Por qué oculta la faz? ¿Por qué ha puesto usted los ojos en esa joven?

Y el sujeto, que tenía muy malas pul-

gas y llevaba un dolor de muelas de todos los demonios, cogió á D. Camilo por los fondillos del pantalón y lo tiró de bruces sobre una mujer que vendía mojama en una esquina.

Don Camilo no se corrigió por eso; antes bien, redobló sus cuidados, y cuando menos le esperaban aparecía en su domicilio con los ojos fuera de las órbitas y los pelos de punta. Después se ponía á mirar debajo de las camas y á meter el mango de la escoba por entre los muebles.

Pero todo era inútil.

Una tarde ¡tarde cruel! D. Camilo dijo que iba á emprender un viaje á Guadalajara para tomar parte en una subasta de bizcochos borrachos.

—Adiós,—dijo á su mujer.—Probablemente no regresaré hasta pasado mañana.

—Pero ¿no podrías evitar ese viaje?—preguntó ella.

—No es posible; se trata de un negocio importantísimo. Un fabricante de bizcochos se ha presentado en quiebra, y quiero ver si me quedo con la mercancía.

En vez de bajar las escaleras, D. Camilo fué á ocultarse en la alacena del aparador, junto á un frasco de guindas en aguardiente, y desde allí comenzó á observar á su esposa.

Esta cogió papel y pluma y se puso á escribir tranquilamente.

—¡Infame!—dijo D. Camilo para sí.—¡Escribe á su cómplice!

Y salió de su escondrijo dispuesto á todo.

Isolina, al verle, lanzó un grito y rompió el papel; pero D. Camilo recogió los fragmentos, exclamando:

—Hé aquí la prueba de tu crimen, ¡desventurada!

Corrió á su despacho, reunió los fragmentos y leyó con avidez lo siguiente:

«Receta para guisar el bacalao á la vizcaína. Después de bien limpio el bacalao, se fríe la cebolla...»

. . . .





MÁQUINAS INFERNALES

HAY una porción de sistemas para hacer el café.

Las patronas lo hacen en un puchero que sirve indistintamente para cocer el repollo y para guisar el bacalao á la vizcaína. Las personas elegantes usan máquinas complicadísimas, y los cafeteros adoptan el procedimiento del filtro, mer-

ced al cual, en vez de café, resulta un brebaje oscuro que sabe á demonios.

Muchos sujetos amantes de los adelantos han perdido la tranquilidad á causa de las cafeteras que ahora se venden, porque no hay medio de entenderlas; y á lo mejor se echa el agua en un recipiente y el café en otro, y á las dos horas sale por el grifo una cosa así como pomada de brea, ó bien se descompone la máquina y ¡pum! revienta un tubo, sembrando la alarma en la familia.

Más de una vez nos han convidado á almorzar en casa de D. Gregorio, que es un caballero muy amable, dueño de una cuantiosa fortuna, hecha con el sudor de su rostro, como dice él. Cuando tenía apenas catorce años se fué á Puerto Rico en clase de bruto, y allí, cargando sacos de café y barriendo la tienda, consiguió reunir algunos miles de pesos; después se casó con una criolla color de aceituna, y por último, se vino á España con la referida criolla y tres chiquillos y una negra y dos loros. Hoy vive en un excelente cuarto de la calle del Arenal, y suele dar comidas á los amigos de confianza.

Charito, que así se llamaba la esposa del indiano, es persona de escasas luces intelectuales, y á lo mejor, sin fijarse en las

conveniencias que impone la sociedad, dice á su consorte:

—Gorito, ráscame la espalda, que me pica. Gorito, ya me empieza á doler el vientre.

O bien:

—Gorito, quítate esos calcetines que los vas á estropear, y son de los caros; Gorito, procura no toser, que salpicas la sopa.

Pues bien, D. Gregorio tiene una cafetera magnífica que figura una locomotora con su chimenea y todo, y en cuanto sirven el postre, ya está D. Gregorio encendiendo la máquina, con ánimo de hacer café y obsequiarnos cumplidamente.

La negrita le ayuda en esta delicada operación, diciéndole:

—Niño, aquí están los mixtos para que encienda. Niño, ¿traigo el bote del café? Niño, ¿puedo echar el agua caliente?

D. Gregorio goza lo indecible con todas estas operaciones, y se pasa dos ó tres horas esperando que cueza el agua y que pase al depósito, hasta que, cansado de esperar y viendo que se hace de noche, concluye por decir filosóficamente:

—¡Vaya! Se ha descompuesto la maquinita. ¡Qué demontre!

—¡Qué lástima!—añadimos nosotros.

—Pues es de un sistema muy bueno, sólo que algunas veces no rige.

—Puede que consista en el tiempo. Con estas humedades todo anda torcido.

El caso es que todavía no hemos conseguido ver cómo funciona la tal maquinita, y ni una sola vez, entre las muchas que hemos almorzado allí, ha dejado de decir D. Gregorio dirigiéndose á la negrita:

—Pancha, lo mejor será que vayas al café y digas que traigan dos. Con dos tendremos bastante, ¿no les parece á ustedes?

—Sí, porque los sirven con mucha abundancia—añade la esposa.

Y tenemos que conformarnos con tomar café procedente de la calle, donde, á Dios gracias, no hay maquinillas.

Los que ignoran los inconvenientes de estos *artefactos*, como diría Rojo Arias, los buscan con la mayor ilusión, creyendo que así resuelven el problema de tomar buen café.

—Hay unas máquinas preciosas en la calle del Gato—dice un joven que está en relaciones amorosas con una señorita chata vecina nuestra.

—Pues yo necesito comprar una—agrega la mamá de la supradicha.—No está bien que sigamos haciendo el café en un puchero.

—Eso es humillante—replica la joven.

—Camilito—añade la mamá dirigiéndose al novio de la chica,—acompáñenos usted á la calle del Gato.

Y allá se dirigen todos.

—Enséñenos usted cafeteras de las mejores—es lo primero que dicen al dependiente.

Dos minutos después el mostrador se halla cubierto de máquinas más ó menos infernales.

—Esta—dice el dependiente— es de las llamadas de salto. En este depósito se echa el café, cuidando de que quede en forma de pirámide para que reciba por la parte de abajo la humedad benéfica del agua caliente. Al reunirse ambos elementos, comienza la ebullición, y entonces el café pasa por ese tubito y va á parar al depósito central, donde se verifica la conjunción... Esta otra es una máquina rusa de aire comprimido.

—¿Dónde se coloca el aire?—pregunta la chica.

—El aire se forma solo, con auxilio del hidrógeno acumulado en este recipiente. El café se coloca aquí, y aquí el agua, y debajo la lamparilla con espíritu de vino. También puede realizarse la ebullición por medio de una vela.

—¡Ay, qué bonito!—exclama la joven.

—Se ha adelantado mucho en este ramo—dice el novio con aire de superioridad científica.

—¿Quieren ustedes encender?—sigue diciendo el dependiente.—Pues aplican ustedes un fósforo á esta mecha. ¿Quieren ustedes apagar? Pues soplan.

—Sí, sí, comprendido—agrega la mamá.—¡Qué cosa tan fácil!

—Esta otra máquina es sencillísima, pero de resultados excelentes. El café se echa en esta campana de cristal, el agua en este recipiente y encima el espíritu de vino...

—Basta, basta, llevaremos ésta—grita la mamá, y después de regatear el precio del aparato y de darle cien vueltas, cargan con él y se dirigen á casa, donde proceden á probarle con arreglo á las instrucciones del dependiente.

Pero ¡todo resulta en vano! El agua no cuece, ni pasa por el conducto de hoja de lata, ni se reune con el café; lo único que sucede es que revienta un tubito de cristal, causando varios desperfectos entre los circunstantes. Al novio se le clava una esquirla en la nariz y á la mamá se le inunda el rostro de agua caliente, haciéndole prorrumpir en gritos de dolor.

La joven, que es muy nerviosa, cae contra un sofá y se descalabra; acude una vecina, quiere apoderarse de la lamparilla de espíritu de vino y comienza á arder por los cuatro costados; sube la portera, y después de muchos esfuerzos consigue apagarlos á todos...

Al día siguiente, la mamá se levanta temprano y dice á su hija:

—Yo vuelvo pronto: si antes viniese el aguador, dile que traiga dos cubas.

—¿Adónde vas?

—A comprar otro puchero para el café. No quiero más máquinas, aunque me las regalen.



EN FAMILIA

«Se desea un caballero para vivir en familia.»

—¡Hombre!—dije yo al leer el anuncio que antecede.—Voy á realizar uno de mis más dulces sueños. Vivir en familia, ¡qué felicidad!

Y me fuí á calle del Gato, 14, tercero.

—¿Es aquí donde se desea?...

—Sí señor, aquí es—contestó una se-

ñora de rostro plácido que ocultaba sus formas bajo una bata color de canela.—Pase usted.

Tras la señora apareció un caballero chiquitín, con antiparras, y dos niños, el mayor de los cuales podría tener unos siete años, y el menor tres ó cuatro.

—Siéntese usted donde guste—siguió diciendo la señora después de conducirme á la sala.

Fuí á sentarme en el sofá; pero no me lo permitió el caballero.

—Ahí no—me dijo;—siéntese usted en esta mecedora, porque al sofá se le han saltado los muelles, ¿sabe usted? Estuvo aquí el otro día la madre de ésta (de la señora), y nos pusimos á disputar sobre si Fabié es picado de viruelas; entonces ella, en un momento de ira, quiso echarme las manos al cuello, y yo, para defenderme, le di con una silla baja en la cabeza.

—No me lo recuerdes—interrumpió la señora lanzando un suspiro.

—Entonces la madre de ésta, que tiene un genio terrible, no pudiendo desahogarse conmigo, se tiró sobre el sofá y ahí estuvo más de media hora pataleando y mordiendo el reps... Mire usted cómo lo ha dejado todo.

—Pues yo venía con el propósito de vivir con ustedes. Estoy cansado de luchar con patronas inciviles y huéspedes importunos—dije yo.

—No me hable usted de las casas de huéspedes—agregó la señora.—¡Son aborrecibles!

—Aquí estará usted muy bien—añadió el esposo.—No hay como la vida de familia.

—Aunque nos esté mal el decirlo, tenemos muy buen carácter y somos muy cariñosos—dijo la señora.—Hasta hace poco tiempo ha vivido con nosotros un músico mayor de cazadores; pero tuvo que marcharse á su pueblo para asistir al parto de una tía suya, primeriza. Era una persona muy decente y nosotros le queríamos muchísimo. En fin, las noches que se quedaba en casa las pasábamos todos juntos en el comedor, jugando á cualquier cosa. Unas veces se subía mi marido encima de él y yo con unos zorros le pegaba en la nuca; otras veces le vestíamos con la ropa de la criada y le hacíamos cantar el jaleito de Cádiz, de pie sobre la mesa. Cuando se despidió de nosotros lloraba como un chiquillo.

—Sólo estuvo malo una vez que se tragó la boquilla de un cornetín; pero le asis-

timos con el mismo interés que si se tratara de un hijo. Unas veces le daba ésta las friegas, otras veces yo, y otras veces un cuñado mío, que es bajo cómico y tiene aprobados dos años de medicina.

El caso fué que yo, sin saber dónde me metía, convine con aquel matrimonio en trasladar á su casa mi equipaje, é irme á vivir allí en paz y en gracia de Dios.

Y veinticuatro horas después me hallaba sentado á su mesa, en clase de huésped *familiar,* con Felipín á la derecha y Juanito á la izquierda; los papás de ambas criaturas se sentaban enfrente de mí, sin duda para espiar todos mis movimientos.

—Nada, nada, mucha franqueza—decía D. Fidel, que así se llamaba el jefe de aquella familia.—Ya se convencerá usted de quién somos nosotros. Al instante le cogemos cariño á las personas. ¿Quiere usted unos garbanzos?... ¿No? Pues no insisto; lo que deseo es que nos trate usted con entera libertad. ¿Le pongo á usted longaniza? ¿Un poquito, eh? Corriente. Aquí va usted á estar como en casa de sus padres, ó mejor, si á mano viene...

A todo esto, Felipín, que era el más pequeño de los dos muchachos, sin esperar á que el autor de sus días le sirviese cocido, se entretenía en comerse los garbanzos de

mi plato, valiéndose de sus cinco dedos, que, por lo sucios, parecían cinco saguijuelas; el otro chico se apoderaba de mi pan, y después de manosearlo á su antojo, volvía á ponerlo sobre la mesa, diciéndome con la mayor tranquilidad del mundo:

—A mí me gusta mucho la rosca.

—Son muy monos, ¿verdad usted?—preguntó la mamá, aludiendo á los frutos de su vientre.

—Sí, señora—contesté yo.

—No nos trate usted con ese respeto—objetó D. Fidel.

Y para darme una prueba de su cariñosa confianza, me arrojó un garbanzo á las narices.

Yo me sonreí, y entonces él, animado por mi benevolencia, ¡pum! me tiró un pedazo de rosca.

—Conteste usted—dijo D. Fidel soltando la carcajada.

Como el golpe me había dolido, cogí el aro de la servilleta, que era de boj legítimo, y ¡zas! se lo tiré á la cabeza.

Entonces comenzó un fuego graneado de migas, medios panecillos y pedazos de patata, que era lo que había que ver. Todos disparaban algo, hasta Felipín, que disparó contra su padre la tapa de la salsera, produciéndole un chirlo en la frente.

—¿Ve usted esto?—dijo la señora de la casa.—Pues cuando estaba aquí el músico mayor, todos los días hacíamos lo mismo. Yo de este ojo no veo nada, y ha sido de un botellazo que me dió mi esposo el día de Pascua de Resurrección.

—A mí la franqueza y el cariño son las cosas que más me gustan—decía D. Fidel.

Y echó mano á mi petaca, apoderándose de tres ó cuatro pitillos; después me pidió un fósforo y después me dijo que tenía que salir á ver cómo seguía un senador vitalicio amigo suyo, á quien había atropellado un macero.

—Vaya usted con Dios—le dije yo, guardando la petaca, por si acaso.

El hombre besó á los pequeñuelos, le tiró un pellizco á su mujer en mala parte y abandonó el comedor. Diez minutos después oí que cerraban la puerta de la escalera. Era D. Fidel que salía.

Yo me fuí á mi cuarto, con ánimo de poner en orden mis ideas.

¡Qué escándalo! D. Fidel había estado allí antes que yo, y después de usar mi cosmético y mis peines y mi jabón y mi toalla, había concluído por llevarse un gabán mío.

—Señora—grité desesperado, — ¿quién ha estado aquí? ¿Quién me ha revuelto mis chismes?

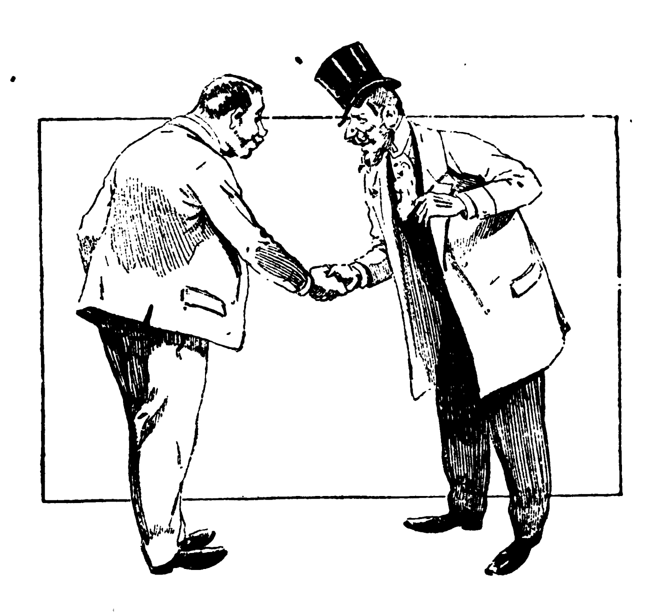
—No haga usted caso—contestó la esposa de D. Fidel.—Son cosas de mi marido. Lo mismo hacía con el músico mayor. Ya sabe usted que nosotros somos partidarios de la franqueza... Anda, Felipín, desnúdate.

—¿Se va á desnudar en mi cuarto?

—Naturalmente. El pobrecito quiere dormir con usted, porque es muy friolero y le gusta que le den calor. No dirá usted que no le tratamos como de la familia.

No quise oir más; metí en el baúl todos mis bártulos, llamé á la señora de D. Fidel, y entregándole el importe de un día de pupilaje, le dije echando fuego por los ojos:

—Señora, quédense ustedes con su vida de familia y con sus expansiones domésticas, que yo me voy á dormir á la posada del Peine; y dígale usted á su esposo que, si no me devuelve el gabán, le llevo á los tribunales, con toda su franqueza y todo su cariño.



AUTOR DE FAMA

I

¡CARAMBA! ¡Cuánto tiempo sin ver á usted por aquí!—dice D. Rufo, el empresario, saliendo al encuentro de Forillo, autor cómico de primera fila y hombre de mal carácter, que se pasa la existencia hablando mal de los cómicos y amenazando con re-

tirarles las obras por un quítame allá esas pajas.

El, como hacer, no hizo nunca cosa digna de particular mención; pero la gente del oficio ha dado en decir que es chico de mucho talento y que ¡el día que acierte!... ¡Oh, el día que acierte, boca abajo todo el mundo!

—¿A qué debemos la honra de verle á usted por aquí?—siguió diciendo D. Rufo.

—¡Pchs!—contestó Forillo.

—Vaya, vaya, ¿quiere usted ver la función desde un palco? ¿Quiere usted butacas? ¿Quiere usted que le pongan una silla en la primera caja de bastidores?

—Gracias, no vengo dispuesto á quedarme; pasaba por aquí y he subido.

—¡Cuánto me alegro! ¿Y qué tal? ¿Se escribe mucho?

—Poca cosa.

—-Perezoso... ¿Cuándo nos va usted á dar una obrita?

—Quizás, quizás...

—¿Cómo? ¿Tiene usted una obra?

—Sí, señor; pero como si no la tuviera.

—¡Hombre!

—Quiero decir que no me decido á darla sin ciertas condiciones. En primer lugar, necesito un tenor cómico que baile y sepa tocar la pandereta, boca arriba, echado en

el suelo; después me hace falta una tiple que hable el vizcaíno y, si puede ser, que levante una pesa de dos arrobas con una mano, pues le he escrito un papel precioso de titiritera. Además de esto, habrá que pintar quince decoraciones y hacer ciento y pico de trajes y construir una fuente con agua natural enmedio del escenario y echar un globo con su correspondiente barquilla, dentro de la cual tiene que ir el característico, vestido de guacamayo.

D. Rufo oyó todo aquello y no pudo menos de suspirar con cierta amargura. ¡Contratar dos nuevos artistas, pintar quince decoraciones, construir ciento y pico de trajes, echar un globo!... ¡Qué serie de gastos!

Pero la temporada iba mal, muy mal; ninguna de las obras estrenadas había producido dos pesetas. Hoy se estrenaba una y el público la hacía cisco; mañana se estrenaba otra y al primer actor le rompían la cabeza con un ladrillo lanzado desde las butacas.

D. Rufo no pudo menos de decir á Forillo:

—Yo le confesaré á usted francamente que este año vamos muy mal. El público se ha puesto imposible... La obra de usted podría salvarme.

—Vaya usted á saber.

—No sea usted modesto, ¡qué demontre! Todos saben lo mucho que puede usted hacer.

—¡Pchs!

II

Ello fué que Forillo se decidió á dar su obra; pero con ciertas y determinadas condiciones. Por de pronto fué contratado un tenor que tocaba la pandereta admirablemente. Para conseguirlo tuvo el empresario que desempeñarle toda la ropa y contratar á una tía segunda del artista, contemporánea de Grimaldi. Después se buscó una tiple de empuje, y tras muchas gestiones dieron con una que estaba en Archena viviendo maritalmente con un bañero y no quería contratarse por nada de este mundo.

Se buscó á los mejores artistas para que pintasen las quince decoraciones, porque en este punto Forillo se manifestó intransigente.

—O me pintan bien la obra—dijo el autor,—ó me la llevo. Y lo mismo digo acerca de los trajes: ó se construyen bien, con buena tela y adornos finos, ó no doy mi obra.

—Se hará todo lo que usted quiera—aseguró D. Rufo.

Y empezó á desembolsar dinero y á pelear con cómicos y pirotécnicos, pues además del globo había que disparar en el acto segundo doce cohetes y hacer girar doce ruedas con múltiples combinaciones de luces, etc., etc.

—Felizmente la obra me compensará tantos sacrificios—decía D. Rufo.

—¿Tiene usted confianza en el éxito?—le preguntaban.

—¿Que si tengo? Muchísima.

Forillo no cabía en sí de orgullo, y cada lunes y cada martes llamaba á D. Rufo para decirle:

—Es preciso que me cambie usted dos coristas; una tiene una nariz que da frío por lo afilada, y otra está de ocho meses. Lo sé por un anónimo que me escribieron ayer mañana.

—Pero...

—¿Qué? ¿Se me ponen reparos? ¿Se coarta mi voluntad de autor?

—Nada de eso; líbreme Dios.

—Además, no estoy contento con la agilidad del característico. Quiero que en el acto segundo, cuando le van á prender, salte á pie juntillas por encima de una banqueta, y casi siempre se le enganchan los tacones.

—Le diremos que los recorte. El buen señor ya está muy viejo, y no hace aún un mes que estuvo á la muerte con una pulmonía triple.

—Pues que se muera y nos deje en paz. ¡Tendría gracia que por su culpa fuera á malograrse mi obra!

—Pierda usted cuidado. Mañana le llamaré al cuarto de la dirección para reñirle con cierta dulzura. Es hombre de mucha dignidad, y en cuanto se le hiere el amor propio, cae con el accidente.

—Conque lo dicho, ¿eh?

—Vaya usted descuidado, amigo mío.

III

La noche del estreno.

Gran expectación en el público y agitación extraordinaria entre los artistas.

D. Rufo ha gastado un dineral; pero la esperanza le alienta y sonríe como los conejos enamorados.

Forillo recorre los camarines de los cómicos para echar el último vistazo á los trajes y hacer algunas recomendaciones. Forillo no cabe en sí de orgullo: va á representarse su obra; va á salvar á la empresa de la ruina; va á recibir los plácemes del mundo entero...

Comienza la representación. Forillo,

arrimado á la primera caja de bastidores, va siguiendo con cierta sonrisa desdeñosa la acción de la comedia. De cuando en cuando no puede menos de menear la cabeza, satisfecho de sí mismo.

D. Rufo se acerca de puntillas, y le dice:

—Parece que la cosa va bien.



—¡Naturalmente!—contesta Forillo.

Pero en aquel momento...

Pum, pum, pum, hacen los bastones del respetable público.

—¡Fuera!—gritan doscientos espectadores á la vez.

Y se arma el gran escándalo en el coliseo.

Forillo toma la puerta del foro y vase. D. Rufo, pálido y sin aliento, se derrumba sobre un bastidor, y dice con acento desfallecido:

—¡Y para eso me he gastado yo 60.000 reales!

Nota. Debo advertir al lector que estas cosas están sucediendo todos los días en el teatro.

¡Y que los empresarios no escarmientan!



EL FÉNIX DE LAS PATRONAS

A D. Casiano le ha venido Dios á ver desde que su amigo Fragoso, rico propietario de Almendralejo, le ha escrito la siguiente carta:

«Amigo Casiano: Creo que tu mujer y tú no tendréis inconveniente en admitir á mi hijo en vuestra casa. Quiero que siga

en Madrid la carrera de abogado, pero me asusto al pensar en los muchos peligros que encierran las casas de huéspedes. Si tú quieres que viva con vosotros, dímelo á vuelta de correo y te lo remitiré; en la inteligencia de que no quiero que te sea gravoso, y por consiguiente, tú me dirás qué suma debo remitirte todos los meses para su alimentación y demás gastos precisos.

Queda esperando la contestación, etc.»

Precisamente D. Casiano acababa de quedar cesante por aquellos días, y el hombre sufría de un modo atroz, porque su esposa no cesaba de decirle:

—¿Te parece bonito? ¿Qué vamos á comer ahora? ¡Sabe Dios lo que habrás hecho tú en la oficina! De seguro que le diste alguna mala contestación al jefe ó habrás escrito «carabina» con v de corazón, que es uno de tus defectos.

D. Casiano estaba aburridísimo, cuando recibió la carta de Fragoso, y le faltó tiempo para contestarle diciendo que podía mandar el chico inmediatamente, y que aquí tendría unos segundos padres, dispuestos á todo.

Llegó el muchacho, que era un pedazo de atún, y lo primero que hizo fué echarse á llorar como un choto huérfano.

—Yo quiero *dirme* — decia el chico,

dándose con la cabeza contra la mesa de noche.

—Pero, hijito de mi alma—contestaba D. Casiano,—aquí vas á estar lo mismo que en Almendralejo, aunque sea mala comparación. Vamos, serénate. ¿Qué quieres tomar? ¿Quieres que te frían un huevo? ¿Quieres un tomatito crudo?

El rapaz seguía lanzando berridos y golpeándose el rostro con una bota que había sacado de la maleta.

Entonces D.ª Ramona, la esposa de don Casiano, entró en la habitación, y dirigiéndose al chico, le enjugó la cara con una servilleta, diciéndole:

—Vamos, no llore usted. Hágase usted la cuenta de que soy su segunda madre. Ahora vamos á almorzar y después le llevaremos al Retiro á ver las fieras.

Mucho costó que el muchacho se tranquilizara y comiese un poquito de merluza y un huevo duro.

Durante los primeros días, Tomasín—porque el de Almendralejo se llamaba Tomasín—no quería salir de casa ni entrar en conversación con el matrimonio. Lo único que hacía era sentarse en el suelo, al pie de la cama, y meter la cabeza entre los colchones para no oir el ruido de la calle.

—¿Qué haces ahí, Tomasito?—le preguntaba D. Casiano.

—Me hago la ilusión de que estoy todavía en Almendralejo—contestaba el chico sollozando.

Al cabo de dos ó tres semanas, el chico comenzó á comer y á jugar á la brisca con sus nuevos padres y á dirigir miradas sospechosas á la criada.

D. Casiano respiró satisfecho, porque es lo que él decía:

—Si el chico se vuelve á Almendralejo, ¿qué va á ser de nosotros? Con el dinero que nos envía su padre podemos vivir todos perfectamente. Hay que distraerle, hay que amenizar su existencia y no contrariarle en lo más mínimo.

Y para poner por obra estas acertadas consideraciones, D. Casiano inventaba todo género de placeres, á fin de que Tomasín no se aburriera.

—Anda, Catalina—le decía á la criada, —ponte una manteleta de la señora y el sombrero mío de copa y preséntate en el comedor cuando estemos comiendo, para que se ría Tomasito.

Otras veces era él en persona quien proporcionaba distracciones á su huésped.

—Tomasito, ¿quieres que juguemos á los títeres? Anda, súbete por mi espalda y

déjate caer de golpe encima de mi esposa; aunque la lastimes, no te importe.

El chico empezó á notar que en casa de D. Casiano estaba perfectamente, y ya no pensó en marcharse á Almendralejo. A su vez, el matrimonio se consideraba feliz porque el padre del joven nó había puesto reparo alguno al precio del pupilaje y pagaba con creces los servicios de D. Casiano.

De manera que el chico, viéndose halagado por los esposos, comenzó á hacer su santísima voluntad, y en vez de dedicarse al estudio, se dedicaba á la treinta y una y se echó una novia chalequera y tomó un profesor de guitarra que le enseñaba á tocar y á beber manzanilla.

«Díme cómo se porta el chico,» preguntaba á su amigo Casiano el padre de la criatura.

«El chico se porta admirablemente,» contestaba aquél.

*
* *

El casó fué que el padre de Tomasito decidió hacer un viaje á Madrid para arreglar un asunto importante. La carta anunciando su salida no llegó á poder de D. Casiano y éste dormía feliz y tranquilo cierta mañana del mes de Marzo, cuando se vió

sorprendido por la presencia de Fragoso, que se arrojó en sus brazos, diciendo:

—Aquí me tienes, amigo Casiano.

—¿Cómo? ¿Eres tú?

—Yo mismo.

—¿Por qué no nos has avisado? Hubié-



ramos ido á recibirte á la estación—dijo D. Casiano.

—¿Y Tomasito? ¿Dónde está?—preguntó el viajero.

—En su alcoba—dijo la esposa de don Casiano.

El de Almendralejo echó á correr en dirección á la alcoba de su hijo.

Pero no hizo más que empujar la puerta y retrocedió asombrado.

Sentado en el lecho, Tomasito tocaba la guitarra. A su lado, y con la cabeza apoyada en el hombro del joven, hallábase una chica preciosa.

Era la chalequera.



DE VERANEO

EN LA CALLE

Es necesario que yo salga de Madrid. Un joven tan bien relacionado como yo, que tiene americana blanca y zapatos de lona, no debe permanecer en la calle del Carnero, 78, segundo, durante los meses de calor. ¿Qué dirían las de Pechuguilla y las de Faldoncillo y la viuda de Mochilón?

Todos los que figuramos algo no podemos prescindir de estos viajes, que dan importancia.

He conseguido un billete á mitad de precio para San Sebastián, gracias á la influencia del director de *La Diabetes*, periódico científico que se dedica á la defensa de las aguas de Nanclares de la Oca y de las compañías ferrocarrileras. Además, está metido con la mujer de un consejero.

¿Qué me falta ya? Casi nada; media docena de cuellos postizos, un cinturón de cuero con broche de níkel para sujetar los pantalones, un par de corbatas con pintas y un sombrerito de paja con cinta azul celeste, que es el color de moda.

Corro á mi casa á preparar el viaje... Por allí viene López. ¡Pobrecillo! ¡Cuánto envidiará mi suerte cuando sepa que estoy con el pie en el estribo!... ¡Adiós, López!... No puedo detenerme, porque esta noche salgo para San Sebastián y necesito arreglar el equipaje... ¿Que me tienes envidia? Hombre, no es para tanto. ¿Que no tienes dinero? Pues, chico, lo siento mucho. Yo todos los años me voy, porque aquí no se puede estar. No es que necesite los baños, pues estoy bueno, á Dios gracias, y aun ayer me comí una barbaridad de pimientos fritos y una fuente de gazpacho que daba

miedo. Lo que hay es que todos mis amigos salen de Madrid, y yo no quiero hacer un papel ridículo... Vaya, abur, amigo López. Te compadezco de todo corazón. Hasta la vuelta, y si ves que vuelven á llevarse los pantalones anchos, escríbemelo inmediatamente, porque no me gusta faltar á las prescripciones de la moda.

EN CASA

¡Ajajá! Ya está hecho el baúl. Tres camisas de color, seis cuellos, cuatro puños, dos pañuelos con cenefa, uno liso, el chaquet azul y el pantalón claro. ¡Caramba! Siento no poseer más que un par de calzoncillos; pero lo probable será que no tenga que desnudarme delante de ninguna señora... Buscaré una casa de huéspedes baratita y diré que voy á comer por mi cuenta. Tengo la seguridad de que han de convidarme muchas veces las de Pechuguilla, que son muy generosas y están en muy buena posición. Todos los años, el día del santo de la madre, le regalan á la criada dos varas de tela para un delantal, ó un peine, ó media docena de alfileres de cabeza negra.

A mí me convidarán, está claro, y me

ahorro el dinero de la comida. El viaje me cuesta siete duros; tengo que contar también con otros gastillos del camino; por ejemplo, el vaso de agua, el periódico, la caja de cerillas; lo menos, lo menos, necesito dos ó tres reales para estas pequeñeces, porque yo no pienso tomar nada en las fondas; llevaré una tortilla de patatas metida en un panecillo, y en cuanto llegue á una estación donde se detenga el tren más de quince minutos, entro en el retrete y me lo como á solas. No está bien que me vean los demás compañeros de viaje... Ea, ya está todo listo; ahora, al tren.

EN MARCHA

¡Demonio, cuánta gente! Está visto que no se puede viajar en tercera... ¡Eh, señora! haga usted el favor de retirar esa cesta, que me va usted metiendo el asa por debajo del estómago. ¡Si me vieran las de Pechuguilla! ¡Ellas que viajan, según dicen, en berlina-cama, y llevan de merienda un salchichón para cada una!... ¡Por Dios, señora, no se duerma usted encima de mi hombro, que lo tengo dolorido y se me va á inflamar! ¡Qué poca educación tienen al-

gunas personas!... ¿Qué estación es ésta, Miranda? Aprovecharé la ocasión para comerme la tortilla. ¡Tengo un hambre!...

EN SAN SEBASTIÁN

Á los pies de usted, Waldina. Sí, señora, llegué esta mañana en el exprés... ¡Oh, un excelente viaje! En nuestro departamento de primera veníamos solamente cuatro personas: un lord inglés, dos damas de la aristocracia de Vitigudino y un servidor de usted... Ya veo, ya veo que esto está delicioso... ¿Que dónde paro? En el boulevard; una casa preciosa, pero carísima; veintitrés pesetas diarias sin vino, ni planchado, ni mondadientes. Pide usted un palillo, y le cobran cuatro pesetas; hoy para almorzar me cobraron treinta y cinco pesetas por una botella de burdeos *Chateau Laffite*... Madrid ha quedado desierto, sí, se-



ñora; allí no hay más que unas cuantas cursis asándose en las sillas del Prado... Aquello es insoportable. En cambio, San Sebastián, ¡qué hermoso!... ¿A qué hora se bañan ustedes? ¿A las once? No faltaré. Ahora voy á hacer unas cuantas visitas y á saber si es verdad que á la baronesa del Ombliguete se le dislocó un tobillo jugando ayer á la comba... A los pies de ustedes.

QUINCE DÍAS DESPUÉS

«Sr. D. Emeterio del Garfio.—Madrid.— Muy señor mío: La necesidad me obliga á dirigirme á usted suplicándole encarecidamente que me facilite diez duros, con los cuales podré salir del grave compromiso en que me encuentro. No he pagado el pupilaje, y esta patrona desconsiderada quiere quedarse con mi baúl; ayer, su esposo, que es un bruto muy grande, me pegó dos trompadas mientras yo dormía la siesta, y dice que me va á matar si no le pago de aquí al miércoles. Por Dios, don Emeterio, enviéme usted los diez duros, y para garantizar mi deuda puede usted pasarse por mi casa, calle del Carnero, 78, segundo, y recoger un acordeón que me perte-

nece, y que encontrará usted en uno de los vasares de la despensa, juntamente con un sombrero de copa y dos botellas de agua de Mondáriz que me regalaron estando de redactor en *La Diabetes*. Queda esperando su respuesta su afectísimo servidor, que besa su mano, *Aniceto Pacholi.*»



PERSONAS DELICADAS

HAY personas que viven en un grito, porque creen que se van á morir de un momento á otro. Las hay también silenciosas, pero revelando en el rostro terribles sufrimientos, y las hay, por último, tímidas y previsoras hasta el punto de ponerse en los oídos dos bolitas de algodón en rama á guisa de tapones.

El mundo está lleno de seres aprensivos

que se dedican á darnos la jaqueca refiriéndonos á todas horas sus imaginarios padecimientos.

—Mire usted—nos decía hace poco una señora que parece una corredera.—Desde el año 78 no he tenido un día bueno. Por las tardes se me fija un dolor en la parte interna del ombligo, que me vuelve loca. He consultado con los principales médicos, y unos me han dado el bismuto, otros la harina de linaza, y otros el bacalao frito; pero todo es inútil.

No hay nada más molesto que tener que viajar con una de estas personas *enfermizas*, que llegan al coche y comienzan por abrigarse la frente con un mantón. Después se envuelven las pantorillas en una manta, y después sacan un botella llena de clorato ó de cualquier otro líquido bienhechor, y no cesan de beber en todo el camino.

Yo he tenido la desgracia de viajar con un matrimonio que iba á bañarse á Ontaneda.

El marido parecía un infeliz, con la cara llena de costurones procedentes de la última invasión variolosa. Aquélla ya no era una cara; era un azucarillo. La mujer entró en el coche lanzando ayes de dolor y poniendo los ojos en blanco.

—Ceferino, ponme bien la almohada—dijo con acento débil, dirigiéndose á su esposo.

Y él, después de dejar en la rejilla cinco ó seis bultos, entre maletas, líos y frascos medicamentosos, extendió una manta sobre los almohadones, colocó la almohada en uno de los extremos del coche, y cogiendo á su esposa por debajo de los brazos, la acostó cuidadosamente en el asiento, diciéndole:

—¿Vas bien así, Filito? ¿Quieres que te suba un poco más la cabeza? ¿Quieres que te ponga otras medias para que no te constipes? No te eches aún, Filito, que voy á taparte la cara con mi gorra para que no te entre el polvillo de la máquina.

Ella se dejaba querer, exhalando ayes lastimeros y limpiándose los labios con una servilleta.

El tren se puso en marcha, y lo primero que hizo aquel esposo modelo fué cerrar las ventanillas del carruaje y decirme con cierto entusiasmo cariñoso:

—La pobrecita está muy delicada, ¿sabe usted? Porque en dos años tuvimos seis criaturas, á dos por año; sólo que todos se nos desgraciaban antes de venir al mundo. ¡Caramba! ¿Qué se echa usted en el pelo? Huele usted á pomada.

Y aplicó las narices á mi cabeza para oler con más comodidad.

—Sí, sí, es pomada de heliotropo... y lo siento, porque á mi señora los olores fuertes le producen mareos. ¿Quiere usted hacerme el favor de sentarse en aquella esquina?

La señora, en cuanto oyó hablar de pomadas, se puso á toser y á decir que le dolían las sienes; y entonces el marido sacó un pañuelo de hierbas y me lo presentó, diciéndome:

—Tenga usted la bondad de atarse á la cabeza este pañolito para que no salga el olor del heliotropo.

Yo me resistí, y él se puso muy incomodado, llamándome cruel y otra porción de cosas á cual más depresivas.

En Villalba la señora pidió tila, y el esposo sacó de la maleta una maquinilla de espíritu de vino y un bote de zinc y encendió la lamparita para calentar el agua. En esto entró en el coche un capitán de la Guardia civil, hombre de genio fuerte, y dejó caer el tricornio sobre el cacharro.

—¡Caramba!— gritó el esposo.— Bien podía usted ver dónde deja las cosas. ¡Pues hombre! Esta es una falta de consideración.

—¿Qué?—preguntó el militar con malhumorado acento.

Por toda respuesta el esposo fué á consolar á su señora, que se había incorporado y se llevaba ambas manos al vientre.

Yo dirigí la palabra al capitán para ponerle al corriente de cuanto allí pasaba, y ambos convinimos en la conveniencia de bajar la ventanilla, porque el calor era insoportable.

—¿Qué van ustedes á hacer?—preguntó el esposo, abriendo los párpados desmesuradamente.

—A respirar—contestó el guardia civil.

—¿Cómo? ¿Quieren ustedes matar á mi señora?

Pero viendo que sus protestas resultaban inútiles, cubrió el cuerpo de su adorada mitad con una manta y le envolvió los pies con una toquilla, dirigiéndonos miradas de odio profundo.

—¡Qué abuso!—iba diciendo entre dientes.—¡Qué falta de caridad!

—Déjalos, Ceferino—exclamaba la esposa.—Se conoce que es gente ordinaria y no tiene costumbre de viajar en primera.

Yo tuve que contener al guardia civil, que quería decirle cuatro frescas á aquella señora deteriorada. Después encendimos nuestros cigarros y ella comenzó á toser y

á retorcerse toda, hasta que, viéndonos impasibles, acabó por quedarse dormida.

Una hora después entreabría los ojos para llamar á su marido y pedirle agua de azahar con unas gotitas de éter.

El hombre, que llevaba una tienda de comestibles en el saco de noche, sirvió el agua con solicitud cariñosa y preguntó á la enferma:

—¿Quieres tomar algo, Filito?

—No, no me obligues á comer—dijo ella.—Ya sabes que no como nunca.

—Vamos, hijita, come un poquito de jamón, aunque no sea más que por darme gusto.

Y sacó de la cesta un trozo de carne asada y una tortilla de jamón y dos pollos en fiambre y siete rodajas de merluza y medio queso de bola...

La enferma, haciendo repulgos, cogió un pedazo de tortilla y se lo tragó de un golpe. Después, como si realizase un penoso sacrificio, atrapó un pollo, y en menos de cinco minutos lo dejó en los huesos. Tras el pollo vino la carne, y tras la carne la merluza frita, y después el queso de bola y una docena de higos.

En fin, antes de llegar á Avila la enferma había despachado unos dos kilos y medio de comestibles.

Y todavía seguía diciendo el esposo:

—¡Pobrecita! ¡Sufre mucho! Y lo peor es que se va á constipar con el aire que entra por la ventanilla. ¿A quién se le ocurre llevar abierta la ventanilla en el mes de Julio?



Á LA MEDIDA

I

Muy buenos días, maestro.

—Servidor de usted.

—Pues yo venía de parte de mi amigo Suárez á ver si quiere usted hacerme unas botas.

—¿Suárez? No le conozco.

—Hombre, sí. Un joven alto con patillas, que es de Guadalajara y tiene un bulto en una cadera.

—No recuerdo...

—Le conoce usted mucho; y él fué quien me dijo que hace usted unas botas á la medida superiores.

—Muchas gracias.

—Es justicia. El lleva unas de becerro francés con cañas color barquillo y nos han gustado mucho á todos los del café, tanto que yo vengo aquí para que me haga usted unas.

—Hombre, yo sólo trabajo para las personas conocidas.

—Ya lo sé; pero Suárez me recomienda y usted no querrá faltar á un parroquiano...

La zapatera (interrumpiendo). — Mire usted, joven, á mi marido lo que le sobra es trabajo, y no puede comprometerse á *na*, porque hemos recibido muchos petardos, y hay un marqués que nos debe 14 duros de botas y 12 reales que le di yo en dinero *pa* comprarle un regalo á una sobrina suya que se iba á casar.

El zapatero.—Lo que dice mi *señora* es el Evangelio, y ahora no trabajo más que para las zapaterías de lujo.

El señorito.—Bueno, pero yo tengo el

capricho de que me haga usted unas botas como las de Suárez. Yo siempre he comprado el calzado hecho, pero conozco que es muy cursi.

—El calzado hecho sólo lo gasta la gente sin *prencipios*, la *prebe*, como quien dice.

—Los *méndigos*—añade la zapatera.

—En fin—dice el zapatero,—basta que venga usted de parte de su amigo. Voy á tomarle á usted medida.

El señorito se quita las dos botas

—¿Qué va usted á hacer?— exclama el zapatero.—Ya se conoce que no tiene usted costumbre de gastar calzado fino. Póngase usted la bota izquierda... *prefetamente*; ahora deme usted el pie derecho. ¡Jesús! ¡Qué juanete más abultado tiene usted!

—Es de familia. Mi papá, que en gloria esté, tenía los juanetes lo mismo que dos dátiles.

—Ea, ya está tomada la medida..., pero le participo á usted que las botas valen cinco duros y medio.

—¡Caramba! Me parece mucho.

—Tiene usted que comprender que son hechas á la medida.

—Se conoce que está usted *acostumbrao* á las botas de munición que venden en los almacenes—dice la zapatera.

—Y usted no extrañe—agrega el zapa-

tero—que le cobre por adelantado, porque si usted no viene á recoger las botas, tengo que cargar con ellas, y esto no me conviene.

—¿De modo que si salen mal...

—Si salen mal, ¿qué se le va á hacer? Pero pierda usted cuidado, que las botas que salen de mi casa pueden presentarse en *toos laos*.

—Corriente; ahí tiene usted los cinco duros y medio. ¿Me las mandará usted á mi casa?

—Hombre, yo no tengo dependientes *pa* hacer los recados. Vale más que venga usted á recogerlas.

—¿Cuándo?

—¿Qué es hoy?

—Jueves.

—Pues venga usted el sábado de la semana que viene.

—¿No puede usted hacérmelas antes?

—Vaya, venga usted el viernes por la noche.

—El caso es que el martes tenía que ir á un entierro y quisiera llevarlas. Porque hoy estuve á ver á un senador amigo de mi familia, que está con una gástrica, y el médico no le da vida más que hasta el lunes de la semana que viene.

La zapatera.—Pues las botas no pueden

estar hasta el sábado lo menos. Ya se le ha dicho á usted que tenemos trabajo de sobra, y además, sólo calzamos á las personas principales. ¡Qué *esijentes* son algunos!

—Nada, nada, no se incomode usted; volveré el sábado; y procure usted que salgan lo mejor posible... ¡Ah! Y póngales usted la punta cuadrada, que es un capricho de mi novia... Conque hasta el sábado, ¿eh?

—Vaya usted con Dios.

—¡Ah! Y procure usted que no se note el juanete... Yo soy muy delicado de los pies, y los tengo estropeados. Cuando hace mucho calor se me agrietan como si fueran de queso de Gruyère.

—¡Naturalmente! Como que ha gastado usted siempre el calzado hecho, y no hay cosa peòr.

—Hasta el sábado.

II

—Muy buenos días.

—Hola, ¿qué se le ofrece á usted?

—Vengo por mis botas.

—¡Ah, sí! ¿Usted es el que estuvo aquí la semana pasada?

—Servidor.

—Pues, amigo, se me ha olvidado hacérselas á usted.

—¡Caramba!

La zapatera.—¡No se pone usted poco *alborotao!* Tenga usted paciencia si quiere, y si no puede usted recoger su dinero, y en paz.

—Señora, la cosa no es para tanto. ¿Cuándo quieren ustedes que vuelva?

—El domingo.

—Corriente; pero haga usted el favor de no olvidarse.

—Pierda usted cuidado.

III

—¿Mis botas?...

—Hombre, he tenido á mi señora en la cama con un dolor, que no sabemos si es parto ó tos ferina... Vuelva usted el lunes.

—Por vida...

IV

—¿Están mis botas?

—Sí, señor.

—¡Bendita sea la Providencia! Vaya,

démelas usted, que me voy á mi casa corriendo.

—¿Las va usted á estrenar?

—Sí; voy á hacer una visita de boda.

—De salud sirva.

—Abur.

V

Al fin tengo las botas... ¡Y son bonitas! También son bonitos los cinco duros y medio que me han costado... ¿A ver qué tal me están?...

¡Cielos! ¡No me vienen!





LAS RELIGIONES NUEVAS

En la calle del Sombrerete hay un templo donde funcionan varios apóstoles, pertenecientes á una nueva religión, revelada por un carbonero que es algo evangelista y está en relaciones directas con el Espíritu Santo.

La autoridad ha querido entrometerse en los asuntos religiosos que allí se ventilan, y giró cierta noche una visita de inspección, por la cual resulta que en el templo no sucede nada de particular.

Hay varios sacerdotes, muy buenas personas, que reparten agua fresca entre los fieles, mediante un corto estipendio. Los fieles hacen uso del agua para curar sus dolencias, y pare usted de contar.

De manera que allí tienen la gracia divina metida en botijos y la distribuyen equitativamente.

En dicho templo se celebran también matrimonios á precios baratos, para lo cual basta con que se presenten los novios en la sacristía y pregunten:

—¿Se puede ver al sumo pontífice?

—En este momento no es posible, porque se está afeitando.

—Dígale usted que cuando concluya haga el favor de salir.

El sumo recibe el aviso y acude presuroso preguntando:

—¿Qué va á ser?

—Pues queríamos que nos casara usted lo antes posible, porque tenemos prisa.

—¿Es usted creyente?

—No, señor, de Guadalajara—contesta el novio.

—Quiero decir que si creen ustedes en los misterios de nuestra santa religión.

—Mire usted, lo que hay es que ésta y yo nos queremos; pero la madre es una bestia, con perdón de usted, y la ha echado

de casa: lo cual que nos ha dicho que debíamos casarnos con arreglo á la religión de la calle del Sombrerete y que preguntáramos por el sumo pontífice.

—Servidor de ustedes.

—Bueno, pues cásenos usted lo antes que pueda.

En menos de cinco minutos el sacerdote realiza la operación, juntando las cabezas de los contrayentes y cantándoles un tango bíblico, letra de un hojalatero de la calle de la Comadre y música de un albañil ya difunto.

Esta nueva religión ha venido á allanar muchos obstáculos en materia de matrimonios y á realizar verdaderas maravillas en el ramo de la salud pública; de modo que el número de fieles aumenta de día en día.

También en mi pueblo ha habido una religión inventada por un maestro de escuela que no conseguía cobrar sus haberes. El hombre, cansado de dirigir solicitudes al Ayuntamiento, se hizo sumo pontífice, y sacaba de tres á cuatro pesetas un día con otro. Aquel hombre superior curaba toda clase de enfermedades, con fricciones de hierbabuena y sebo.

Yo fuí á verle en cierta ocasión para que me bendijera y le encontré en calzoncillos;

sentado en el suelo, limpiándose la tiara con una gamuza.

—¡Hombre!—le dije,—no está bién que el representante de Dios en esta provincia se dedique á tan bajos oficios.

—¿Qué quiere usted?—me contestó.—Yo



tenía un cardenal encargado de la limpieza y era el que barría y el que cantaba los salmos; pero se me escapó el mes pasado con varios efectos del culto y con la criada.

—¿Le habrá usted excomulgado?

—Sí, señor; le lancé tres ó cuatro excomuniones mayores, pero no le han hecho efecto, pues he sabido que está en Mondá-

riz, donde piensa establecer otra religión en competencia con la mía.

Aquel pontífice gallego acabó de un modo trágico; un día quiso echarle la bendición apostólica á un fabricante de jabón, que imploraba el auxilio del cielo en pro de su industria, y sin saber cómo se le fueron los pies.

—¡Socorro!—gritó el pontífice, tratando de sostener el equilibrio.

Pero todo fué inútil, y su cuerpo rodó al fondo de la caldera del aceite. Cuando le sacaron de allí parecía un picatoste.

He conocido varios seres que se dedicaban á esto de las religiones nuevas. Uno de ellos vino á mi casa con la pretensión de que le ayudase á propagar sus ideas en los periódicos.

—¿Y usted qué es?—hube de preguntarle.

—Yo era cantero en Benicarló—me dijo tranquilamente;—pero desde el 14 del mes pasado soy evangelista.

—¿Evangelista?

—Sí, señor; me siento inspirado por la Divina Providencia, y todas las tardes, á eso de las cinco, hablo con el Espíritu Santo. Tengo ya escritos tres evangelios y se los he llevado á Mesejo para que me los repase y me diga qué le parecen.

—¿Pero Mesejo es también evangelista?

—No, señor; es tenor cómico, pero á mí me gusta su escuela de canto y por éso he ido á verle.

A mí me era simpático aquel evangelista de la clase de canteros y le di un plato de garbanzos que habían sobrado del cocido, y estuve conferenciando con él cerca de hora y media. Entonces me dijo que todas las noches veía al niño Jesús entre nubes, y que más de una vez se le habían presentado San Agustín y otros justos.

—¿De manera que es usted una persona sobrenatural?

—Sí, señor; completamente sobrenatural. En lo único que me parezco á los mortales es en el flato.

—¿Padece usted esa enfermedad?

—Sí, señor; pero espero que desaparezca cuando se lo pida á San Agustín.

—Bueno; pídaselo usted y tome bicarbonato.

En fin, la manía de las religiones va cundiendo de un modo alarmante, y el mejor día vamos á leer algún anuncio como éste:

MATÍAS MONTANCHEZ

APÓSTOL Y BARBERO

administra toda clase de sacramentos y extrae muelas y raigones á precios económicos.

Va á domicilio.



CONFERENCIANTES

CON motivo del centenario de Colón se les ha destapado la elocuencia á una porción de caballeros, que van al Ateneo Científico Literario á remover las cenizas del ilustre genovés y á meterse en todo aquello que no les importa.

Ya han emitido su autorizada opinión

sobre el descubrimiento de América casi todos los socios de número del enunciado *establecimiento lírico*, y ahora comenzarán á dar conferencias acerca del particular otros sujetos que aseguran conocer á Colón como si lo hubieran tenido en sus entrañas.

Entre los futuros conferenciantes figura un elocuente comadrón de la calle de las Velas, hombre erudito, que está preparando su discurso hace dos meses y medio y desde entonces no hace nada á derechas.

A las ocho se levanta, y sin lavarse ni ponerse los calcetines, entra en su despacho y allí se pasa las horas muertas revolviendo librotes y tomando apuntes.

—Señor—va á decirle la criada,—vienen á buscarle á usted para la señora de Tripón, que está con los dolores.

—Díle que se aguante. Ahora no puedo ir, porque estoy copiando una carta que escribió Colón á la viuda de un guarnicionero, la víspera de su embarque. Es un documento precioso y desconocido de todos los historiadores, desde Labra hasta Jackson Veyan.

—¿Le traigo á usted el desayuno?

—No me traigas nada. Si ahora tomara el chocolate me sabría á cordobán, porque

no se me quita de la memoria la viuda del guarnicionero.

El bueno del comadrón está perdiendo un dineral desde que se dedica á los estudios relacionados con el famoso navegante. Sólo á fuerza de ruegos consiguen que asista á sus parroquianas, y ya en presencia de la paciente, comienza á patear y á desesperarse.

—¿Qué tiene usted, D. Heliodoro?—le pregunta la interesada.

—¿Qué quiere usted que tenga? Rabia, mucha rabia.

—¿Por qué?

—Porque estoy perdiendo un tiempo precioso. Hace una hora que ha debido usted salir de su cuidado y yo podría estar en la Biblioteca tomando mis apuntes. Vamos, señora, despache usted.

—Pero...

—Agárrese usted á mi pescuezo, y á ver si entre los dos echamos eso al mundo.

Él, que ha sido siempre habilísimo en su profesión, no sabe ahora por dónde se anda, y el otro día fué á cortarle el cordón umbilical á un recién nacido y le cortó la punta de la nariz á la abuela de la criatura, que quería besar á ésta en la tripita.

Otra vez quiso lavar á un chico y lo dejó

caer en el barreño, de donde tuvieron que sacarle con un cucharón.

Don Heliodoro anda mal de la cabeza y ya no sabe fajar á las madres ni envolver á las criaturas. Anteayer, en casa de López el senador, pidió una aguja y quiso abrirle las orejas á un chiquillo, creyendo que era hembra. Después cogió la faja destinada á la parida y se la puso á López en la cabeza á guisa de turbante.

—¿Qué hace usted?—le dijo el senador.

—¡Caramba! Estoy aturdido, créalo usted—contestó D. Heliodoro.—Pero no tiene nada de particular, porque hay cosas que desesperan á uno.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia?

—Sí, señor; por más libros que consulto, no he podido averiguar todavía si Cristóbal Colón usaba calzoncillos. Unos historiadores dicen que sí, otros lo niegan terminantemente, y el mismo Pando y Valle, que es secretario de la Unión Iberoamericana, no puede asegurar ni una cosa ni otra.

—Bueno; por de pronto lo que conviene es que faje usted á mi esposa.

—Se la fajará.

Y se puso á envolver á la senadora como si estuviese liando un baúl, hasta que el senador consorte tuvo que tomar cartas en

el asunto y echó por las escaleras á D. Heliodoro.

En su casa no hay quien lo sufra, porque él quiere reunir más datos sobre Colón que todos los conferenciantes del Ateneo juntos; y como no consigue lo que desea, la toma con la chica y siempre le está haciendo salir los colores á la cara.

—Anda de ahí, sinvergüenza—le dice. —¿A que no sabes quién ha sido Isabel la Católica?

—No, señor.

—¡Bruta, más que bruta! Tienes menos entendimiento que una mesa de noche. ¿De qué es la sopa?

—De arroz.

—¿De arroz? Si no fuera porque tengo que tomar unos apuntes, ahora mismo te rompía en la cabeza este diccionario etimológico. ¿No te he dicho que aborrezco la sopa de arroz?

Otras veces coge á la criada y le lee unos cuantos párrafos de su discurso.

—A ver, siéntate ahí y díme tu opinión con toda franqueza. Voy á leerte un capítulo relativo á la vida de Colón; se titula así: «*Colón en el hogar*. El ilustre descubridor del Nuevo Mundo no desdeñaba los quehaceres domésticos. No sólo hacía las camas, atándose previamente un pañolito

á la cabeza para que no le entrase el polvo, sino que también guisaba por pura afición. Las patatas fritas eran una de sus especialidades, y créese que más de una vez obsequió al padre Marchena con riquísimos platos de arroz con leche, aderezados por el intrépido navegante en el fogón de una amiga y admiradora suya, hija de un sastre.»

La criada dice que se quiere marchar de aquella casa porque su señorito está loco.

No nos atrevemos á decir otro tanto; más bien creemos que estará tonto, como les sucede á algunos conferenciantes del Ateneo.

Ejercicios gimnásticos.



Los que no pueden salir de Madrid en el verano por falta de recursos ó por odio á los viajes, ó por miedo á lo desconocido, se dedican á los recreos propios de la estación y toman horchata, pasean en paños menores por el comedor y asisten al circo ecuestre.

No hay cosa peor que acostumbrarse á estos espectáculos. Empieza uno por ir á

ver la pantomima acuática y acaba por enamorarse de los ejercicios de una amazona ó de los juegos malabares de un *jongleur* ó de los saltos prodigioso de un *clown.*

Nadie está libre de contaminarse, y el espíritu de imitación nos conduce muchas veces á realizar ensayos peligrosos.

El niño de los Sres. de Gorrete ha visto trabajar á Mlle. Periquet sobre un caballo en pelo, y desde aquel día no hace más que subirse á los muebles y querer que la criada se eche de bruces sobre los ladrillos para ponérsele de pie en la rabadilla y azotarle los lomos con una caña.

La otra tarde estuvo á visitar á los señores de Gorrete un sacerdote extremeño que ha venido á la corte á conferenciar con Rico, el de la salchichería, y en cuanto le vió el niño se puso á darle latigazos y á pasarle la mano por la piel como si se tratara de un potro amaestrado.

Ofendióse el presbítero, como era natural; pero Gorrete, padre, le tranquilizó diciéndole:

—No se incomode usted, D. Robustiano. Son cosas que hace esta criatura desde que estuvo en el circo. En cuanto ve á una persona robusta se hace la ilusión de que es una caballería.

Nada tiene de extraño que los niños



quieran imitar á los domadores y traten de seguir las huellas de los equilibristas. Hay personas formales que vuelven del circo y se ponen á dar volteretas en la cama, ó bien cogen á sus señoras por debajo de los brazos y las arrojan sobre un baúl para probar sus fuerzas.

Anda, Nicasia, súbete á la mesa y lánzate sobre mí á ver si consigo recibirte en mis brazos, como hace la *familia Mariani*—dice á lo mejor un marido cariñoso, hincando en tierra la rodilla y preparándose á recibir á su esposa.

Ella, por complacerle, se arroja desde la altura y derriba al marido, y rompe con la frente una jofaina, y cae por último sobre la mesa de noche, haciéndola polvo.

Pero al día siguiente se olvida de todo y vuelven los ejercicios gimnásticos, en los que toman parte, no sólo los cónyuges, sino también la criada y un amigo que va á visitarlos y á quien dice el amo de la casa:

—Hombre, me alegro de que vengas.

—¿Por qué?

—Porque me vas á hacer el favor de echarte en el suelo, boca arriba. Tengo el capricho de ver si me sostengo con una sola pierna encima de tu vientre.

—¡Demonio!

—Anda, hombre; no tengas cuidado.

El amigo se somete de mala voluntad y pasa por lo de echarse en el suelo; pero en cuanto le ponen el pie en la barriga, se incorpora furioso y empieza á descargar cachetes sobre todos los circunstantes, empezando por su amigo y concluyendo por la esposa de éste.

La monomanía de la gimnasia suele traer consecuencias graves. Hay un senador vitalicio, hombre serio, que forma parte de sinnúmero de comisiones parlamentarias y es autor de una obra sobre «los orígenes del municipio y la desaparición de la media luna de la culta Europa,» el cual senador se presentó la otra noche en la Sociedad Geográfica con un ojo lo mismo que un merengue.

Al verle los demás socios le preguntaron solícitos cuál había sido la causa del descalabro, y el hombre contestó que se le había caído encima una cuñada suya; pero la verdad fué que quiso hacer juegos malabares con dos botellas de agua de Seltz, y una se le vino encima del ojo y con la otra rompió la lámpara del pasillo y una sombrerera de cuero, y por poco mata á la senadora, que estaba en aquel momento dándose colorete detrás de una puerta.

Cuando vamos al circo y vemos á esos

excéntricos notables que juegan con media docena de cuchillos y sostienen en la punta de la nariz una varita sobre la cual gira vertiginosamente un plato, creemos de buena fe que la cosa es fácil de realizar, y en cuanto tenemos ocasión, ya estamos haciendo experimentos sobre la cama; pero á lo mejor se nos viene encima el plato, los cuchillos y la vara, ó bien perdemos el equilibrio y vamos á dar con la cabeza contra los boliches del catre, produciéndonos descalabraduras de consideración.

Entonces es cuando comprendemos los peligros que encierra la manía de «hacer títeres» y la razón que tienen nuestras esposas al decirnos:

—El día menos pensado vas á tener un disgusto serio. Déjate de juegos peligrosos, que estás acabando con la vajilla.

Anda por ahí un fosforero que parece un sapo y tiene en la espalda una chepa lo mismo que un saco de noche.

—¿De qué ha sido eso?—le preguntamos en cierta ocasión.

—De la gimnasia—nos contestó.—Mi papá, procurador acreditado, que era loco por el circo, andaba siempre por casa en calzoncillos de punto, y todo su empeño consistía en cogerme por las piernas y ponerme de pie en los hombros. Un día me

dejó caer sobre una cómoda y me rompió por el eje. A él se le fué la cabeza y cayó sobre mi madre, que estaba en meses mayores y falleció á consecuencia del susto. Mi padre quedó resentido del brazo y tuvo que dejar la «procura;» desde entonces la situación de mi casa se hizo insostenible y yo tuve que dedicarme á la venta de fósforos.

—Y su papá, ¿vive?

—Sí, señor, vive, pero con vilipendio. Estaba en una portería del barrio de Pozas; pero una tarde se empeñó en enseñar á una criada á dar volteretas y la rompió el espinazo, á consecuencia de lo cual le llevaron á la cárcel y allí está pudriéndose hace diez y ocho meses.

No nos cansaremos de aconsejar á nuestros lectores que huyan de la gimnasia casera, si quieren conservar á su familia.

¡BONITO VIAJE!

Don Ceferino Camastro ha llegado á Madrid con objeto de presenciar las fiestas de San Isidro y conocer la capital de España.

Es la primera vez que sale de su pueblo, porque hace muchos años tuvo la desgracia de casarse con una viuda reumática que se pasa la vida en un ¡ay! envuelta en franela amarilla, y no ha querido nunca dejarla sola.

—Camastro, cógeme esta pierna y ponla encima del velador, á ver si encuentro algún alivio—dice la infortunada Mariquita.—Camastro, ayúdame á dar la vuelta; Camastro, estírame las articulaciones; Camastro, ráscame el cogote, que yo no puedo.

Y él, con cariñosa solicitud, ayuda en todas sus funciones á la elegida de su corazón y comparte con ella los sufrimientos.

—Yo de buena gana iría á Madrid, para no morirme sin conocer esa gran población. Pero ¿cómo dejo sola á Mariquita?—decía Camastro.

Pero al fin parece que la enferma se ha aliviado con una pomada nueva inventada



por un guarda-aguja de la línea de Alicante, y Camastro se vino á Madrid dispuesto á todo.

—¡Caramba! ¡Qué gusto da ir en el tren!—decía á sus compañeros de viaje.

—¿Es la primera *ves* que *viaca ustet*?—le preguntó un comisionista catalán.

—Sí, señor, porque yo llevo veintiún

años de matrimonio, ¿sabe usted? y á mi esposa la tengo baldada á consecuencia de una caída. Estaba sentada sobre un cesto, haciendo media, porque tenía esa costumbre, y perdió el equilibrio; después la cogió un aire, y ya no ha vuelto á mover los remos.

—¿Y va *ustet* á *Madrit?*—preguntó el catalán.

—Sí, señor. Hay que echar una cana al aire. Hace muchos años que deseo conocer á San Isidro personalmente, porque he leído su historia, y además una cuñada de mi mujer se llamaba Isidra; es un nombre que estimamos todos los de casa. Aparte de esto, tengo en Madrid un amigo de la niñez; puede que usted le conozca: D. Lesmes del Besugón.

—¿Es del *comersio?*

—No, señor; él fué de la curia, pero luego se arrimó á González Brabo, y hoy es senador completamente vitalicio. Nos queremos mucho, y siempre que está de días, ó da á luz su esposa, ó sale de alguna enfermedad, le escribo remitiéndole algún obsequio. Lo último que le remití fué un lomo adobado y dos docenas de alcachofas, porque sé que le gustan.

—¿Y es hombre de *posisión?*

—Excelente. Cuando estuvo en el pueblo, hace dos años, con su señora, todos nos quedamos maravillados. Había usted de ver qué lujo; yo me los llevé á mi casa, y allí estuvieron los dos, cerca de veinte días, sin faltarles nada absolutamente. Con decirle á usted que sólo en albondiguillas gastamos un jamón. La señora es muy franca y siempre estaba pidiendo cosas nuevas. «A ver, que me traigan un pollo asado. Que me frían una chuletita. Que me hagan un flan» No he visto señora de carácter más abierto; cuando se fué quiso llevarse, como recuerdo, dos docenas de chorizos, y yo me empeñé en que se llevase, además, un queso y una escopeta de dos cañones que le gustaba mucho á Besugón. Ahora, como es natural, pienso residir en su casa, porque él me la ha ofrecido muchas veces y siempre me estaba diciendo: «Mira que, si vas á Madrid, no permito que te metas en una fonda. Mira que, si me desairas, vamos á tener un gran disgusto.» Yo le contestaba: «¿Cómo quieres que deje sola á Mariquita? ¿Quién va á darle las fricciones y á ponerle la franela, no estando yo?»

En éstas y las otras, el tren se detuvo en la estación de Madrid, y Camastro echó pie á tierra, radiante de júbilo.

Lo primero que hizo fué preguntar á un mozo:

—Diga usted, ¿está muy lejos la casa de D. Lesmes?

—¿Qué D. Lesmes?—dijo el interpelado.

—D. Lesmes del Besugón. ¡Parece mentira que usted no le conozca!

—¿Sabe usted la calle?

—Sí, calle del Horno de la Mata, número 93.

—Pues andando.

El mozo cogió la maleta, Camastro se sacudió el polvo del camino, saludó respetuosamente á los guardias de orden público, porque es persona muy fina, y echó á andar detrás de su *cicerone*.

—¡Qué sorpresa van á tener en casa de Lesmes!—iba diciendo por el camino.—¡Y cómo van á sentir que no me acompañe Mariquita! Pero no era cosa de traerla metida en un cesto... No hay como tener amigos cariñosos.

—Aquí es—dijo el mozo, parándose frente á un elegante portal en la calle del Horno de la Mata.

Camastro cogió la maleta, después de despedir al mozo, y subió las escaleras lleno de felicidad.

—¿Están los señores?—preguntó á la criada.

—Sí, señor.

—Pues dígales usted que soy Ceferino.

—Pase usted á la sala.

—No, no, si soy como de la familia...

El corazón de Camastro latía con violencia.

—¡Qué alegría tan grande voy á proporcionar á estos buenos amigos! !Cómo se van á sorprender cuando oigan mi nombre!

D. Lesmes apareció en el pasillo.

—¿Conque eres tú?—dijo con acento de asombro.

—Yo, que me he decidido á haceros una visita.

—¡Cuánto me alegro!

—Y yo.

—Pues nada, chico, vente á almorzar mañana con nosotros.

—(¡¡ !!)





¡DON SEVERO!

Yo, á las personas bromistas, les tengo un miedo cerval.

Aún me está doliendo un puñetazo que me atizó en este hombro (el derecho) un mi amigo, bromista como pocos. En cuanto me ve, viene por detrás y me sacude dos ó tres trompadas en el cogote, ó bien me tapa los ojos con ambas manos, ó me mete

la contera del bastón por un oído, ó me muerde en un hombro.

Pero ¿qué remedio me queda más que aguantarme? ¿Me voy á enfadar por una simple broma? Sería ridículo. Lo que hago es devolverle la caricia, y unas veces le doy con el puño cerrado en un ojo, otras veces hago presa en su bigote y se lo estiro, y otras le suelto una patada en la boca del estómago. Y los dos nos quedamos tan contentos.

Son bromitas nuestras.

A esta clase de sujetos, bromistas de suyo, pertenece Atilano Veludillo, escribiente cuarto del Tribunal de Cuentas del Reino. Es un joven de prendas estimables que entra en la oficina todas las mañanas bailando la mazurka, y lo primero que hace es subirse á una mesa y dirigir un discurso en portugués á sus compañeros de negociado para pintarles las excelencias de las sopas de ajo.

—Ya está aquí este demonio—suele decir D. Casto, oficial de la clase de quintos.—Pero ¿cuándo va usted á sentar esa cabeza?

—Nunca—responde Veludillo, y se precipita en brazos de D. Casto, dándole media docena de besos sonoros en ambas mejillas.

El día que Veludillo no asiste á la oficina porque está enfermo ó porque tiene que ir de *juerga* á las Ventas, ó por otra causa semejante, en aquella casa parece que falta algo esencial, y D. Casto es el primero que dice con cierta amargura:

—¡Caramba! Parece que no, y se nota la ausencia de ese demonio de Veludillo.

—Ya lo creo que se nota—agrega otro de los funcionarios.

—Es un calavera, no hay que negarlo, pero tiene un fondo excelente.

—¡Oh! ¡Lo que es eso!...

—Cuando yo tuve la última fiebre eruptiva, ni un solo día dejó de ir á mi casa para saber de mí y consolarme. El pobrecito se metía en un rincón de la alcoba y allí se pasaba las horas muertas enseñándole á mi cuñada la marcha del tute.

—Para cuidar á un enfermo es una especialidad. ¡Si le hubiera usted visto, como le vi yo, dándole friegas en la espalda á un pobre albañil, vecino suyo, que se había caído por las escaleras!

El caso es que á Veludillo le quieren todos los de la oficina, apesar de las bromas. El único que no participa de este sentimiento generoso es D. Severo, el jefe superior del negociado.

A éste no hay quien le hable del joven

bromista, porque se pone furioso y á cada paso dice, después de descargar un puñetazo sobre la mesa:

—A ese títere el mejor día le cojo por el rabillo del pantalón y lo estrello. ¿Qué se ha figurado ese mono? ¿Que la oficina es cosa de juego? Pues se lleva chasco. Aquí, el que no guarde los respetos que se merece este alto tribunal, queda *ipso facto* declarado cesante.

El jefe era hombre irascible, porque padecía una gastralgia crónica, adquirida en el archipiélago filipino, donde había desempeñado destinos de suma importancia. Contábase de él que siendo gobernador de Ilo-Ilo había mandado matar en un solo día docena y media de indios bravos para forrar con sus pieles una sillería y hacer dos petacas.

D. Severo, después de muchos años de ausencia, había vuelto á España casado con una mestiza, y esto, unido á la gastralgia, producía en su ánimo tal irritabilidad, que en cuanto le contrariaban en lo más mínimo, ya estaba cogiendo el cepillo de las botas y golpeándose con él, ó bien se echaba mano al bigote y se lo retorcía con furia hasta arrancarse varios pelos.

Veludillo respetaba profundamente á D. Severo, y más de una vez se había vis-

to sorprendido en sus juegos por la voz de éste, que gritaba furioso desde su despacho:

—¡Silencio, Veludillo! ¡Ó se calla usted, ó lo echo de la oficina!

Entonces el infeliz escribiente perdía su buen humor y bajaba la cabeza, como si tratase de ocultarla dentro del cesto de los papeles.

Otras veces, D. Severo en persona se presentaba en el despacho de sus subalternos, para decirles con acento iracundo:

—En todo el día no cesan ustedes de reir. Voy á dar parte al presidente del tribunal. La culpa de todo la tiene Veludillo, y un día hago una barbaridad.

Pero pasada la primera impresión desagradable, éste volvía á ser el joven bullicioso y alegre que todos conocemos.

—Vamos, D. Casto—decía una tarde Veludillo acariciando la calva de su compañero de oficina,—recite usted algo del *Tenorio*; ya sabemos que es usted un actor consumado.

El oficial aludido, que no andaba bien aquel día del estómago, dejó á Veludillo con la palabra en la boca, y cogiendo su sombrero, salió del despacho precipitadamente.

—¿Me desprecias, viejo insano?—gritó

Veludillo en tono trágico.—Pues bien, ¡yo me vengaré!

Y colocándose detrás del portier de la entrada, se dispuso á esperar el regreso de D. Casto para darle un buen apabullo.

Pasó un cuarto de hora.

Oyéronse pasos en el corredor.

El corazón de Veludillo latió precipitadamente.

Y sin abandonar su escondite, y ocultándose detrás de la cortina, levantó el brazo para dejarlo caer pausadamente sobre el sombrero de copa del recién llegado.

Este rugió como una fiera herida.

Veludillo entonces, haciendo una graciosa pirueta, fué á colocarse frente por frente del agredido...

¡Y el agredido era D. Severo!

SOLTERONES



Sí; el matrimonio tiene muchos inconvenientes, pero ¡mire usted que los solterones pasan cada disgusto!

Yo he conocido un sujeto que no había querido casarse nunca, y el pobre vivía solo y sin más auxilio que el que le proporcionaba la portera, mediante una cantidad mensual.

D. Pío—porque él se llamaba D. Pío—no paraba en su cuarto más que el tiempo

preciso para dormir y cuidar de su aseo. Comía en un fonducho y el resto del día lo pasaba en el café, ó en un banco de Recoletos, ó en la acera del ministerio de la Gobernación, viendo pasar las modistas.

La portera era la encargada de barrer el cuarto y hacerle la cama y fregarle la loza. El preparaba el almuerzo por su propia mano, y unos días almorzaba un huevo frito con patatas y otro día patatas fritas con un huevo, y así sucesivamente. A lo mejor se le incendiaba el aceite de la sartén, y al querer apagarle lo vertía encima de las babuchas ó se abrasaba los calzoncillos, y entonces prorrumpía en juramentos horribles que excitaban las murmuraciones del vecindario.

—Vecina, ¿quién gruñe por ahí?—preguntaba la del cuarto segundo desde la ventana del patio.

Y contestaba la otra:

—¿Quién ha de ser? El oso del tercero.

—Parece mentira que haya gente tan ordinaria.

—¿Qué quiere usted esperar de un hombre que no tiene afecciones de familia?

—Vive metido en su concha como los galápagos.

D. Pío no quería contestar, porque se cegaba y sabía que en soltando la sin hueso

iba á decir muchos desatinos, y empezaba á meter ruido con la mano del almirez para no oir los insultos.

A él solía fijársele un dolor en la espalda, por consecuencia de una mojadura, y cuando le daba el dolor tenía que llamar á la portera para que le pusiese un sinapismo. Entonces el infeliz se asomaba á la ventana y decía con voz doliente:

—¡Señá Pepa! ¿Quiere usted hacerme el favor de subir?

—¿Para qué? —preguntaba la portera desde el patio.

—Para que me ponga usted aquello.

—Ahora estoy pegándole al chico, porque le encontré pintándose los pantalones con yeso de los albañiles. ¿Puede usted esperar?

—No, señora; me duele mucho.

—Pues yo, hasta que le pegue, no puedo hacer nada.

D. Pío entonces mojaba el sinapismo y se lo ponía solo, pero casi nunca en el sitio del dolor, y para realizar la cosa tenía que echarse en el suelo y retorcerse como una lagartija.

A lo mejor llamaba el carbonero y don Pío iba á abrir sujetándose el sinapismo con la mano derecha y tapándose la boca con la izquierda para no coger aire.

—¡Válgame Dios!—le decía el industrial.—¿Por qué no toma usted una criada?

—Porque quiero evitar las murmuraciones. Ya sabe usted cómo tiene la cara la portera, que parece un sombrero hongo, y sin embargo, se ha dicho de nosotros que habíamos tenido dos criaturas y las habíamos matado entre los dos con el cuchillo de la cocina.

—No haga usted caso de chismes.

Por muy mal que le hubiera ido al buen señor en el matrimonio, nunca se vería en casos tan tristes. En fin, el hombre comenzó á perder el apetito y á echar enteras las patatas en cuanto tenía un poco de tos, hasta que una mañana subió la portera á ver si estaba allí su gato, y encontró á don Pío de cuerpo presente debajo de la mesa de la cocina.

—D. Pío, ¿qué hace usted ahí?—preguntó alarmada.

Pero él no contestó; en vista de lo cual la portera se fué diciendo:

—¡Jesús, qué hombre! Sólo á él se le ocurre irse á morir debajo de una mesa.

Y al día siguiente enterraron á D. Pío, sin lágrimas ni acompañamiento, como quien entierra á un gato que fallece de moquillo.

*
* *

Hay otros solterones con casa puesta y criada *amorosa*, que pasan las penas del purgatorio y están deseando morirse buenamente ó que les maten por equivocación al revolver una esquina. Á este género pertenece D. Heliodoro, que tiene una criada joven, pero fea, á quien dice con la mayor amabilidad del mundo:

—Rosita, ¿quieres traerme un vasito de agua con azúcar?

Y contesta Rosita:

—¿Te vas á esperar? ¿Sabes?

—Mujer, tengo una sed rabiosa.

—Bueno; pues te esperas, ó te vas á beber á la cocina.

D. Heliodoro me convidó á comer el jueves. No hicimos más que entrar en su casa, y Rosita nos dirigió una mirada iracunda.

—Traigo á este amigo para que coma aquí—dijo D. Heliodoro á la criada.

—¡En buen día le ha convidado usted!—gruñó ella.

—¿Por qué?—se atrevió á preguntar el amo.

—Porque he tenido que salir, y sabe Dios cómo estará la comida.

—No importa; es un amigo de confianza.

Rosita salió de la habitación refunfu-

ñando, y media hora después gritaba con muy malos modos:

—A comer.

Nos sentamos á la mesa. D. Heliodoro me sirvió un buen plato de sopa; pero yo no pude tragarla, porque sabía á carbón de piedra; después vino el cocido, y aquéllos no éran garbanzos, sino balines.

—¡Pero, Rosita, mujer!—se atrevió á decir D. Heliodoro.—Esto está muy malo.

—¿Sabes lo que te digo?—gritó Rosita, perdiendo la serenidad y prescindiendo de las conveniencias sociales.—Que tomes una cocinera; porque me tienes muy harta, y respeto á este caballero, que lo demás...

Al hablar así, había cogido una libreta y la enarbolaba furiosa como si quisiera rompérsela á su amo en la frente.

El se puso de pie, tratando de calmar á aquella fierecilla, y yo, aprovechándome de la confusión, tomé el portante, pensando no volver á aceptar convites en casa de los solterones que tienen criadas jóvenes, sean ó no bien parecidas.



CRISIS PARCIAL

I

Don Aniceto, entrando en su casa muy agitado:

—Manuel, Manuel... La comida cuanto antes, y si viene algún recado para mí, me avisas inmediatamente. ¡Jesús! ¡Qué calor y qué emociones!... Hay crisis. Esta vez la cosa es inevitable... ¡Manuel! ¿Está sordo ese chico? ¡Manuel!...

Sácame el frac y el pantalón y el chaleco y la corbata blanca y las botas de charol. Hay que ver si esas prendas tienen alguna mancha para quitársela inmediatamente. ¿Que si voy de baile? No es eso, Manuel; es que el ministerio está en crisis y yo seré uno de los llamados.

¡Hombre! A ver si puedes reventarme este granito que tengo junto á la nariz. No me parece bien presentarme á jurar ante las instituciones con este cutis. Aprieta un poquito. ¡Uy!... No seas tan exagerado... ¿Está ya? Perfectamente. Ahora, úntate el dedo con aceite y pásamelo por encima. ¡Ajajá!

Pues sí, Manuel; el jefe me lo ha dicho muchísimas veces. «El día que tengamos modificación ministerial, cuente usted con una cartera.» ¡Naturalmente! Yo he hecho mucho en favor del partido; yo he llegado hasta regañar con mi cuñada porque se puso en relaciones con un diputado de oposición. Yo he hecho verdaderos sacrificios por la libertad y por la patria. El año 68 estuve metido en una tinaja dos días y medio para sustraerme á la presencia de la policía. Soy hombre que puedo aspirar á una cartera, porque además tengo facilidad de expresión, aunque me esté mal el decirlo.

¡Mira lo que son las cosas!

Cuando chiquitín, ya mi madre decía siempre que yo iba á parar en algo grande. ¡Predestinaciones de las personas!

Mi primer discurso levantó una tempestad en las Cortes. Me acuerdo que un diputado novel que se sentaba á mi derecha no pudo reprimir el entusiasmo y me mordió en una pantorrilla.

¿Que si entraré en Fomento? Eso no te lo puedo decir todavía, pero me parece que voy á Ultramar. Como yo he hablado muchas veces de la triste condición del negro y de su tufillo natural, es fácil que el jefe haya fijado en mí los ojos para esa cartera.

¿Qué traes ahí? ¿La levita? No, hombre, no. ¿Había de ir á jurar de levita? Mientras no me hagan el uniforme tendré que llevar el frac...

¡Caramba! ¡Qué arrugas tiene en los faldones! A ver si tú mismo puedes quitárselas con una plancha. ¿Qué dirían los gentileshombres de palacio si lo vieran así? ¡Ellos que son tan elegantes!...

Pues, sí, Manuel. Hay crisis. Y por esta vez no cabe duda. El jefe me lo ha dicho de una manera categórica, pero yo no me he atrevido á preguntarle nada respecto de mi cartera. Hay que proceder con diplomacia y no demostrar impaciencia. Lo que

está de Dios sucede al fin y al cabo, y yo soñé la otra noche que me habían dado la cartera de Ultramar y que había descubierto la manera de desteñir á los negros, valiéndome de un cocimiento de albayalde y leche de ovejas.

¡Ah! La comida. Ya me había olvidado de ese detalle. Cuando uno está en vísperas de ser gobierno no piensa más que en los problemas políticos y en los altos intereses de... Llévate la sopa.

Quiero acabar pronto para ir á la presidencia del Consejo; de seguro que el jefe me anda buscando. Tú, mientras, me preparas la ropa de etiqueta, porque será muy posible que tengamos que jurar hoy mismo.

¿Qué es esto? ¿Ternera? No, no la quiero. ¿No hay merluza? ¿Sí? Pues tráemela. He podido notar que el pescado me entona, y un día como hoy necesito estar con la cabeza muy firme. ¡Figúrate! ¡Un hombre que va á encargarse de una cartera! ¿Que tienes un primo en Cuba? Pues si quieres te lo traigo á la Península. ¿Es blanco? Perfectamente. Hombre, no te ofendas, porque podría ser negro; yo tuve una tía mulata oscura, y no creo que sea ninguna deshonra.

¿Qué hay de postre? ¿Queso manchego? Hombre, no parece propio que se entre-

gue á ese vulgar alimento una persona que está con un pie aquí, con otro en el ministerio de Ultramar y con otro en la aristocracia, como quien dice.

Vete á buscar unos pastelillos á la tienda de abajo. Que sean tiernos; di que son para mí.

Puede que á estas horas ya haya circulado la noticia de mi próximo nombramiento. Ya verás cómo al pronunciar mi nombre se sonríe el tendero...

Ea, ya estoy listo. Abur; tenlo todo arreglado para dentro de una hora, y si viniese alguna carta para el ministro de Ultramar, recíbela, porque será para mí seguramente.

Ya verás cómo se nos llena ese pasillo de pretendientes, y cómo me van á marear con recomendaciones.

¡Ah! Díle á la cocinera que desde mañana ponga dos principios y que compre queso más decente.

(D. Aniceto consulta el reloj, se arregla la corbata y sale tarareando el himno de Riego.)

II

¡Manuel! ¡Manuel! ¿No ha venido ninguna carta para mí? ¿No han dejado nin-

gún aviso de parte del jefe? ¿No? Pues me extraña.

Sí; vengo de la presidencia, pero no me ha parecido oportuno preguntar nada al jefe, y he resuelto meterme en casa para esperar el aviso. Lo probable será que me pongan dos letras dándome la noticia.

Aquello está lleno de políticos y no querrá decírmelo de palabra para que no se enteren.

El caso es que me devora la impaciencia... Voy á salir, á ver qué se dice en los círculos políticos.

—Ea, abur.

III

¡Manuel! ¡Manuel! ¿Hay algo? ¿No? ¿No ha venido ninguna carta? ¡Por vida de!...

He estado en el círculo, en el salón de conferencias, en el café, y ¡nada! No se sabe todavía quién entra en Ultramar. A estas horas puede que ya venga por el camino el ordenanza con la noticia de mi nombramiento.

El caso es que no tengo paciencia para estarme aquí hecho un pasmarote; allá voy... sí, á la presidencia otra vez. ¿Quién sabe si el jefe me andará buscando por

los pasillos para darme la noticia verbalmente?

¿Has quitado las arrugas del frac? Bueno. Abur, y si durante mi ausencia recibes alguna carta, ponla en la bandeja y envuelve los pastelillos en un papel. Desde hoy, ya lo sabes, todas las cartas me las presentas en la bandeja.

IV

¡Manuel, Manuel! No, no me des el traje de etiqueta. No es eso lo que necesito. Dame una taza de tila, ó si no dame el queso manchego, porque me mata la debilidad y la desesperación.

¿Que qué sucede? Pues ocurre que he ido á preguntar al jefe si era yo el nombrado, ¡y por poco me pega!...





HOMBRES FÚNEBRES

Los hay á docenas.

Por ahí andan, vestidos de negro, con los ojos hundidos, la tez amarillenta y la nariz afilada en forma de percebe.

No es que el destino les persiga con sus rigores ni que carezcan de la necesaria alimentación ni de la ropa de uso propio; es que han nacido tristones de suyo y se pa-

san la vida poniendo los ojos en blanco, frunciendo el entrecejo y apoyando la frente en la mano derecha, como si tuviesen un dolor sordo en los riñones.

Más que personas con movimiento propio, parecen difuntos animados por una maquinilla que llevan en la parte de adentro.

Los hombres fúnebres son, por lo general, unos seres dichosos que cobran sueldo del Estado ó que han obtenido pingüe herencia por muerte prematura de una tía ó de cualquier otro individuo soltero y acaudalado.

Pero quien les vea suspirar y contraer las cejas y secarse el sudor de la frente con el índice, creerá de fijo que viven bajo la presión de un gran infortunio ó que tienen una solitaria de cinco ó seis metros y no la pueden mantener.

A nuestra reunión de la cervecería asiste uno de estos fúnebres empedernidos, y siempre está diciendo que el mundo se va á acabar de un momento á otro, y que el mejor día viene aquí una lluvia de fuego y esperma derretida, que dará al traste con el género humano.

El se encarga de verter el jarro de agua fría sobre todos nuestros regocijos, y basta que vea á uno satisfecho porque ha estrenado cuello postizo, ó porque se le ha



casado la suegra, para que procure apagar su entusiasmo con una frase amarga de esas que brotan de las tumbas.

—Sí, sí—dice él;—ríanse ustedes, cuando hay por ahí un garrotillo que asusta. En este instante dejo á mi portera dando las boqueadas.

—Pero ¿ataca á las personas mayores?

—A todo el mundo, hasta á los senadores vitalicios.

Para él nadie tiene seguro el día de mañana, y cuando se le pregunta por qué está siempre triste, contesta que porque este mundo es un abismo sin fondo, y porque en menos de un mes se le han muerto dos novias, una de las viruelas y la otra de un flemón, que al principio no era nada y luego resultó gangrenoso y con ramificaciones.

—¡Caramba!—dice á lo mejor, encarándose con cualquier amigo.—¿Qué tiene usted en la nariz?

—Pues una rozadura. Fuí á abrazar á un sacerdote de mi pueblo y me dió, sin querer, con la teja.

—No; eso no es tan insignificante como usted se figura; tiene usted ahí un quiste maligno.

—¿Cómo?

—Lo primero que va usted á hacer es á

bañar la nariz en espíritu de vino; después la envuelve usted en algodón en rama hasta que sude. Si á las veinticuatro horas no ha desaparecido, llama usted á Rubio para que la ampute ó la recorte.

—Pero...

—No me gusta alarmar á nadie, pero tuve yo un amigo en Filipinas, de la estatura de usted, aunque más fuerte y mejor formado, y de pronto, ¡tras! perdió la nariz á consecuencia de un susto.

A todos los de la reunión nos trae azorados el tal sujeto, y más de una vez he tenido que decirle:

—¡Hombre! Háganos usted el favor de sonreir, aunque sea poquito. Esa no es cara, es un pasillo oscuro.

Pero él no ceja en sus propósitos, y siempre está viendo á su alrededor cadáveres insepultos, espectros ensangrentados y personas mayores sin cabeza.

Llega al café y llama al mozo con acento dolorido y como quien pide socorro:

—¡Braulio!

—¿Qué va á ser?—pregunta el aludido.

Nuestro hombre eleva al cielo la mirada y contesta tristemente:

—Café.

—¿Con leche?

—¡Solo!

Esta frase la pronuncia haciendo uso de su acento más triste, como si quisiera indicar que el mundo es un desierto, sin más habitantes que él y su criada, una mujer verdosa y larguirucha, que está en un todo conforme con el carácter de su señorito, á quien ensalza frecuentemente diciendo á las vecinas:

—Es un hombre que sufre mucho. Habrá pocos más tristes que él.

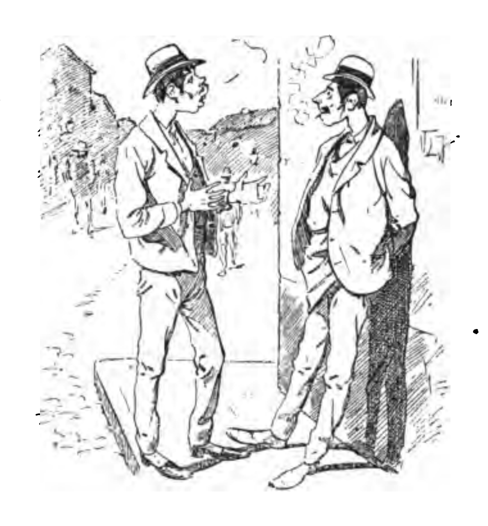
—¿No tiene dinero?—le preguntan.

—Dinero no le falta.

—¿Y salud?

—Es más fuerte que un roble; pero cualquier cosa le llega al alma. Días pasados le cayó una gota de esperma en el pantalón que tiene para ir á la oficina, y estuvo dos noches llorando con la cabeza metida en una bufanda...

Así es la mayoría de los hombres fúnebres.



UN JOVEN «DEBUTANTE»

I

Tú lo que debes hacer es dejar el oficio y dedicarte al canto definitivamente. ¿No eres tenor? ¿No te lo han dicho *muchismas* personas? ¿No has cantado ya en Ríus con buen *ésito*?

—A mí lo que me falta es *excena*.

—Eso lo aprendes al instante. Mira tú:

Monifacio, el *Meños*, cuando empezó, no sabía qué hacerse con la mano derecha, y unas veces se la metía en el bolsillo y otras se la guardaba en el chaleco, y cuando tenía que «echar» una relación un poco larga, era hombre perdido, porque le estorbaban los brazos y las piernas y la cintura y todo. Pues míralo ahora: en cuanto se pone á declamar, da gusto ver cómo menea todo su cuerpo.

—Bien, pero ya sabes que yo quiero ser *aztor* de zarzuela seria.

—Mejor. Los tenores serios no necesitan moverse tanto, y si no, ahí tienes á uno que canta en *Price*. Sale, se arrima á una mesa, apoya la mano en el puño del espadín, pone la otra encima del corazón, y allí se está dando manotones y cantando dúos sin meterse con nadie.

—Puede que tengas razón.

—Nada, nada; tú te vas á ver á un empresario y le dices que quieres *deburtar*. sin pedirle sueldo por ahora. ¿No te sabes entera la *Marina*?

—Sí; me la enseñó D. Venancio el que estuvo de portero interino en casa de Arrieta.

—Pues se la cantas toda, y él, en cuanto te oiga la voz, tengo la seguridad de que te *aceta*.

—Me temo que *haiga* dificultades.

—No seas tonto.

—Estoy por no ir mañana al taller, y eso que tengo entre manos una chistera para una persona importante.

—¿Para algún *aztor?*

—No; para un sobrino de Navarro Reverter, que quiere ir á ver á Cánovas, y le corre mucha prisa el sombrero.

—Díle al maestro que lo haga él y que se fastidie. Si yo tuviera esa voz, cualquiera me hacía á mí coger la plancha. Conque ya lo sabes, Niceto; busca una recomendación para el empresario y que te oiga cantar, y no te acobardes, y háblale clarito, que hoy los tenores andan escasos, y si uno te dice que no, te vas á otro, y guíate por mí y no seas tonto.

II

—¿De manera que usted quiere debutar?

—Sí, señor.

—¿De dónde es usted?

—De la sombrerería de Calvete.

—Pregunto si es usted del Conservatorio.

—No, señor; yo aprendí á cantar en la

calle de Trajineros, con una tía que estuvo de ama seca en casa de la *Zamacois* y le cogió todos los movimientos. Después me dió lecciones D. Venancio.

—No le conozco.

—Uno que se educó en la portería de D. Emilio Arrieta.

—Bueno. ¿Llega usted al *si* bemol?

—Yo no lo sé, pero con tal de salir al teatro soy capaz de llegar á todo lo que se me mande.

—Vuelva usted mañana á las once, que estará aquí el maestro.

—¿Qué maestro? ¿El mío? ¿Calvete?

—No, hombre, no; el maestro de música.

—¡Ah!

III

—El chico canta lo mismo que un cochero de punto.

—¿Cree usted eso?

—No tiene voz, ni voto, ni escuela, ni figura, ni nariz.

—Sí, es un poco chato, pero me ha dicho que no exige sueldo.

—Esa es una razón que convence á cualquier empresario.

—Un debut siempre es un debut.

—Naturalmente.

—Y por de pronto aseguramos una buena entrada.

—Eso no tiene duda.

—En fin, le avisaremos para que venga á ensayar desde mañana y usted me hará el favor de decirle que se esfuerce y saque toda la voz que tenga.

—Pero...

—¿Quién sabe si ese chico será un diamante en bruto?

—No; como bruto lo es, pero sin diamante.

IV

—¿Conque debuta usted mañana?

—Sí, señor. Debuto con *Marina*.

—¿Y tiene usted confianza?

—Si no la tuviera, no saldría al público. Eso es más claro que la luz. ¿No me conocía usted como tenor?

—Le conocía á usted como sombrerero únicamente.

—Pues he dejado el oficio y todo lo demás para dedicarme á la zarzuela. Ayer eché de casa á la Ramona, porque una mujer siempre le distrae á uno, y quiero ser tenor solamente.

—Por muchos años.

—Todos los que me han oído se han quedado locos.

—¡Pobrecillos!

—Quiero decir, que todos han dicho que tengo un gran porvenir, porque Berges se va á retirar.

—¿Adónde?

—No sabe aún si irse á la calle de Goya ó á un claustro; y yo me quedaré de tenor *asoluto*.

—Absoluto... ab... ab...

—Bueno; ésa es *petaca* minuta.

V

El debutante, presentándose en escena:

Costas las de Levante,
playa la de Lloret,
dichosos los ojos
que os vuelven á ver.

El público.—Pum... pum... schs... chssss...

El debutante.—*Dichosos los ojos*
que os vuelven á ver.

El público.—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que baile!

La Ramona (*desde la galería*).—¡Pillo!

¡Granuja! ¡Así se te cayera encima el telón de boca!... ¿No querías ser tenor? Pues toma castañas.

Salen á escena dos tramoyistas y recogen al debutante, que se ha caído desmayado encima del barítono.

—¡Abajo el telón!—grita el director de escena.

—¡Agua, agua!—murmura el debutante.

Y el empresario, arrimado á un bastidor, dice mentalmente:

—Bueno, ¿y qué? El resultado es que se han vendido todos los billetes...



LAS CUATRO PESETAS

(PÁGINAS DE LA VIDA DE UN AVARO)

I

Cuando D. Cirilo se sintió enfermo, llamó aparte á su mujer para decirle:

—Rudesinda, yo voy á tener que quedarme en la cama, porque me faltan las fuerzas; pero mientras tanto, ¿quién se ocupará en mis negocios? Pensaba demandar

el lunes á D.ª Aquilina, la viuda del brigadier, para que me pague los catorce duros que le he prestado, con más los noventa y siete de los réditos. También quería embargarle los muebles al inquilino de la calle de la Gorguera, que me debe mes y medio; además pensaba ir al Rastro, donde hay una liquidación de bacalao inservible á dos perros grandes el kilo.

—¿Para qué?

—Para comprar una buena partida y vendérsela después á mi cuñado el de Jadraque, que no entiende de bacalaos.

—Hombre, yo creo que tu enfermedad no ha de durar arriba de dos ó tres días. No conviene que te estés en cama, porque vas á ensuciar las sábanas, y aparte de esto, una enfermedad siempre ocasiona gastos.

—Eso digo yo; por muy malo que me sienta, no debemos llamar al médico. Lo más que puedes hacer es pedir los santos óleos, porque eso lo dan de balde.

D. Cirilo se fué agravando poco á poco, y no tuvo más remedio que llamar un doctor.

—Vamos á ver—le dijo,—¿usted cuánto cobra por cada visita?

—No hablemos de eso—contestó el discípulo de Hipócrates.

—Sí, señor; hay que hablarlo todo, porque después no me gustan cuestiones.

—Bueno, pues le cobraré á usted á diez reales por cada visita.

—¡Qué atrocidad! ¡Diez reales!

—Vamos, póngase usted en razón—dijo D.ª Rudesinda.

—¿Quiere usted siete?—preguntó el enfermo.

—Vamos, que no sea ni lo tuyo ni lo del señor. Le damos á usted siete y medio, y no hay más que hablar—replicó D.ª Rudesinda.

El médico bajó la cabeza, y D. Cirilo sacó la mano fuera de la cama, diciendo:

—Vaya, tómeme usted el pulso, y no me recete usted cosas muy caras, porque los tiempos no están para hacer desembolsos.

—Está usted muy débil—dijo el doctor, pulsando á D. Cirilo.—¿Se alimenta usted bien?

—Ya se ve que sí—contestó la esposa del enfermo.—Aún esta mañana se comió él sólo cerca de un cuarterón de hígado y dos avellanas tostadas que nos regaló la portera.

—Pues es necesario aumentar la alimentación. ¿Le gusta á usted la carne?

—Ya lo creo que me gusta; pero no la saca

usted menos de veinte cuartos la libra, y para eso hay que ir á comprarla á la calle de la Ruda.

—Y le dan á usted dos ó tres onzas de hueso—añadió D.ª Rudesinda.

—Coma usted buena carne, beba usted buen vino y buena leche, trabaje usted poco...

D. Cirilo abrió los ojos asustado. Su esposa se llevó las manos á la cabeza y el doctor se fué por el foro, después de decir que volvería al día siguiente.

—Si no lo cree usted de absoluta necesidad, puede usted ahorrarse la visita—exclamó D. Cirilo.—Anda, Rudesinda, págale al señor sus siete reales y medio.

—Mi deber profesional me obliga á volver mañana.

—¡Qué se le va á hacer!—murmuró doña Rudesinda enjugándose una lágrima.

Y ambos esposos se miraron en silencio durante cinco minutos.

—¡Nos va á arruinar!—dijo el enfermo sentándose en la cama.

—Hombre, haz un esfuerzo á ver si puedes levantarte; acuérdate de que tienes que desahuciar al inquilino de la calle de la Gorguera.

D. Cirilo trató de ponerse los pantalones, pero no pudo. Su esposa entonces le trajo

una cortecita de queso para reanimarlo.

—Anda, come un poquito, que tú lo que necesitas es alimento fuerte.

—¿Quién te ha dado este queso?—preguntó alarmado D. Cirilo.

—Se lo he quitado á la vecina del segundo cuando fuí á pedirle prestada la cazuela para cocerte la flor de malva.

—¡Qué rico es!

—Pues cómetelo todo, que estás muy débil y no debes escasear los alimentos.

Al día siguiente el médico notó que don Cirilo había empeorado y dispuso que fueran á la botica en busca de un medicamento.

Doña Rudesinda estuvo á punto de desmayarse cuando le dijo el boticario:

—Ahí tiene usted la medicina...

—¿Cuánto es?—preguntó ella, lanzando un suspiro.

—Tres reales y medio.

—¡Tres reales y medio! ¡Qué escándalo!

A fuerza de regatear le rebajaron un perro chico, y no contenta con esto, le pidió al boticario dos ó tres hojitas de flor de malva, como propina, por si había que hacer cocimiento.

Don Cirilo supo lo de los tres reales de la medicina y se puso peor.

—Vaya, no te aflijas—le decía su espo-

sa.—Lo primero es la salud. Anda, toma la cucharada.

—No, no me des más que la mitad, para que dure todo lo posible.

Al día siguiente, cuando llegó el médico, D. Cirilo estaba medio helado.

—Hay que abrigar á este hombre—dijo el doctor con malhumorado acento.—Cómprele usted un traje de franela para que entre en reacción.

—¿Un traje de franela?—exclamó doña Rudesinda, dando un salto.

—No es preciso comprar nada—murmuró el enfermo.—Que me traigan el gabán.

—¿Para qué?—preguntó el facultativo.

—Para ponérmelo.

—Sí—añadió D.ª Rudesinda,—y si no tienes bastante, puedes ponerte un refajo mío.

II

La enfermedad ha ido adquiriendo proporciones alarmantes.

El médico ha conminado á D.ª Rudesinda con la retirada si no se cumplen sus órdenes.

—La debilidad es mayor cada día—ha

dicho solemnemente.—Por de pronto, tiene usted que comprar una botella de buen jerez y darle una copita cada dos horas. De otro modo, no cuente usted con su marido.

—Pero...

—No tengo más que decir.

Doña Rudesinda quedó anonadada. Después, adoptando una resolución extrema, salió á la calle.

Media hora después regresaba al lado de su esposo, que al verla entrar le dijo:

—¿De dónde vienes?

— De comprar una botella de vino generoso—contestó D.ª Rudesinda con acento dolorido.—¿Sabes cuánto nos ha costado?

—No—rugió D. Cirilo, abriendo los ojos hasta lo inverosímil.

—Cuatro pesetas—dijo D.ª Rudesinda.

—¡Cuatro pesetas!—repitió el enfermo.

Y dejó caer la cabeza en la almohada pesadamente...

¡Estaba muerto!

SEÑORAS PRINCIPALES

La Asociación de Escritores y Artistas congrega en el Real á la sociedad elegante, y aun los menos aficionados al género coreográfico solicitan billetes de favor para asistir al baile de máscaras que celebra anualmente la reputada asociación.

Venturita, un joven provinciano que pertenece á la redacción de *El Dinástico Fervoroso,* ha conseguido un billete gratis, y lo primero que hizo fué visitar á su paisano D. Matías, socio de número de la *Económica Matritense,* para decirle:

—Vengo á solicitar de usted un favor muy grande, porque me inspira usted mucha confianza.

—Usted dirá.

—Pues yo quisiera ir al baile de Escritores y Artistas. He podido obtener una entrada gratis y sé de buena tinta que tiene usted frac.

—Hombre, sí. Todos los que pertenecemos á la *Económica* estamos obligados á poseer esa prenda. Yo se lo he comprado á un pariente de Bosch y Fustegueras, que se puso muy gordo y tuvo que vender una porción de ropa porque no le venía.

—Bueno, pues yo quisiera que me prestara usted el frac, y puede usted estar seguro de que he de cuidarlo como si fuera cosa mía.

—¿Me promete usted no hacer con él ninguna calaverada?

—Le respondo á usted que sabré respetarlo.

—Corriente. Tome usted el frac y procure usted no doblar mucho los brazos ni agacharse, porque es una prenda muy delicada y se puede desformar.

—Pierda usted cuidado.

Venturita llegó á la casa de huéspedes donde reside y se probó el frac en presencia de un compañero de pupilaje, que no cesaba de decirle:

—Ya lo creo que te está bien. Te pareces á Mesejo padre. ¡Caramba! ¡Quién tuviera la suerte de ir al Real!

—Algún privilegio hemos de disfrutar losque pertenecemos á la prensa periódica.

—¿Y dices tú que á ese baile va muy buena gente?

—Ya lo creo; allí no entran más que señoras de la aristocracia. Ayer mismo fué á pedir un billete López, el que está en *El Fagot Democrático*, y no se lo han querido dar, porque supieron que era para una patrona andaluza de malos antecedentes. Lo primero que hacen los de la junta es averiguar la vida y milagros de las señoras, y en cuanto saben lo más pequeño, les cierran la puerta.

Venturita se compró un cosmético para untarse el bigote y los pelos de la frente; se limpió las botas con gran cuidado y fué á llamar á la habitación de un teniente de húsares, compañero también de pupilaje.

—Amigo Lozano—le dijo,—¿se puede pasar?

—Adelante—contestó el húsar.

—¡Hombre! Usted dirá que abuso, pero quisiera pedirle un favor.

—Hable usted.

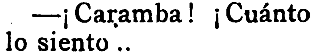
—¿Me permite usted que eche en el pañuelo unas gotitas de ese agua de Colonia tan rica que usted usa?

—Sí, hombre, sí. ¡No faltaría más! ¿Qué? ¿Va usted de boda?

—No, señor; voy al baile de Escritores y Artistas y quisiera presentarme decentemente. Ya sabe usted que allí no van más

que señoras muy principales. Y apropósito: ¿tendría usted por casualidad una sortija para ponérmela en este dedo?

—No gasto sortijas.



—¡Caramba! ¡Cuánto lo siento..

En fin, Venturita entró en el baile hecho un brazo de mar, y no tardó en reunirse con varios compañeros del oficio, que le dijeron admirados:

—Vienes muy bien. Traes un frac bastante decente. ¿Con qué te has limpiado las botas para sacarles ese brillo?...

El joven, al verse halagado por los elogios de sus colegas, creyó morir de placer.

—Voy á buscar una pareja á mi gusto—les dijo.—Tengo grandes deseos de ponerme en relaciones con una dama distinguida... Ya veréis cómo de este baile saco yo una conquista superior... Ea, abur.

En aquel momento una máscara se paró delante de Venturita, preguntándole:

—¿No bailas?

—Ya lo creo que bailo—contestó él, y aprisionó la cintura de la incógnita.

Algunos minutos después, Venturita se consideraba el ser más dichoso de este mundo.

Su pareja se dejaba estrechar sin oponer el menor obstáculo... ¡Oh qué felicidad!

—¡Huele á duquesa!—decía Venturita para sí, aspirando el perfume que exhalaba aquella mujer que le parecía encantadora.

Y estuvo bailando con ella toda la noche; y ebrio de placer la convidó á limón del tiempo, y á cada paso se decía mentalmente:

—Debe ser una dama principal. Algunas veces creo que huele á cebolla, pero son preocupaciones mías.

Ya en el ambigú, Venturita dijo á su pareja:

—¿Por qué no te quitas el antifaz?

—No, no—contestó ella, haciendo un gracioso movimiento de pudor.

Pero insistió el joven; resistióse ella...

Y Venturita, con mano temblorosa, levantó el antifaz que cubría el rostro de aquella mujer celestial

—¡Dios mío!—dijo él cuando hubo cla-

vado su mirada de fuego en la fisonomía de la máscara.—¡La portera!

No cabe duda: al baile de Escritores y Artistas no asisten más que señoras muy principales.



LA CÉDULA



I

Sí; necesito sacarla, porque hoy, sin cédula no se puede vivir.

A mí me la están pidiendo á cadapaso, cuandocobro alguna letra, cuando me nace un chiquillo, cuando despido á la criada, y hasta cuando quiero vacunarme.

Dícese que dentro de poco nos la pedirán también para subir en el tranvía, para llevar el reloj al relojero, para comprar tabaco y para hacer el amor á las modistas.

Nada, nada; voy á sacar la cédula, ya que el encargado de repartirlas no se ha dignado traerla á mi domicilio.

II

Tilín... tin .. tin... tin... in... in...

—¿Qué sofrece?

—¿Es aquí donde venden las cédulas?

—Sí, señor.

—Pues quería comprar una.

—Pero, hombre, ¡vaya unas horas de venir!

—¿Por qué? ¿Es tarde?

—Es trempano entavía.

—Usted me dirá á qué hora debo volver.

—Pues güelva usted á las siete, que es cuando viene á comer el señorito. Desde las siete á las siete y media le tiene usted aquí despachando, y enseguida se va, porque él toca la flauta en el treato y además por el día escribe en casa del precurador y da lecciones de guitarra á dos andaluzas gemelas y se dedica á vender cosas usadas.

—Bueno, volveré á las siete. Vaya, abur.

III

Son las siete. Corro á casa del que expende las cédulas y las cosas usadas.

Tilín... tin... tin...

—¿Qué quería usted?

—Soy el de antes.

—¿No le dije á usted que viniera á las siete?

—Pues por eso estoy aquí.

—Pero son las siete y ocho minutos.

—¿Y qué?

—Que el señorito se ha marchado sin comer y sin nada.

—¡Caramba!

—Hoy se ha ido un poco más trempano, porque tiene que tocar en una boda, y de paso, va á entrar en la botica para que le vean un grano que le ha salido en los lomos.

—¡Qué contrariedad! Quede usted con Dios.

—Agur.

IV

Al día siguiente:

Tilín... tin...

—¿Quién?

—¿Está el señorito?

—Pase usted.

—¡Gracias á Dios!

Trascurren ocho minutos, pasados los cuales aparece en la puerta un sujeto enjuto que me dirige una mirada desdeñosa. Después dice:

—¿Qué quiere usted?

—Vengo por la cédula personal.

—¿Es usted cabeza?

—¿Cabeza de qué?

—Cabeza de familia. Parece usted tonto.

—Tantas gracias.

—¿Cómo se llama usted? ¿Dónde vive usted? ¿Cuánto tiempo lleva usted de residencia en la calle? ¿Paga usted contribución? ¿Tiene usted alguna industria?

Yo satisfago como puedo aquel chaparrón de preguntas. El de las cédulas revuelve sus papeles, hojea dos ó tres libros y da cuatro ó cinco patadas en señal de impaciencia, murmurando:

—No hacen ustedes más que producir molestias... ¡Maldito sea! No le dejan á uno vivir... Nada, no encuentro el nombre. Tiene usted que ir al ayuntamiento... Y lo peor es que he perdido un cuarto de hora por causa de usted. ¡Rediós! Vaya usted al ayuntamiento á que le empadronen y tráigame usted el volante... ¡Maldito sea!...

V

En el ayuntamiento:

—Venía á ver si estoy en el padrón.

—No es hora de oficina.

—Lo siento. Usted dispense.

VI

—¿Es hora de oficina?

—Según para lo que sea.

—Para ver si estoy en el padrón.

—Pase usted.

Penetro en un despacho donde toman café cinco dependientes del municipio. Uno de ellos está pronunciando un discurso sobre la renta de consumos y la necesidad de vestir á los concejales de colorado, para que les conozcamos los vecinos y les saludemos en la calle con todo respeto.

Yo formulo mi pregunta tímidamente.

—Vuelva usted mañana—dice uno.—No, mañana no venga usted, porque tengo que ir á que me saquen una muela. Puede usted venir el jueves.

VII

El jueves:

—Aquí me tiene usted.

—Usted dirá.

—Quisiera saber si figuro en el padrón.

—¿En qué padrón?

—En el de vecinos.

—¿Como cabeza?

—Sí, señor, como cabeza de turco.

El empleado revisa de mala gana unos papelotes.

Después gruñe y me increpa porque no figuro en el padrón.

—Yo no tengo la culpa—respondo.—Yo lleno con exactitud la hoja que me deja en casa todos los años el representante del municipio. Yo soy un infeliz.

Vuelve á gruñir el empleado, y acaba por extender un volante para que se me facilite la cédula.

Yo salgo de allí humillado y triste, pero voy á realizar mis aspiraciones; voy á obtener el codiciado documento.. ¡Oh placer!

VIII

Tilín...

—¿Ya está usted aquí otra vez?

—Sí, señora, por desgracia.

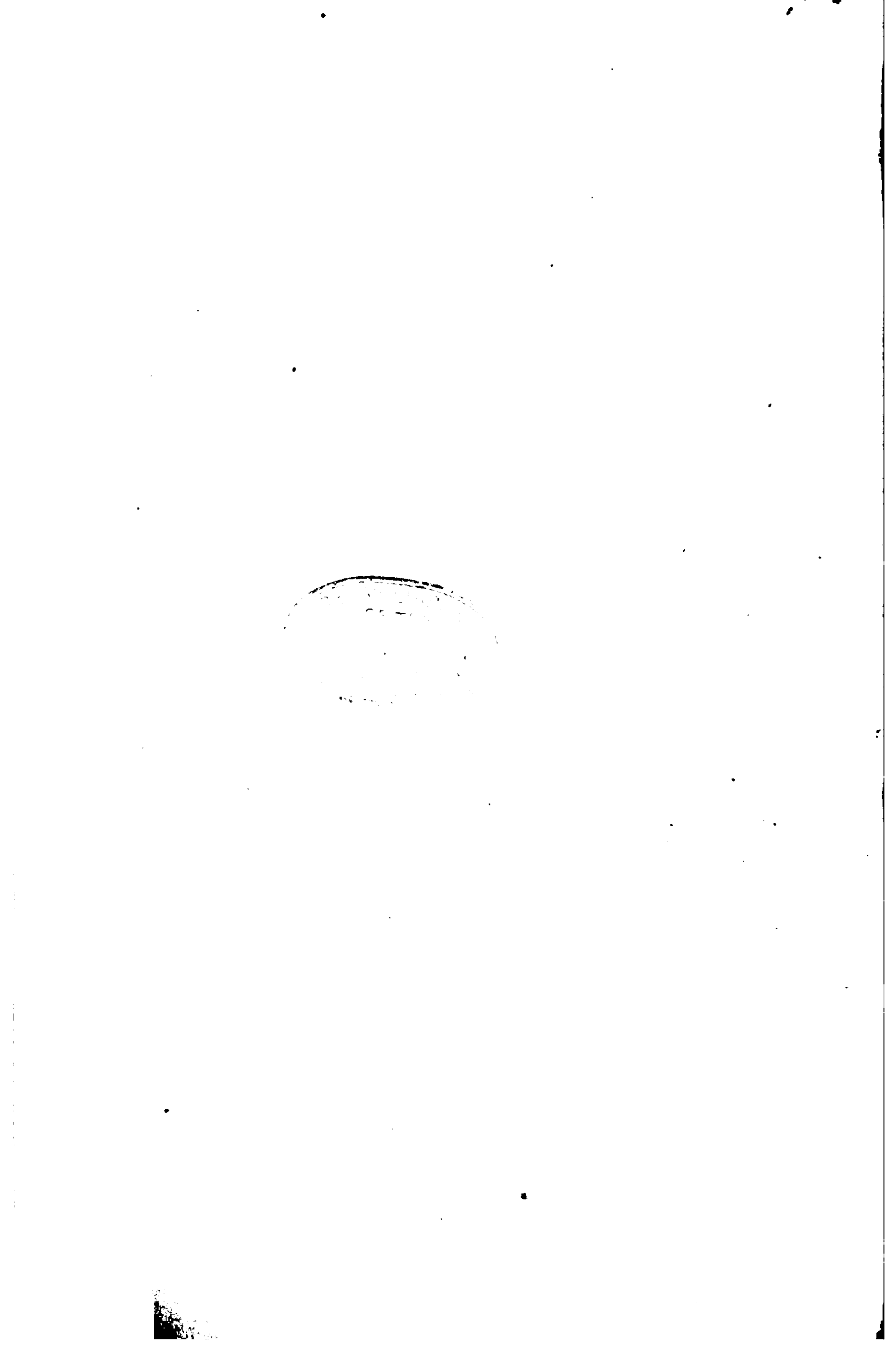
—Pase usted.

El de las cédulas me recibe mal.

Lee el volante muchas veces, lo mira al trasluz, y se pone por último á extender la cédula, echando pestes en voz baja. Después me exige treinta reales por un lado y otros treinta por otro, y no me exige que le cante cualquier cosilla porque yo me voy corriendo con la cédula en la mano y la alegría en el corazón. Por fin tengo la cédula. ¡Oh ventura!

IX

Voy á leerla á la luz de este farol para convencerme de mi felicidad... ¡Cielos! ¡Me han equivocado los dos apellidos!...





VERANEANTES APÓCRIFOS

SON pocas las personas que se atreven á confesar que han pasado el verano en Madrid.

Muchos que no han salido de la calle del Sombrerete nos encuentran ahora en el café y vienen á decirnos con la mayor naturalidad del mundo:

—¡Caramba! ¿Cuándo ha llegado usted? Viene usted más moreno. A mí también me han probado admirablemente los baños de mar.

—¿Dónde ha estado usted?

—En Jadraque.

—¿En Jadraque tomando baños de mar?

—Sí, señor, á dos leguas de Bilbao, conforme se baja, á mano derecha.

La falta de conocimientos geográficos es causa de que muchas personas queden por embusteras haciéndonos ver que no han traspuesto los umbrales de la puerta de San Vicente.

¿Tiene algo de particular que Salchichín haya pasado en la villa y corte los meses de Julio y Agosto? No señor, porque es persona de pocos recursos, y además está sometido á la férula de su mamá política, que es quien le mantiene y quien le compra en el Cid las prendas de ropa necesarias para su aseo personal.

Pues, sin embargo, Salchichín quiere hacernos creer que ha estado en San Sebastián y que allí se trataba con un primo del gobernador, hombre acaudalado, si bien algo cojo.

—Mi señora y yo lo hemos pasado perfectamente—dice Salchichín.—Por las mañanas nos íbamos á la *Zurriola* á dar un

paseo y por la tarde nos bañábamos en el *boulevard*... Casi todas las noches nos íbamos á casa del ministro Villaverde á jugar al tute.

Hay pocos que tengan el valor de confesar que se han pasado en Madrid los meses calurosos y que para contrarrestar los efectos de la temperatura se sentaban en un baúl en el pasillo de su casa.

Conocemos un matrimonio que desde Julio á Septiembre estuvo haciendo viajes nocturnos en el tranvía desde la Puerta del Sol al barrio de Pozas, haciendo parada en la plaza de Oriente. Allí los esposos bebían un vaso de agua fresca y continuaban su viaje con la misma ilusión que si estuviesen visitando los amenos valles suizos.

Hoy se les pregunta:

—¿Han salido ustedes este año?

Y contestan á dúo:

—Sí, señor: estuvimos en Asturias. ¡Qué país tan delicioso! Por cierto que allí conocimos al Sr. de Jovellanos, que es muy buena persona.

—¿Estaba solo?

—No señor; con Jove y Hevia y su sobrino, que es capitán de carabineros.

El afán de aparecer capitalistas y personas á la moda nos conduce al extremo de

engañar á nuestros conocidos é incurrir en toda clase de errores geográficos é históricos. Muchos que no saben dónde está la Coruña hablan de las ostras como si las hubieran visto nacer, y en su deseo de dar pelos y señales, llegan á decir como una señora que conocemos:

—¡Oh, la Coruña! Es una ciudad preciosa, y allí lo hemos pasado perfectamente. ¡Qué pescado tan rico el que se come allí! ¡Y qué abundancia de langostas! Nosotros teníamos una, domesticada, que venía á comer á la mano y cantaba el himno de Riego.

—¿Por qué no la han traído ustedes?

—Porque se la regalamos al capitán general en prueba de cariño.

—¿Era amigo de ustedes?

—*Amiguísimo*. Casi todas las tardes se venía á casa para oir tocar la bandurria á mi esposo, y mientras estuvimos allí nos obsequió muchísimo. El día del santo de mi niña la mayor, mandó disparar veintiún cañonazos en su obsequio y nos puso una guardia de honor con bandera y música á la puerta de la calle. Además, para que se distrajeran mis niños nos mandaba á casa todos los días un teniente coronel que sabía hacer juegos de manos.

Hay aquí un joven á la moda, pero de pocos recursos metálicos, pues sólo cuenta

con diez y siete duros al mes que le daba un dentista por llevarle los libros; y el tal joven no ha podido salir de la casa de huéspedes en todo el verano y anda diciendo que estuvo en Biarritz y que comió con Xiquena y con el gran duque Wladimiro.

Para hacernos creer que ha respirado las brisas marinas y recibido en el rostro el azote de los vientos, se ha untado el cutis con pomada de belladona y encima se ha dado polvos de ladrillo como si fuese á representar el papel de Roque de la *Marina*; de manera que en vez de tenedor de libros parece un lobo de mar de zarzuela.

Pero es lo que dice su patrona:

—¿Le ven ustedes con esa cara de bañista? Pues se ha pasado el verano en calzoncillos sentado en el suelo y haciendo solitarios sobre las baldosas.

Así es como obrarán muchos elegantes que todos conocemos.







LAS OFICINAS

I

¿PUEDO pasar á ver al Sr. López?

—¿López? Sánchez, querrá usted decir.

—Yo creo que se llama López.

—¡Saaánchez! ¿Si lo sabré yo?

—Bueno, hombre, bueno; no se sofoque usted.

—Si estuviera usted aquí desde las once y media de la mañana hasta las cinco de la tarde, peleando con el público, ya veríamos qué humor se le ponía.

—Y si tuviera usted que venir desde Pontevedra para que le despacharan un expediente incoado el año 1876 y estuviera usted recorriendo hace dos meses todas las oficinas de Madrid, ya me diría usted si le quedaba un átomo de paciencia.

—Pues no hay más remedio que fastidiarse.

—Ya me fastidio, pierda usted cuidado.

—A no ser que quiera usted que hagan una ley especial para servirle.

—No trato de eso. En fin, ¿se puede ver al Sr. López?

—Sánchez.

—O Sánchez, me es igual.

—No recibe hasta las cuatro.

—¡Y son las dos!

—Justamente.

—Bueno; esperaré.

El de Pontevedra toma asiento en un banco de la portería y se pone á leer el *Boletín de Bienes Nacionales,* que está sobre un pupitre. De cuando en cuando interrumpe la lectura y suspira, hasta que acaba por quedarse dormido, con la boca abierta y la cabeza apoyada en el hombro

de otro pretendiente humilde é incapaz de incomodarse.

—¡Eh, eh!—le dice el portero con malos modos.—Está usted roncando y no nos deja hablar. Paséese usted por ahí para despabilarse.

II

El reloj da las cuatro y el de Pontevedra, con la aquiescencia del portero, penetra en la oficina.

—¿El Sr. Sánchez?—pregunta desde la puerta.

—Aquí no hay ningún Sánchez.

—Usted dispense... Yo venía...

Los empleados hablan de sus cosas, mientras el del expediente, de pie, á la puerta del despacho, espera que le dirijan la palabra.

Por fin, un escribiente que no representa arriba de catorce años y fuma puro en boquilla, se encara con él para decirle:

—¿No ha oído usted que aquí no hay ningún Sánchez? ¿Es usted sordo?

El de Pontevedra se retira cabizbajo.

III

—Diga usted, ¿es éste el despacho del Sr. Sánchez?

—Aquí es; pero ya se ha marchado porque tiene á su señora con un flemón y está muy intranquilo.

—Me alegraré que se alivie.

IV

Al otro día:

—Buenas tardes.

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¿Es usted el Sr. Sánchez?

—Sí, señor.

—Bueno, pues yo soy la viuda de Souto, de Pontevedra...

—¿La viuda?

—Quiero decir, soy hijo de la viuda, y venía á saber de un expediente...

—Espere usted.

Sánchez, que había tenido que suspender la conversación con sus compañeros para recibir al de Pontevedra, le vuelve la espalda para seguir hablando de sus cosas.

—Pues sí, señor—dice muy incomodado;—González no ha debido ascender, porque el año 89 tenía doce y pasó á Correos con catorce, y allí le formaron expediente porque se comió once certificados y una valija.

—A él quien le recomienda es una tía de Gamazo que está baldada, y todo cuanto le pide á su sobrino se lo hace inmediatamente.

—No, señor; González ha ascendido porque sabe tocar el clarinete y le dedicó una mazurka á Bosch y Fustegueras cuando éste pronunció un discurso en la Sociedad Económica sobre los cereales y la influencia del algodón en la sociedad moderna.

—No sabe usted lo que se dice.

—Mejor que usted, porque yo á Bosch casi le tuteo y ha vivido en el cuarto segundo de mi casa, *tanto*, que le oíamos cantar todos los días mientras se afeitaba...

El de Pontevedra consigue al fin que Sánchez, harto de discusiones, le dirija la palabra.

—Bueno; y usted ¿qué es lo que quiere?

—Pues mi padre, que en paz descanse, tenía prestada una fianza desde el año 76, y quiero ver si la retiro...

—¡Ta... ta... ta!... ¿Y ahora se acuerda usted de reclamar?

—¡Quiá! ¡Si hace diez años que vengo presentando solicitudes todos los meses! Sólo en papel del sello undécimo hemos gastado cerca de 60 duros.

—¿Pues qué quería usted? ¿Qué le diesen el papel de balde?

Los empleados se echan á reir y el de Pontevedra sale del despacho después de haber oído decir á Sánchez:

—En fin, vuelva usted dentro de quince días, y déjeme usted una nota; pero dudo que parezca el expediente, porque los empleados fusionistas eran unos brutos y lo han dejado todo revuelto. Lo mejor será que busque usted una recomendación para el director.

V

Un diputado servicial facilita al de Pontevedra una recomendación para el alto funcionario.

—¿A qué hora recibe el señor director? —pregunta el hijo de la viuda de Souto en la portería.

—Desde la una hasta la una y media—responde el portero;—pero hoy no sabemos

si recibirá, porque está conferenciando con un personaje.

—¿Podría usted pasarle esta tarjeta?

—¿No ha oído usted que está conferenciando?

Tres horas después, la mampara del



despacho del director gira sobre sus goznes y tras ella aparece la distinguida figura del alto funcionario.

—Adiós, *Pelón*—dice estrechando la mano al personaje de la conferencia.

—¿Quién es ese hombre?—pregunta asombrado el pretendiente.

—¿No le conoce usted?—contesta el portero.—El *Pelón*, uno de nuestros primeros picadores.

El de Pontevedra decide volverse á su pueblo, convencido de que con funcionarios así es verdaderamente milagroso que no se pierdan todos los expedientes.



LOS MÍMICO-BUFOS

Los Sres. de Caldeiro creen que no brillan bastante en sociedad y procuran por todos los medios posibles colocarse á la altura de la aristocracia.

Caldeiro ha hecho su fortuna con el carbón, y unas veces vendiendo cisco puro y

otras mezclado—mitad cisco y mitad tierra—ha conseguido reunir un buen capital; pero su señora no está satisfecha. Ella hubiese querido que el mundo entero fijara la atención en sus trajes, en su ropa blanca y en su mesa, y por su gusto pondría un suelto en los periódicos todos los días del tenor siguiente:

«Ayer comieron los Sres. de Caldeiro: sopa de arroz, salmonetes, hígado de ternera con cebolla, judías estofadas, ensalada de lechuga y queso de Villalón.»

Lo que más molesta á la señora de Caldeiro es que la gente ignore que en aquella casa se gasta un dineral, como ella dice, y más de una vez ha dicho á la cocinera:

—Jerónima, procure usted que le vean la cesta las demás criadas, para que se enteren de lo que gastamos todos los días en la compra, porque ya que uno hace ese sacrificio, bueno es que se sepa.

Pero la familia Caldeiro pasa inadvertida á los ojos del mundo, y eso que doña Salustiana, la esposa, no desperdicia ocasión de que suenen su apellido y su dinero; y á lo mejor entra en una tienda á comprar un sacacorchos que le hace falta, ó un peine, ó una docena de botones para calzoncillos, y dice en alta voz al comercian-

te, á fin de que se enteren todos los allí presentes:

—Hágame usted el favor de mandar esto á mi casa. Ya sabe usted cómo me llamo: la Sra. de Caldeiro, calle del Sombrerete, 11, «casa propia.»

Ahora los Caldeiros han comprendido que su hija no saldrá bien educada si la confían á los cuidados de una niñera nacional, y han encargado á Francia una *bonne*, ó séase una criada bretona con la cara lo mismo que una pandereta y una papalina que parece un repollo.

Dicho se está que los Sres. de Caldeiro no conocen más idioma que el de su patria, y aun ése lo vilipendian sin compasión, porque á Caldeiro no hay quien le haga decir «laberinto» ni «chimenea.» El hombre confunde siempre las sílabas y dice: «chamineya,» «lebarinto» y otras atrocidades á cual más graciosas.

Lo primero que hicieron los esposos al ver á la *bonne* fué saludarla atentamente, porque les inspira gran respeto todo lo que viene de Francia.

—Joven, usted traerá apetito, ¿verdad?—le preguntó la señora después de estrechar con afecto la mano de la recién llegada.

Esta abrió los ojos desmesuradamente y no contestó.

—Grítale más—dijo Caldeiro.—¿No ves que es extranjera?

—¿Que si quiere usted tomar algo?—agregó D.ª Salustiana á grandes voces.

Por toda respuesta dijo la *bonne*:

—*Je ne comprends pas*.

—Dice que sólo quiere pan—exclamó Caldeiro lleno de júbilo al ver que había comprendido á la extranjera, y mandó que le trajesen un panecillo francés, porque siendo paisano de la chica, ésta lo comería con más gusto.

Después fueron á buscar á la niña, que no hizo más que ver á la *bonne* y comenzó á chillar y á querer esconderse debajo de la mesa, porque la joven, en su afán de hacerse simpática, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡*Vien ici, ma petite, ma fille, mon enfant!*

Y ya, desde aquel momento, todo fué confusión en la casa. Nadie entendía á la *bonne* y ésta se desesperaba y concluía por sentarse en un rincón silenciosamente.

Entonces decía la señora:

—Me parece que la *bon* quiere alguna cosa. A ver, Venancio; tú que la entiendes mejor, pregúntale qué desea.

Caldeiro se acercaba á la joven gritando:

—Oiga usted, *bon*, no tenga reparo en pedir lo que le haga falta. ¿Me ha comprendido usted? Nosotros lo que queremos

es que la niña adquiera modales franceses, y lo que haya que gastar se gasta.

—*Je suis fatiguée*—decía ella.

—Creo que ha pedido un barreño—gritaba la señora.

—Sí, puede que sea eso—añadía el esposo,—porque estas *bones* son todas muy aseadas y querrá lavar á la niña antes de encargarse de su educación.

Presentábanle el barreño y ella lo miraba con asombro. Entonces decía Caldeiro:

—Lo mejor será que le vayamos presentando cosas, hasta ver lo que quiere.

Y le sacaban un plumero, una palangana, unas babuchas, un cepillo de las botas y hasta un morrión que conservaba Caldeiro de cuando había sido miliciano nacional; pero la chica miraba con sorpresa aquellos objetos y se echaba á reir.

Han trascurrido dos meses y las cosas no han cambiado de aspecto. La *bonne* continúa en su mutismo, y Caldeiro y D.ª Salustiana dedicados á la mímica.

Cuando quieren decir á la niñera que se retire porque ellos tienen que acostarse ó que regañar á solas, Caldeiro coge á la muchacha por un brazo y la pone de patitas en el pasillo, ó bien le hace señas expresivas, acompañadas de un sonido especial que realiza acercando la lengua á las

paredes de la boca y moviéndola con rapidez. La joven sabe que este sonido se emplea con las caballerías, pero lejos de ofenderse, baja la cabeza y se retira sonriendo, lo cual hace decir á D.ª Salustiana:

—¿Ves cómo poco á poco nos vamos haciendo comprender? ¿Ves cómo la lengua francesa no es tan difícil como dicen?

Y Caldeiro, lleno de orgullo, replica:

—Yo siempre he tenido mucha disposición para aprender los idiomas.

Pero en el fondo de su alma, Caldeiro reconoce que no va á ser posible llegar nunca á una inteligencia con la joven traspirinaica, y más de una vez le ha dicho á una persona de su intimidad:

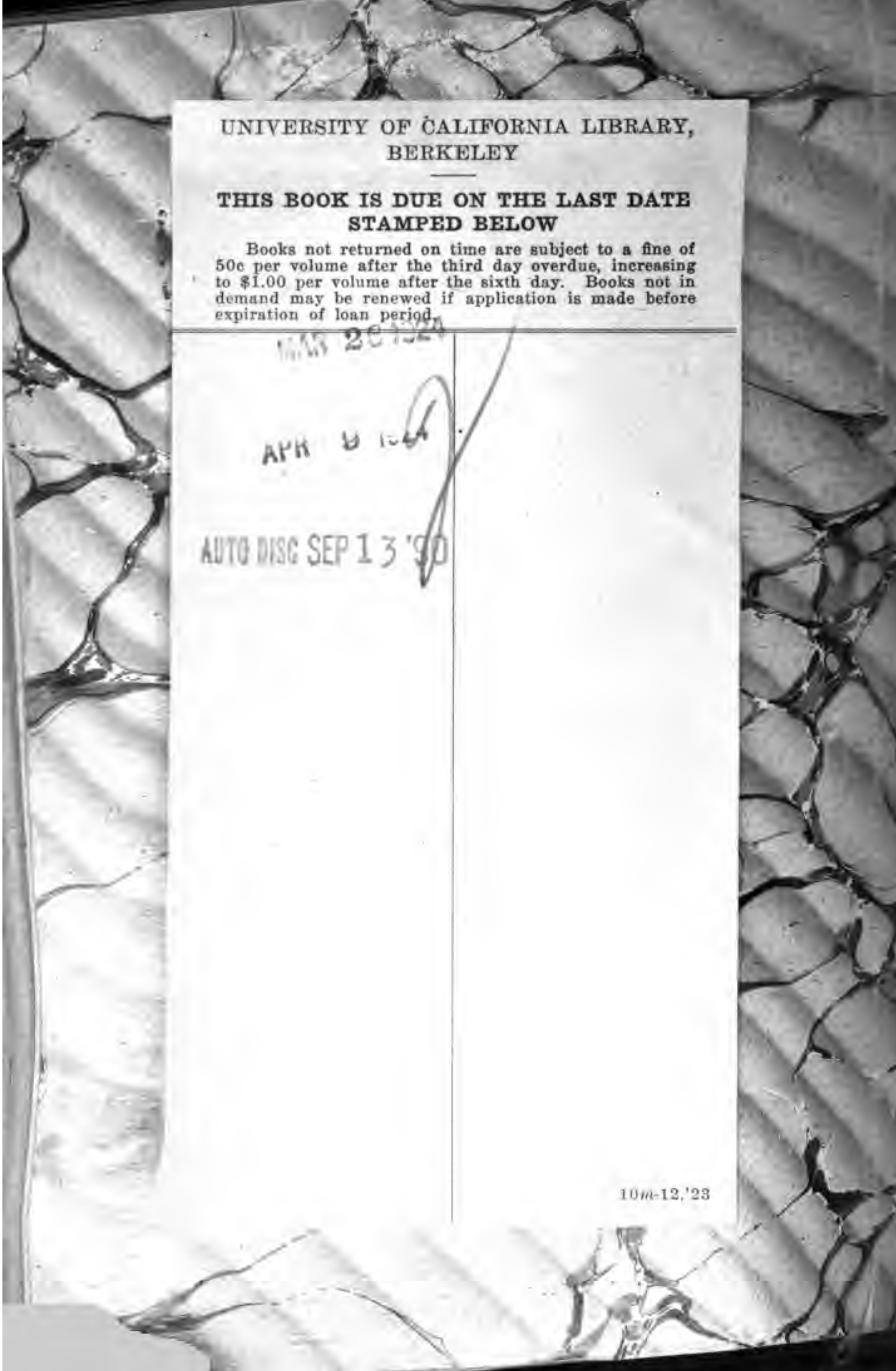


—Créame usted. Hace dos meses que ha llegado la *bon* y todavía no le hemos entendido ni media palabra; en cambio, todos saben que tenemos niñera francesa, y siempre es una satisfacción para la familia.

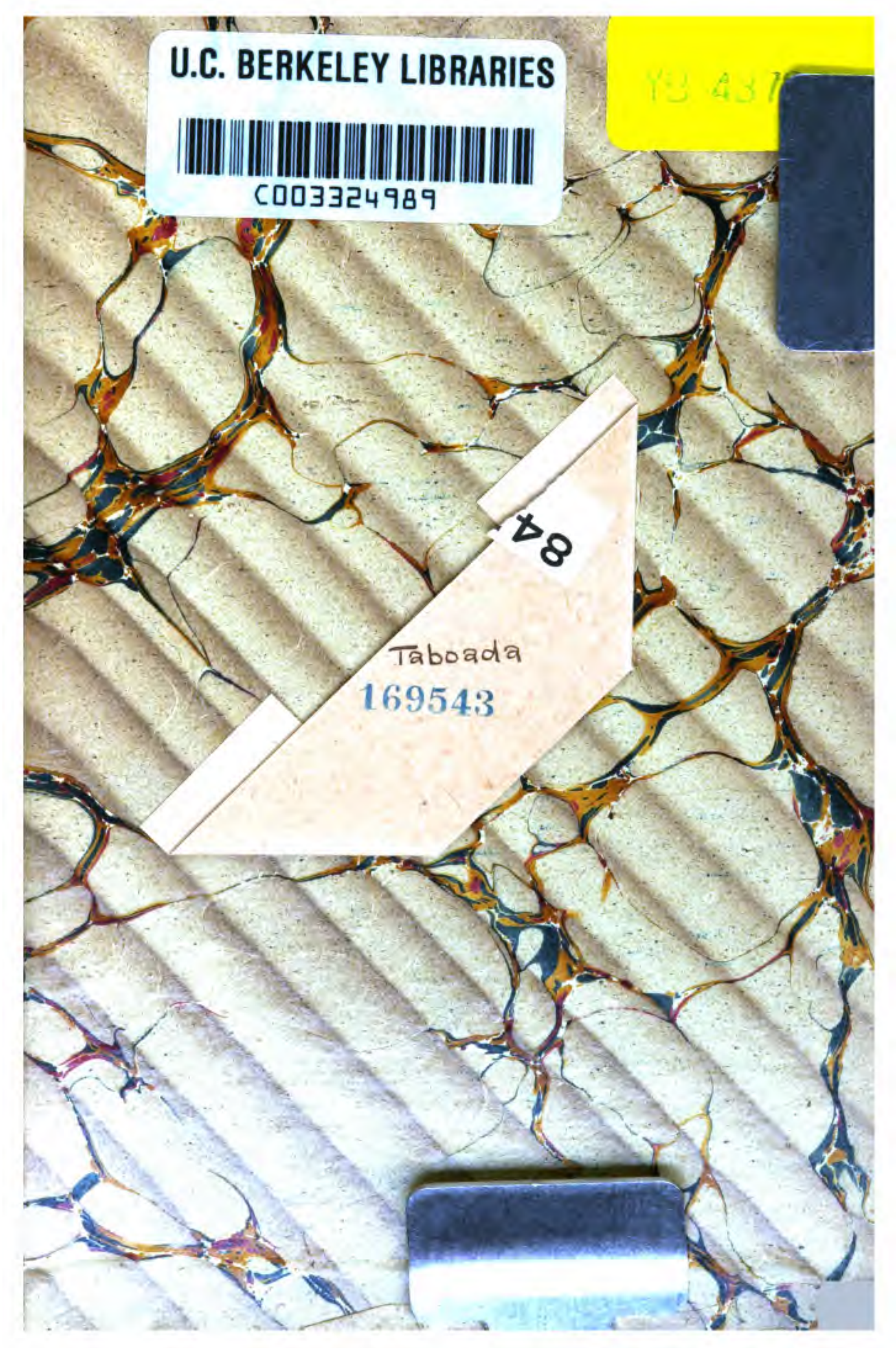
ÍNDICE

Páginas.





UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY,
BERKELEY
THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW
Books not returned on time are subject to a fine of 50c per volume after the third day overdue, increasing to $1.00 per volume after the sixth day. Books not in demand may be renewed if application is made before expiration of loan period.
AUTO DISC SEP 13 '90
10m-12,'23


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003324989
Taboada
169543

